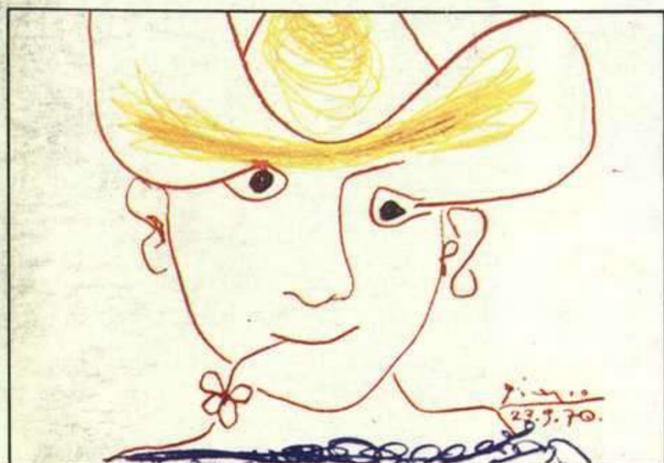


# Nuestra Bandera

REVISTA DE DEBATE TEORICO Y POLITICO EDITADA POR EL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA



- **DOLORES IBARRURI Y LA LIBERACION DE LA MUJER**
- **INFORMACION Y LIBERTAD**



- **Jhon Lennon y el compromiso de los músicos de rock**
- **PSOE 32 Congreso: Giro a la derecha y triunfo del guerrismo**

**SUMATE  
A UN MUNDO  
QUE SE MUEVE**

**mundo** obrero

N.º 596 Del 19 al 25 de septiembre de 1990 150 pesetas



**¿Qué golfo  
tiene la culpa?**

**TARIFAS**

Nombre .....

Localidad .....

Domicilio .....

FORMA DE PAGO:	Giro		Metálico	Cheque	Recibo
	ESPAÑA	ISLAS	EUROPA	AFRICA AMERICA	ASIA AUSTRALIA
3 meses	1.625	1.525	2.400	2.900	3.650
6 meses	3.250	3.050	4.800	5.800	7.300
12 meses	6.500	6.100	9.600	11.600	14.600

**MUNDO OBRERO**  
Claudio Coello, 126  
28026 Madrid. Tel.: 563 97 02

# Nuestra Bandera

REVISTA DE DEBATE  
POLITICO Y TEORICO  
EDITADA POR EL  
PARTIDO COMUNISTA  
DE ESPAÑA

DIRECTOR  
Pedro Marset

COORDINADOR  
A. López Salinas

CONSEJO DE  
REDACCION  
Esther Benítez  
Gerardo del Val  
Salvador Jové  
Héctor Maravall  
Manuel Monereo  
Damián Pretel  
Vicente Romano  
José Sandoval  
Juan Trías

DISEÑO Y PRODUCCION  
Manuel S. García

REDACCION Y  
ADMINISTRACION  
Marqués de Monteaquedo, 8  
28028 Madrid  
Teléfono: 246 98 07  
Fax: 361 17 74

DISTRIBUCION  
MUNDO OBRERO  
Claudio Coello, 126  
28026 Madrid  
Teléfono: 563 97 02

FOTOCOMPOSICION  
Ciceralia, S. A.

IMPRESION  
I.G. CARO

Depósito legal: M. 20.166-1977



## SUMARIO

IV TRIMESTRE/1990

N.º 147

<b>EDITORIAL</b>		2
<b>NACIONAL</b>		
<i>Héctor Maravall</i>	PSOE: 32 Congreso. Giro a la derecha y triunfo del guerrismo .....	4
<i>Enrique Santiago</i>	Servicio militar obligatorio .....	10
<i>Manuel de Diego</i>	Un modelo de ejército alternativo .....	13
<b>INTERNACIONAL</b>		
<i>Serguey Kara-Murza</i>	La URSS: Con «mano de hierro» a la felicidad de mercado .....	14
<i>Lorenzo Peña</i>	El conflicto de Mesopotamia .....	22
<b>ECONOMIA Y SOCIEDAD</b>		
<i>Daniel Lacalle</i>	Sobre los cambios en la estructura de clases y la identificación del sujeto de la revolución .....	26
<i>Manuel Maurín Alvarez</i>	Marxismo y medio ambiente .....	30
<b>TRIBUNA ABIERTA</b>		
<i>Damián Pretel</i>	Mañana será tarde .....	34
<i>Jenaro Carlos Reinoso</i>	Notas relativas a NUESTRA BANDERA, n.º 145 .....	40
<b>TEORIA Y ANALISIS</b>		
<i>Eloy Terrón</i>	Contribución a una concepción materialista de la mente .....	46
<b>ANIVERSARIO</b>		
<i>María José Capellín</i>	Dolores Ibárruri y la liberación de la mujer .....	54
<b>CULTURA</b>		
<i>Héctor Maravall</i>	John Lennon y el compromiso de los músicos de rock .....	66
<i>Vicente Romano</i>	Información y libertad .....	70
<i>Juan Berga</i>	Programación televisiones públicas .....	76

Los dibujos que ilustran este número han sido realizados para la revista por Ricardo Zamorano.

# EDITORIAL

**E**L contexto social y político en el que se han celebrado los dos congresos de la izquierda española el XXXII del PSOE y la II Asamblea Federal de Izquierda Unida, ha sido referencia necesaria para el debate teórico y para la profundización política de las fuerzas de progreso de España. Siendo la realidad, con su práctica social ha suministrado datos y ha permitido elaborar conceptos y propuestas para interpretar e intervenir en la misma.

Sobre nuestra realidad cultural, social y política están influyendo de forma importante dos acontecimientos internacionales, que tras una reflexión teórica obligan a trasladar sus conclusiones a la vida española: el desmoronamiento y crisis de la experiencia socialista de la Europa Oriental, y, en concreto, de la Unión Soviética, y el protagonismo casi ilimitado de la potencia mundial simbolizadora del capitalismo: los Estados Unidos de Norteamérica, en el conflicto del Golfo Pérsico y, en general, en todo el mundo.

En los dos congresos de la izquierda española implícitamente

se ha tomado posición teórica y práctica frente a este doble hecho. En el Congreso del PSOE, refrendando la política económica neoliberal y la alineación con los presupuestos ideológicos de los norteamericanos, y en la II Asamblea de IU, revisando la trayectoria hegemónica de una de las culturas de la izquierda e integrando en el deseado proceso de transformación social tanto las tradicionales culturas socialistas, libertarias e internacionalistas, como los actuales pensamientos emancipatorios feministas, ecologistas y pacifistas.

La realidad social española está a su vez suministrando dos tipos de experiencias diferenciadas. Una de ellas está caracterizada por la separación tajante entre la vida cotidiana, centrada en componentes individualizantes, y la gestión pública, controlada por aparatos burocráticos al servicio de la lógica del benefi-

cio. El ejemplo más llamativo de esta experiencia sería el del asunto Juan y Alfonso Guerra, ligando partido político en el poder y consecución de rápidos e ingentes beneficios al usar todos los resortes de la influencia e información privilegiada. Este modelo se repite en Comunidades, Ayuntamientos (Doñana, Expo, etcétera). Esta tendencia a concebir la acción política como ejercicio del poder partidista, desconectado de la dinámica social, siempre diversa y plural, se aprecia igualmente en el «arreglo» hecho para controlar el Consejo General del Poder Judicial o el de la Radiotelevisión, impidiendo que Izquierda Unida tenga presencia en ambos órganos, o en otro orden de cosas, llevando adelante actuaciones populares ilegales como los famosos casos GAL, Amedo o Paesa. El protagonismo e iniciativa siempre es desde las alturas, el cuerpo social se convierte en una masa a moldear, pasiva.

La otra experiencia que se da en la realidad social española está ligada a las respuestas que individuos y colectividades dan a situaciones conflictivas, cuya

causa está ya en actuaciones del poder, ya en problemas económicos o culturales (14-D, protestas ecologistas, aborto, objeción de conciencia e insumisión, etcétera). Se caracteriza por ser un proceso de creciente organización, que obligatoriamente posee inicios minoritarios, y por desembocar en acciones colectivas puntuales y a veces masivas (14-D), que ponen en cuestión y evidencia las causas originarias del conflicto.

Recurriendo a símiles históricos, se podría hacer la comparación con lo sucedido desde el comienzo de la Revolución Industrial. De esta forma, si en una primera etapa la experiencia y práctica social del primer proletariado, tras la derrota de 1848, desembocó en la formulación de la teoría marxista y en conquistas organizativas sólidas, y la experiencia y práctica de lucha por el socialismo, en un contexto pecu-

liar, la Rusia zarista desembocó en el leninismo, con sus logros e insuficiencias, la actual práctica y experiencia social emancipatoria y transformadora en el contexto tardo capitalista europeo está gestando una nueva alternativa.

Esta alternativa, que aún está en sus momentos primeros, posee experiencias y teorizaciones dispersas pero se caracteriza, en general, por la concreción temática y la elaboración colectiva. Integrar este conjunto de aportaciones y experiencias con el fin de madurar una nueva teoría y una nueva praxis para la transformación globalizada de la sociedad es el reto que tenemos delante los individuos y las fuerzas de progreso europeas.

Esta construcción posee elementos de la lucha anterior, pero se plantea la intervención emancipatoria con nuevas experiencias organizativas y heterogéneas, que tienden en última instancia a la consecución de una nueva ética solidaria, hegemonía cultural, mayoría democrática y a conquistar, repartir y descentralizar el poder para su paulatina desaparición y superación del mode-

lo industrial y de la lógica capitalista.

Con ocasión de la clausura de la II Asamblea Federal de IU, Julio Anguita destacaba el «hilo rojo» que recorría todo el siglo XX y que expresaba anhelos de libertad y justicia personificados en tantos ejemplos a lo largo y ancho de la historia y geografía mundial, y que en nuestro país se expresaban simbólicamente, entre otros muchos, con motivo del aniversario del fallecimiento de Dolores Ibárruri y con la muerte de nuestro camarada Ignacio Gallego.

Este número de NUESTRA BANDERA desea, por una parte, reflejar y defender esa apertura ideológica necesaria para la clarificación conceptual y, por otra, rendir homenaje a Dolores Ibárruri y a Ignacio Gallego, figuras destacadas en la lucha por una sociedad sin explotados ni explotadores. ■



## PSOE: 32 CONGRESO

# GIRO A LA DERECHA Y TRIUNFO DEL GUERRISMO

Héctor Maravall

**E**N torno al 32 Congreso del PSOE se había levantado una cierta expectativa, más fundada en los buenos deseos de algunos, que en sólidas realidades.

Efectivamente, a poco que se eche la vista atrás, podremos recordar que, al menos desde 1976, los sucesivos congresos socialistas, antes que buenas noticias para la izquierda, han traído más bien todo lo contrario. El celebrado en diciembre de 1976 sirvió para acentuar el desmarque del PSOE de los organismos unitarios de la oposición antifranquista y dio el espaldarazo a la decisión de que ellos se presentarían a las elecciones políticas, aunque no estuvieran legalizados los comunistas.

El siguiente congreso fue el Bad Godesberg español, con la parodia de la dimisión de Felipe incluida.

El de 1987 fue el que refrendó la decisión del sí a la permanencia en la OTAN y la política económica de los años 80, con la inherente ruptura con la UGT.

Así pues, no había excesivos precedentes que animaran al optimismo; cada uno de los últimos congresos había supuesto un cierto giro a la derecha con respecto al anterior.

Por otra parte, el proceso precongresual, a pesar de los llamamientos de Felipe González de que se debatiera sobre las ideas, especialmente en torno al Programa 2000, éste quedó pronto en un segundo plano, ante la ofensiva guerrista para controlar todas y cada una de las organizaciones y las protestas de algunos dirigentes regionales y ministros, opuestos a esa prepotencia del vicepresidente, limitándose a pedir apertura orgánica, pero sin aportar por su cuenta ideas o

propuestas políticas distintas. Paradójicamente, Guerra, inspirador del Programa 2000, ha sido quien ha impedido con sus maniobras orgánicas un debate ideológico o programático en el congreso. Y ciertamente el Programa 2000, alejado en importantes aspectos de las concepciones de los comunistas, tenía materia para discutir, sin salirse de unos cauces estrictamente socialdemócratas, pero con posibilidades de una renovación de esta opción política, que no supusiera meramente un giro al pragmatismo o a las posiciones más moderadas.

### Giro a la derecha en lo político

Y con Programa 2000 y sin Programa, había temas necesitados de clarificación desde la propia lógica e intereses políticos de los socialistas españoles.

Cuestiones como el Proceso de Integración Europea y en especial el retraso de la construcción política y social; el Nuevo Marco de Relaciones Internacionales, con el importante papel que podría desempeñar nuestro país en relación con Hispanoamérica y a la creciente división norte-sur; la respuesta socialdemócrata a la ofensiva de la derecha en Europa y el papel de la II Internacional tras la desaparición de los regímenes del llamado socialismo real, etc.

En lo que se refiere a cuestiones más internas de nuestro país, también hay temas de enorme calado político y de especial urgencia para el partido gobernante, como por ejemplo el tipo de ejército que necesitamos en el contexto político internacional actual; los resultados de la primera fase de la concertación y las perspectivas inmediatas; la actualización de la política energética; los problemas cada día más difíciles de la urbanización y concentración de la población española; las necesidades de desarrollo de tres sectores básicos: sanidad, justicia y enseñanza; los retos de la modernización de la Administración Pública, cuestión a la que tanto se refieren algunos ministros como Almunia; etc.

Poco se ha hablado de todo ello y cuando se ha hecho o se ha quedado en un nivel de generalidad, o se han reiterado lugares comunes o no se ha avanzado prácticamente nada, como ha sido el tema del aborto.

Y, sin embargo, sí se ha producido un aval, más o menos explícito, a la política económica seguida por Solchaga y su equipo; desde el momento en que se ha refrendado la política realizada por la Ejecutiva saliente. Aval para dos aspectos tan contradictorios como la actitud ante el 14-D y el cambio operado con la primera fase

de la concertación. Lo cual no despeja las graves dudas que hay en estos momentos sobre el futuro de la segunda fase de negociación, en el marco de la actual política económica de ajuste.

El tono general del debate ha sido un adaptarse de forma pragmática a lo que en cada momento aconsejen las circunstancias; olvidándose, por tanto, de una visión mínimamente estratégica o de futuro y por supuesto metiendo en un cajón las propuestas más positivas que pudieran existir en el Programa 2000.

Dentro de esa evanescencia de debate, resulta significativo que el sector más liberal del PSOE haya salido conforme con los contenidos políticos. Y así, Solchaga ha manifestado que se sentía satisfecho del respaldo obtenido por su política económica y que, en el terreno de las ideas, había sido el congreso con más avances de los últimos diez años. Dicho en cristiano, Solchaga ha entendido el Congreso como un giro a la derecha y está contento por ello, a pesar de su disconformidad con los aspectos meramente orgánicos.

### La autonomía del Gobierno respecto al partido

Pero la confirmación del giro a la derecha tiene su más cabal concreción en la clarísima exigencia de Felipe de «manos libres», primero para configurar el Gobierno que él quiera y en segundo término para que este Gobierno realice la política que considere más oportuna.

Históricamente, siempre que por parte de dirigentes socialistas se ha querido realizar un giro a la derecha en la política de gobierno (o del grupo parlamentario si se estaba en la oposición), en relación con las posiciones programáticas de sus respectivos partidos, se ha recurrido al mismo argumento: «Manos libres en relación con el partido». Neil Kinnock, Bettino Craxi, Helmut Schmidt, etcétera, siempre han utilizado ese criterio, basado en la supuesta flexibilidad que debe tener un gobernante en el quehacer político de cada día.

Para quienes estamos educados en una cultura de participación democrática y en la estima del papel de los partidos, planteamientos como los de Felipe González nos resultan inaceptables. En el fondo, el partido político se convierte en una mera máquina electoral y una vez alcanzado el gobierno no tiene nada que opinar o, si tiene algo que decir, se tomará o no en cuenta en función de lo que opine el presidente del Gobierno.

Es posible que en el subconsciente de Felipe pese su autoconvencimiento de ser un gran hombre de estado, al que no le pueden andar con «pi-

joterías» la gente de su Comisión Ejecutiva o de su Comité Federal, con una visión chata de las cosas, sin la dimensión de Estado o mundial que él sí posee, máxime teniendo en cuenta el nivel de algunos de los actuales altos ejecutivos del partido.

Pero, en cualquier caso, esta teoría, no muy alejada de algunas de las posiciones presidencialistas del general De Gaulle, llevada a sus últimas consecuencias, concluye en que si los partidos no cuentan, tampoco tiene por que contar el Parlamento. Ya que si el Gobierno no responde ante su partido, que es quien ha recogido la confianza y el voto de los ciudadanos, y en definitiva a través de quien ha alcanzado el gobierno, cuanto menos va a responder ante las Cortes, en las que están representados los otros partidos políticos, con los que el Gobierno se identifica aún menos.

La devaluación del papel de los partidos y por añadidura el de las instituciones parlamentarias, está en el fondo de esa opinión de Felipe González. Por lo que no puede sorprendernos ese escaso interés que tiene el presidente del Gobierno por comparecer y responder ante el Pleno del Congreso o del Senado y desde luego ante su propia Comisión Ejecutiva y Comité Federal.

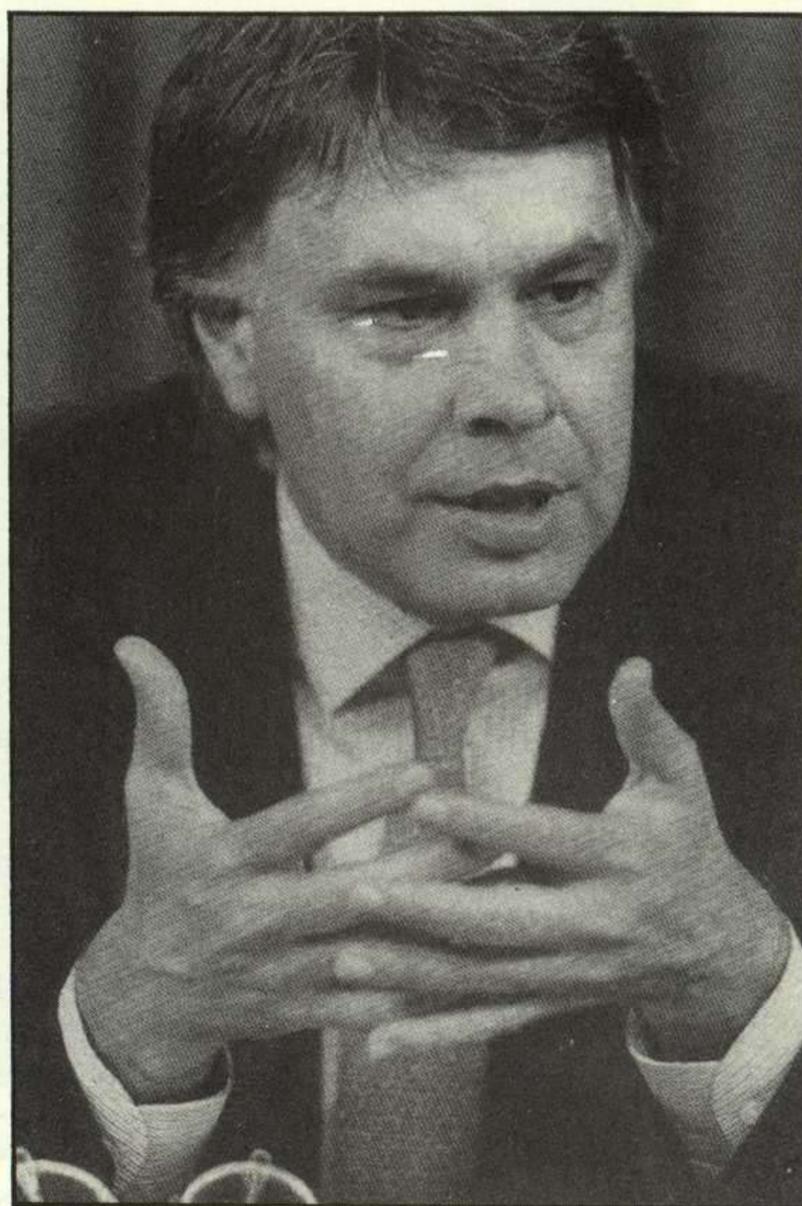
Pero lo que esta concepción de Felipe tiene de lógico con su propia autoestima, resulta incomprendible desde la propia lógica del partido y de sus poderes fácticos.

### La reafirmación del aparato guerrista

Todas las maniobras precongresuales tenían su sentido: demostrar quién mandaba en el partido. Y esto ha quedado, en el terreno orgánico, meridianamente claro. Aunque, a la vista de lo anterior, habría que preguntarse: ¿mandar para qué? Seguramente no para imponer sus opiniones políticas.

Hay una cierta teoría de que Guerra y los guerristas son el ala izquierda del PSOE, el más firme valladar contra la derechización del partido. Esta tesis, fomentada sin duda por los propios guerristas, puede ligarse a una interpretación superficial del papel que hace Guerra en algunas ocasiones y especialmente en las campañas electorales. Esa frase populista de sus fans, «Guerra, a la derecha dale duro», puede resumir ese supuesto papel político del guerrismo.

Es posible que en otros momentos, Guerra, en relación con Solchaga, Boyer, Mugica, e incluso el propio Felipe, representaría posiciones más a la izquierda. También es cierto que, por lo general, los guerristas, enfrentados a los «beauti-

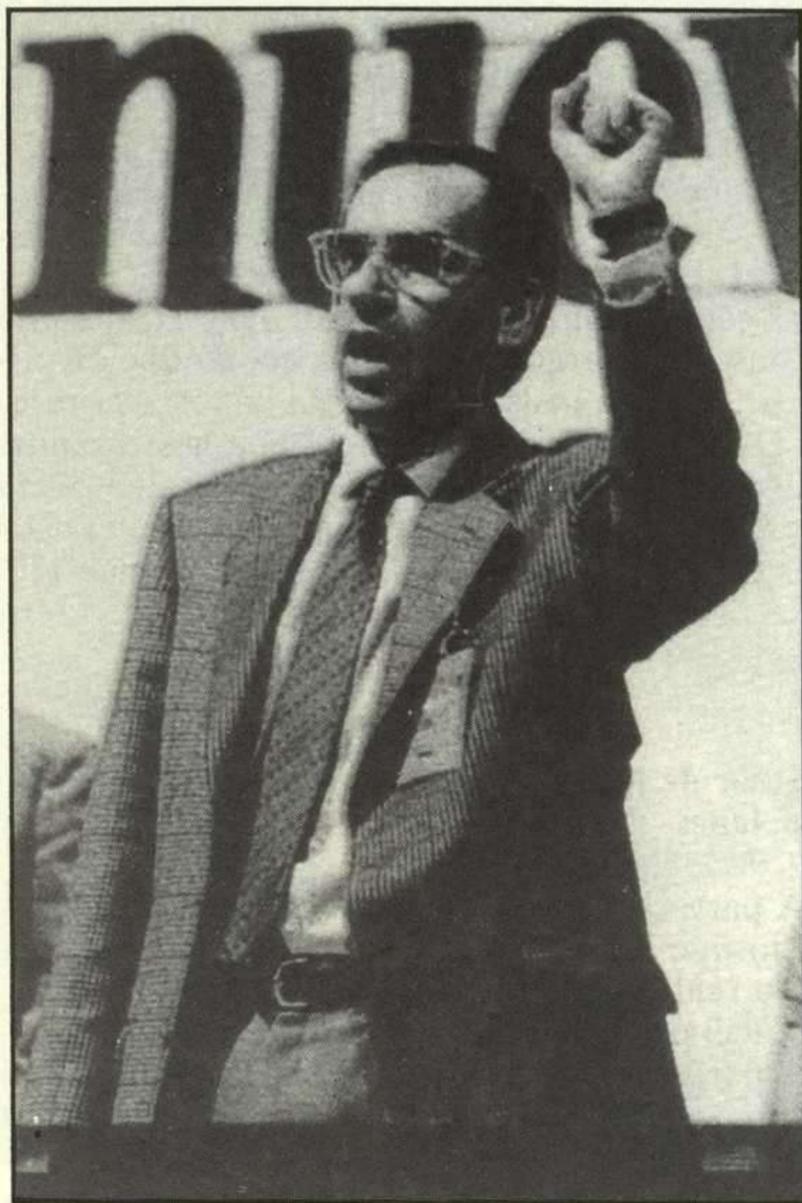


**La confirmación del giro a la derecha tiene su más cabal concreción en la clarísima exigencia de Felipe de «manos libres», primero para configurar el Gobierno que él quiera y en segundo término para que este Gobierno realice la política que considere más oportuna**

ful people», han sido los más politizados e ideologizados frente a los tecnócratas y por tanto con posiciones más en la línea programática del Partido.

Que esto haya sido así no quiere decir que lo siga siendo desde hace algunos años. El referéndum de la OTAN, la ruptura con UGT y la actitud beligerante de los guerristas ante el 14-D, demuestran que es una simplificación pensar que el guerrismo es el ala izquierda del PSOE.

Por si había alguna duda, los resultados de este congreso son elocuentes. Triunfo pleno del guerrismo en lo orgánico y giro a la derecha en lo político. Si hubiera tantas diferencias políticas de fondo entre Guerra y Solchaga, otras hubieran sido las posiciones políticas aprobadas en el Congreso.



**Todas las maniobras precongresuales tenían un sentido: demostrar quién mandaba en el partido. Y esto ha quedado, en el terreno orgánico, meridianamente claro. Aunque a la vista de lo anterior, habría que preguntarse, ¿mandar para qué?**

Aunque también se puede pensar que los guerristas, aunque en el fondo de su corazón siguen siendo la izquierda, lo que les preocupa no son las definiciones programáticas y se conforman con tener controlado el partido, por pura lógica de intereses de aparato.

En cualquier caso, el triunfo guerrista es de mero consumo interno, porque Guerra no ha salido políticamente rehabilitado ante la opinión pública, ni mucho menos.

### **La concepción del partido de los guerristas**

Hubo un tiempo en que los comunistas españoles tuvimos que soportar duras y frecuentes lecciones de comportamiento democrático, in-

cluyendo las de algunos que hoy guardan exquisito silencio dentro del PSOE. Y no es que nosotros no hayamos hecho estropicios orgánicos, empezando por el que esto escribe. Pero desde luego no hay color.

Y no se trata de esas sorprendentes votaciones del 99,96 por 100, que para sí hubieran querido Erich Honneker o Janos Kadar.

Es que se ha vuelto a impedir algo tan elemental desde el punto de vista democrático, como es aquello de «Un hombre, un voto», principio por el que lucharon y murieron muchos socialistas ya en el siglo XIX, pero que, por lo que se ve, sirve para todas las instancias políticas del país, menos para el congreso del PSOE. Mientras este criterio orgánico no cambie, difícilmente los compañeros socialistas podrán darnos lecciones de democracia a los demás.

Pero además está lo sucedido con la composición de los órganos de dirección.

En primer lugar, tenemos la cerrazón a admitir a personalidades como Joaquín Almunia o Javier Solana en la Comisión Ejecutiva. Se comprendería que, por una mezcla de razones políticas y orgánicas, no se quisiera admitir a Solchaga en la Ejecutiva. ¡Pero Solana! Una persona que, al margen de las divergencias políticas que podamos tener con él, hay que reconocer como un político coherente, con una plena identificación con el Proyecto Socialista, veterano, de probada fidelidad a Felipe González y el partido, con prestigio público y experiencia política, centrista dentro del PSOE, nada sospechoso, por tanto, de veleidades izquierdistas o neoliberales, del que incluso se ha hablado desde las propias filas socialistas como un posible y futuro recambio a Felipe. Pues bien, no era de fiar.

Y algo parecido con Almunia.

¿Y qué decir de la depuración de Dolores Reinau, una dirigente que ha intentado, con bastantes dificultades, salvar la cara de las feministas del PSOE, ante algunos de los rasgos más impresentables del Gobierno? Se conoce que en el 25 por 100 no entran las mujeres moderadamente críticas.

Por otra parte, ha sido muy esclarecedor, además de patético, lo sucedido con la corriente Izquierda Socialista.

A pesar de haber votado el discurso de Felipe y la gestión de la Ejecutiva saliente y de haber mantenido unas posiciones críticas muy moderadas y con afán constructivo, han sido literalmente laminados. Y eso que habían advertido de los riesgos y los costes que para el partido podría tener, que desapareciera la única corriente existente como tal.

### La casa común que se ofrece

Es cierto que Felipe en su intervención tendió la mano a los comunistas y pidió comprensión. También lo es que hay sectores del PSOE que tienen verdadero interés de abrir un espacio en su interior para dar cabida a los comunistas, que en su opinión se han quedado sin referencia política.

Pero por encima de las buenas palabras e intenciones, ¿qué futuro se puede esperar dentro de ese partido para un antiguo comunista?

¿Qué incidencia individual o colectiva podríamos tener, cuál sería el papel a jugar, qué grado de aceptación tendrían nuestras aportaciones de crítica constructiva, si Solana, Almunia, Renau, no son fiables ni dignos de estar en la Comisión Ejecutiva?

¿Cómo nos responderían a militantes y cuadros comunistas, que no queremos renunciar a nuestro pasado ni olvidar ni tirar por la borda lo esencial de nuestros planteamientos políticos, si a Semprún, 25 años después de haber salido del PCE y tras un currículum apreciable de gestos y declaraciones no precisamente procomunistas, le siguen recordando y restregando a la menor debilidad crítica, «que ya se sabe, como fue comunista y tiene la cultura comunista...»?

¿Qué pensarán Pilar Brabo, Mangada, Mohezano, Palacín, Solé Tura, Triana..., que en su vida de militantes comunistas hicieron críticas a las insuficiencias democráticas del PCE y sin duda en aspectos concretos tenían buenas razones? Pues, a la vista de su embarazoso silencio, habrán considerado que lo uno por lo otro. Hay poca democracia, pero gobiernan y son el primer partido del país. Y visto desde otro ángulo, no pintan nada en el PSOE, pero tienen su parcelita administrativa o su cargo público, desde el que consideran hacen cosas positivas. Es una visión tan respetable como otras, pero no precisamente la que defendieron en su momento en el PCE.

¿Y qué decir de Enrique Curiel, que con el estandarte de la Casa Común ha estado propugnando la entrada en el PSOE, donde se las prometía muy felices para poder seguir ejerciendo un papel de conciencia crítica? ¿Qué espacio van a tener él, o sus compañeros de la Fundación Europa, unos recién llegados y encima con el estigma de su pasado comunista?

¿Seguirán estos compañeros los pasos de Ludolfo Paramio en su giro copernicano, que en escasos diez años (ahí están sus artículos en revistas políticas, como «En Teoría» o «Zona Libre»), desde el izquierdismo hasta el eurocomunismo crítico, terminado en el más rotundo silencio, como corresponde a quien aspira, al pa-

recer, a desempeñar un papel de intelectual orgánico, eso sí, dentro de un orden?

Por otra parte, este 32 Congreso debería ser un aviso para navegantes. Para todos aquellos que honestamente quisieran jugar un papel positivo de reforzamiento de las posiciones de izquierda en nuestro país, desde dentro del PSOE. Para estos compañeros que han demostrado que no buscan el cargo público o la acomodación política, hay que insistir en que la historia se repite. Que el PSOE es abierto y tiene gestos amistosos y flexibles hacia quienes se dirigen hacia ellos, pero una vez dentro, como Dante en la Divina Comedia, «dejad toda esperanza» y más aún si se pretende actuar como un colectivo o tendencia.

### A pesar de todo, se impone normalizar las relaciones

A partir de lo anterior, y teniéndolo muy claro, lo que sería absurdo políticamente es ignorar la realidad del PSOE.

Son el primer partido del país, más aún, el primer partido de la izquierda, expresándonos en términos convencionales, al que más votan las clases populares y que tiene y va a tener la responsabilidad de gobierno estatal y de numerosas autonomías y ayuntamientos en los próximos años.

Nosotros debemos diferenciar lo que son valoraciones morales y políticas de este congreso, de lo que es una necesidad evidente de relacionarnos con el PSOE, en los diversos ámbitos de la vida política de nuestro país. Especialmente ante la perspectiva de una ofensiva de la derecha en Europa y un cierto repliegue de las fuerzas progresistas.

Interesa, pues, a los trabajadores y a las clases populares un cierto entendimiento entre los partidos de la izquierda, para defender e impulsar una política de progreso.

Normalizar las relaciones, hay que entenderlo en diversos planos y que no pasan exclusivamente por llegar a acuerdos programáticos. La disyuntiva no debe ser, pues, o Acuerdos Programáticos o nada.

Se puede, y de hecho se está haciendo, converger en un terreno común en el ámbito de debates o propuestas parlamentarias. Se pueden apoyar propuestas o iniciativas razonables a nivel internacional. Se puede confluir con los socialistas en ámbitos de movimientos u organizaciones sociales, en que haya intereses populares comunes, etcétera.

Debemos superar un cierto síndrome de aco-



**Se ha producido un aval, más o menos explícito, a la política económica seguida por Solchaga y su equipo; desde el momento en que se ha refrendado la política realizada por la Ejecutiva saliente**

so, acentuado por recientes exclusiones en el terreno parlamentario y en las «opas hostiles» de la llamada casa común, y no estar tan a la defensiva. Como también debemos superar un cierto tremendismo en las críticas, ponderándolas al máximo, haciéndolas creíbles para el conjunto de los ciudadanos, porque, además, materia hay suficiente, como para no exagerar.

Y también sería conveniente desacralizar el tono de muchas de nuestras críticas al PSOE. A la inmensa mayoría de los españoles no les importa nada la pureza o fidelidad a unos principios de clase o de conformación ideológica; más aún, tras lo sucedido en los países del Este de Europa. Por ello, debemos situar la crítica en el terreno de las realizaciones y opciones políticas, en función de las necesidades y problemas de los ciudadanos y de los principios democráticos.

Nuestro proyecto político, IU, desde la pluralidad y la confluencia programática, debe aspi-

rar a incidir lo máximo posible en la realidad política de nuestro país y ello pasa, de forma especial, por tratar de influir en el partido gobernante y no reducirse a esperar sentados a que ellos y el país se den cuenta de que no tienen razón y que la razón la tenemos nosotros.

Entre otras cosas porque, nos guste o no, la sociedad laica en la que vivimos, y sobre todo tras la caída del muro, tiene la convicción de que la razón no preexiste como consecuencia o emanación lógica de unos principios o una ideología, sino que se va demostrando día a día, en las diversas opciones que se van tomando y en los resultados concretos que éstas comportan.

El 32 Congreso del PSOE ha sido muy clarificador. Nos puede dar mucho juego si lo sabemos aprovechar, pero para ello debemos superar los síndromes defensivos y los anti viscerales que aún tenemos. Ese es nuestro reto para los próximos meses. ■

# SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO

Enrique Santiago



**E**L actual Servicio Militar Obligatorio (SMO) es un sistema de reclutamiento universal entre los varones que reúnen determinadas condiciones, cuya aplicación en tiempo de paz exige un inmenso sacrificio para este sector de la sociedad que se ve afectado, y que no recibe nada a cambio.

Tras este modelo de reclutamiento subyacen claros intereses económicos con consecuencias abiertamente discriminatorias.

La CE en su artículo 30 regula las obligaciones militares de los españoles.

Art. 30.1: «Todos los españoles tienen el derecho y el deber de defender a España».

Art. 30.2: «La ley fijará las obligaciones militares de los españoles, así como las demás causas de exención del Servicio Militar Obligatorio».

De la lectura de estos artículos podemos extraer las siguientes conclusiones:

1. El actual ejército es discriminatorio respecto a la participación de ambos sexos. De la lectura del artículo 30.1 se deduce claramente el derecho de las mujeres a incorporarse al ejército en igualdad de condiciones que los hombres, cosa que en la práctica no es así.

2. La CE regula la prestación militar como un SMO, ya que si no fuese obligatorio el constituyente se habría ahorrado utilizar tal término.

3. En todo caso, la lectura correcta del artículo 30.1 nos obliga a referirnos a «tiempo de guerra», y no a una situación de paz.

Por todo esto debemos afirmar que el actual modelo es discriminatorio e injusto, ya que impone una determinada contribución sobre un sector de la población por el solo hecho de pertenecer al sexo masculino y reunir unas determinadas condiciones físicas. No pretendo defender la obligatoriedad de participar en el ejército para las mujeres, sino dejar constancia del contenido discriminatorio del actual modelo militar.

De hecho, el SMO es un impuesto personal, no proporcional y no progresivo (por lo tanto inconstitucional) que ahorra anualmente miles de millones en salarios al Estado.

Los jóvenes comunistas, al igual que cada vez mayor número de jóvenes españoles, aspiramos a la desaparición de los ejércitos (tanto el español como todos los demás), por entender que la solución de los conflictos políticos nunca puede solventarse por la vía militar, sino mediante el diálogo y la negociación, instrumentos claramente re-

gulados por el derecho internacional bajo el concepto de «medios pacíficos para la solución de las controversias internacionales»: la mediación, el arbitraje y la conciliación.

También somos conscientes de que este proceso de desaparición de ejércitos ha de ser multilateral y acompasado en el tiempo. El período de distensión Este-Oeste abre posibilidades reales, siempre y cuando el Norte desarrollado sea capaz de impulsar el desarrollo del Sur empobrecido, con lo que desaparecería el único factor de conflictos que hoy puede amenazar realmente la paz: las contradicciones entre desarrollo y subdesarrollo.

Sería aconsejable —a la hora de abordar la reforma no sólo del Servicio Militar Obligatorio, sino de todo el Sistema de Defensa— modificar la Constitución, sustituyendo el concepto de SMO por otro más creativo y que significará un alto grado de compromiso de los ciudadanos con las tareas de defensa (defensa no es sinónimo de militar). Este nuevo concepto podría ser «Servicio de Defensa Integral» (SDI).

---

**E**L derecho de la libre asociación cultural y sindical para los encargados de las tareas defensivas es vital para asegurar su vinculación a la sociedad y la defensa de los intereses de ésta

---

Hasta que consigamos la extinción definitiva de los ejércitos, este SDI abordaría todas las cuestiones estrictamente defensivas —nunca ofensivas— dentro de las fronteras españolas.

Entendemos que el concepto «defensa» engloba desde las tareas de elevación del nivel cultural y técnico de los ciudadanos hasta el mantenimiento de vías y medios de comunicación, pasando por el conocimiento del funcionamiento de los circuitos energéticos, los servicios sanitarios, de protección civil, técnicas de refugio y evacuación en caso de catástrofe, protección del entorno ambiental, etcétera.

La participación de los ciudadanos en este SDI debe siempre partir del necesario compromiso voluntario —consciente por tanto— de los mismos, siendo aconsejable que el mismo englobe a todos los ciudadanos en condiciones físicas de ello, y no sólo a los varones menores de 28 años y mayores de 17. La duración del mismo no debería exceder períodos mensuales durante 4 ó 5 años.

Dentro de este SDI podrían existir cuerpos militares de reservistas —no permanentes— y de adscripción voluntaria —respetando el derecho de todo ciudadano que así lo exprese a no portar ar-

mas—, cuerpos dependientes tanto de las autoridades militares como de las civiles (municipales y autonómicas).

De ponerse en práctica esta propuesta se vaciará de contenidos automáticamente el actual modelo de ejército, modelo, por otra parte, absolutamente obsoleto.

El modelo de ejército permanente que conviva (hasta su extinción definitiva) con el SDI, ha de reunir las siguientes características.

— Reducción del número de efectivos: al menos en un 80 por 100 del número actual (40.000 hombres, más o menos, frente a los 280.000 actuales).

— Reestructuración de los cuerpos permanentes: sería necesario un cuerpo de aviación, uno de marina —ambos cuerpos vigilarían la inviolabilidad de las fronteras—, y uno terrestre ampliamente tecnificado y muy cualificado, especializado en vigilancia y defensa electrónica.

— La tropa de este ejército permanente podría estar encuadrada en unidades defensivas. Deberían desaparecer todos los cuerpos ofensivos que hoy existen, tales como paracaidistas, legión, infantería de marina y, en general, los denominados «de intervención rápida».

Tanto los miembros de este ejército profesional como los integrantes de los Servicios de Defensa deben tener absoluta libertad de participación en los sindicatos de clase.

El derecho de la libre asociación cultural y sindical para los encargados de las tareas defensivas es vital para asegurar su vinculación a la sociedad y la defensa de los intereses de ésta.

El mito del ejército de conscripción obligatoria como mejor modelo para asegurar la no utilización del mismo contra el pueblo ha sido reiteradas veces puesto en cuestión. Recordemos que el golpe militar del 36, por ejemplo, se produjo con un ejército de leva obligatoria.

Ni qué decir tiene que a los jóvenes ciudadanos que periódicamente formen parte de los SDI es necesario asegurarles unos ingresos económicos suficientes, la permanencia en su puesto de trabajo o de estudio, la no desvinculación de su entorno familiar, etcétera. En suma, el respeto a todos sus derechos, e incluso la aplicación de medidas de discriminación positiva que estimulen su participación en estas tareas.

Esta propuesta de Modelo Alternativo de Defensa posibilita el libre ejercicio del derecho a la objeción de conciencia, así como la instauración del «servicio militar», contemplado en el artículo 30.3 de la CE, servicio perfectamente asimilable al SDI que se propugna. Por otra parte, la división entre el cuerpo militar profesionalizado y el cuerpo civil —armado en caso de necesidad y



**Nada bueno se aprende en los cuarteles, más bien lo contrario, los jóvenes son uniformados no sólo externamente, sino también psicológicamente. Se les inculcan todos los valores caducos en esta sociedad por la carga negativa que conllevan el autoritarismo, el machismo, la violencia, el desprecio a la democracia y la sociedad civil**

como opción individual voluntaria— no tiene que restar eficacia al sistema defensivo en el caso —poco probable— de una agresión exterior. Todo depende de la motivación moral de los ciudadanos y de la eficacia de los profesionales. A este respecto, aportamos la opinión del general Israel Tal, del ejército israelí —nada sospechoso de ineficaz, aunque sí de otras muchas cosas—: «Para conseguir que un ejército reservista se movilice y despliegue a tiempo, aparte de contar con una planificación adecuada hay que disponer permanentemente de un buen servicio de información, que dará la alerta oportunamente, y de una fuerza área que ha de proporcionar la protección necesaria en tanto se ejecutan las tareas de movilización y despliegue». El Servicio Militar Obligatorio actual es cada vez más rechazado, no sólo por los jóvenes, sino por toda la sociedad. Únicamente el 10 por 100 de los jóvenes ve el Servicio Militar como algo útil. Es inadmisibles que desde el momento que un ciudadano atraviesa el umbral del cuartel pierda de hecho todos sus derechos constitucionales. No existe ningún medio para velar por el respeto a la persona que se incorpora a filas.

Además de esto, la opción militar es rechazada

cada vez más por una generación educada en los valores del pacifismo y que, por tanto, la ven como una opción absurda.

Nada bueno se aprende en los cuarteles, más bien lo contrario, los jóvenes son uniformados no sólo externamente, sino también psicológicamente. Se les inculcan todos los valores caducos en esta sociedad, por la carga negativa que conllevan: el autoritarismo, el machismo, la violencia, el desprecio a la democracia y a la sociedad civil, etcétera. La actual regulación del derecho a la objeción de conciencia y de la PSS han provocado —por ser constitucionalmente injusto y penalizadora— amplias protestas juveniles y la aportación del fenómeno de la insumisión. Cada día son más los jóvenes que se rebelan contra un modelo de ejército caduco y que están dispuestos a acabar encarcelados por ser coherentes con su rebeldía.

La solución a esta situación ha de partir de la sociedad civil, la única capacitada para implantar un Modelo de Defensa integrado y alternativo al actual.

Como dice Antonio Gala, «los jóvenes objetores e insumisos están demostrando tener el valor que al soldado sólo se le presupone». ■

# UN MODELO DE EJERCITO ALTERNATIVO

Manuel de Diego

**P**UEDE considerarse algo evidente que la baza de persuasión en las fuerzas armadas ha variado con el tiempo y la tecnificación. Según el momento histórico ha estado en relación con elementos como la disciplina, la lealtad o el llamamiento a los ideales patrióticos o democráticos.

Aun manteniéndose hoy, al menos en parte, vigentes tales elementos, no sería imposible afirmar que en la sociedad post-industrial las técnicas de persuasión de los mandos militares son cada vez más parecidas a las de la moderna organización industrial. En este aspecto también hemos pasado del modelo de dominación carismático al burocrático.

En efecto, la tecnología militar, la organización de la defensa hoy es tan compleja, que el ordenamiento de un conjunto de técnicos no puede basarse únicamente en la disciplina como aglutinante. Los individuos de un grupo militar reconocen su mayor dependencia mutua con respecto a la competencia técnica de los elementos del equipo de trabajo (en este caso del escalón militar que corresponda) que con respecto a la estructura jerárquica.

Hoy en la maquinaria militar el elemento definidor es el concepto de sistema de armas, concepto que va más allá de una simple clasificación del material. El sistema de armas implica un repertorio de científicos que inventan las armas, técnicos que las utilicen y especialistas que las reparen. El desarrollo de tal concepto implica que el rol del individuo se define, cada día más, en función del sistema de armas, desempeñando un trabajo más especializado cuanto más bajo sea su puesto en la jerarquía.

Este nuevo tipo de organización militar, basado fundamentalmente en la tecnología y en la profesionalidad, aboca a las levas obligatorias a la paulatina desaparición.

El entorno político cultural de la izquierda ha tenido como una de sus banderas la no profesionalización del ejército, basándose en una serie de principios que creemos han de ser sometidos a revisión:

- a) El ejército de leva obligatoria como causa y consecuencia del estado moderno.
- b) El ejército nacional fruto de la Revolución Francesa.

- c) El ejército popular y la Revolución de Octubre.

- d) El modelo insurreccional.

- e) El ejército profesional como guardia pretoriana.

La estructura de ejército que IU propone exige una plantilla de especialistas de todo tipo, no muy numerosa, pero con la capacidad necesaria y la suficiente identificación con el sentir mayoritario de la seguridad, que la permita hacer realmente eficaz la defensa del país en cualquier situación.

Pero es evidente que estos especialistas, independientemente del lugar que ocupen en la estructura de la organización militar, deben poseer una elevada formación técnica que, al mismo tiempo que proporcione las cualidades necesarias de todo militar, se complete con una fuerte componente de formación humanística. Es preciso dotar a los miembros del ejército, fundamentalmente a los mandos, no solamente de la capacitación necesaria para resolver y afrontar los problemas técnicos que puedan presentárseles, sino una formación general política, social y económica, que les permite tener una visión global de los problemas de la defensa. Una formación de carácter profundamente democrática y pacífica, que tendiera a vincularlos con el conjunto de la sociedad, combatiendo sentimiento de casta.

Por ello, aunque es evidente que la enseñanza militar ha de impartirse en centros especializados, ha de conseguirse que ésta no se cerrara, sino que los centros de enseñanza militar sean los más abiertos posibles a la relación con los más amplios sectores sociales, así como la posibilidad de que las materias comunes a estudios universitarios de carácter civil se estudiaran conjuntamente.

Este ejército debe estar al margen de toda opción política de partido, pero fuera de él, todos los integrantes de la organización militar podrán ejercer plenamente y serles respetados totalmente todos los derechos cívicos de asociación, reunión, expresión, etcétera, con la limitación a este último de lo que se considere secreto militar. Dentro del ejército, y a todos los niveles, deberían crearse organismos elegidos democráticamente, como vía complementaria de la jerarquía oficial, para llevar ante el mando las opiniones, reivindicaciones y propuestas de sus representados, en aquellos aspectos de su competencia. ■

# La URSS: Con "mano de hierro" a la felicidad de mercado

Serguei Kara Murza



**E**L enorme país se convirtió en objeto de un experimento sin precedentes en la Historia: por medio de una «revolución desde arriba» se le prescribe cambiar en pocos meses su constitución socio-económica. Durante los cinco últimos años se lavaba el cerebro a la gente. Se les trataba de convencer que anteriormente todos llevaban una vida indigna de seres humanos, que seguían ideales falsos y criminales, que se hundieron en la barbarie y en la degeneración genética. Pero desde ahora todo cambiará, la vanguardia ilustrada hará retornar con «mano de

hierro» a 250 millones de almas prófugas al seno de la civilización, privatizará la industria y la tierra y «alimentará al pueblo».

Entonces, ¿por qué, al oír esto, lloran las viejas en largas colas? ¿Por qué personas de mi edad, de cincuenta años, se preparan psicológicamente a la muerte, buscando sólo el modo de ayudar a sobrevivir a los hijos y a su etnia? Si esta gente ha vivido tiempos difíciles, ha sembrado patatas en los céspedes y se ha salvado del frío quemando sus libros, ¿son las penurias lo que les espanta por su futuro desempleo y desalojo? No, la pobreza no

es vileza. Lo que tortura ahora a la gente es el sadismo cultural y espiritual con que se les obliga a destruir toda su visión del mundo, a rechazar sus creencias, cultos y prejuicios. Y no se trata de creencias comunistas o de otra índole ideológica, como afirman con soberbia casi idiotasca nuestros «demócratas de izquierda».

He aquí como un diario de gran tirada nos prepara moralmente a la economía de mercado y explica la esencia del hombre: «Desalojado del paraíso, él se ha embrutecido hasta tal punto que empezó a devorar a sus prójimos, en sentido tanto figurado como literal. La naturaleza del hombre, como de todo lo vivo en la Tierra, se basa en la selección natural, y ante todo en su forma más cruel, en la selección intraespecífica. ¡Cómete al prójimo!». Leyendo esto, el hombre se retuerce de dolor. Nunca antes le llegaba al ruso (sin contar círculos estrechos de intelectuales decadentes) tales palabras, ni del sacerdote, ni del maestro o el escritor, sin hablar de los padres. Incluso la ciencia rusa, al adoptar el darwinismo, «eliminó» de éste su componente malthusiano, y no sólo con respecto al hombre. El motor de la selección natural no es la lucha por la supervivencia sino la cooperación, afirmaban los darwinistas rusos.

El pueblo soviético ha sobrevivido al terrible siglo XX con sus revoluciones, guerras y represiones sangrientas sólo gracias a la hermandad y ayuda mutua. Hoy, recibiendo golpe tras golpe de nuestra prensa «democrática», yo recuerdo los rostros de las personas que me ayudaron en mi vida, me dieron de comer, me dieron hogar y salvaron más de una vez, y mi vida la recuerdo desde el primer año de la Segunda Guerra Mundial en la URSS. Y veo multitud de caras, eslavas, asiáticas, caucásicas. ¡Cómo puedo yo tolerar las afirmaciones que 30 ó 40 millones de ellos son personas inútiles, que es correcto que ellos sean parados y vivan con un subsidio mísero (seis meses, y después, por lo visto, deberán evaporarse)! Y qué dolor causa en los viejos el oír la palabra «privatización», que se repite con deleite todo el día, saber que toda la riqueza nacional por la que ellos han doblado la espalda, está destinada a la subasta.

### La tierra

Existe un género de patrimonio nacional cuya privatización exige una destrucción especialmente dolorosa de las estructuras culturales. Es la tierra. En la cultura de cada nación se formó su propia actitud hacia la tierra en la que le tocó vivir y comer su pan. Unos quieren llevar una vida más dulce hoy mismo y venden sus tierras a los millonarios árabes o japoneses. Es su derecho sagrado.

El campesinado ruso pensaba de otra manera. El mismo idioma ruso ha asociado las palabras «tierra» y «madre». La tierra no es ante todo un medio de producción de mercancía sino el cuerpo que constituye con su pueblo un organismo único. Si no existe en la cultura occidental tal atavismo pagano, muy bien. Podemos aplaudir o incluso envidiar a Occidente. Pero no se eligen los padres (si no, todos nuestros «demócratas» hubieran nacido, por lo visto, en Holanda). Y las normas culturales de los padres no se abolen por decreto. Entre campesinos rusos desde hace tiempo se consideraba que «la tierra es de Dios» y no puede el individuo tenerla en propiedad privada. En el momento de la Revolución, las asambleas campesinas exigieron la nacionalización de la tierra contra el programa agrario inicial de los bolcheviques. Pero ya mucho antes, Leon Tolstoy, el intérprete de la filosofía del campesinado ruso, escribió en respuesta al programa de privatización de la tierra: «La injusticia consiste en que como no puede existir derecho de un hombre a poseer otro (esclavitud), igualmente no puede existir derecho de un hombre, cualquiera que sea, rico o pobre, zar o campesino, a poseer tierra como propiedad. La tierra es patrimonio de todos, y todos los hombres tienen igual derecho de aprovecharla».

¿Qué es lo que vemos ahora? La tierra por la que los campesinos apoyaron la revolución y que les fue entregada gratuitamente para ser cultivada, ahora se propone venderla en propiedad privada. ¿A quién? A ricachones soviéticos y más aún, extranjeros. De manera que la colectivización estalinista sirvió para ello de prelude necesario. Stalin sólo ha hecho trabajo sucio para los radicales de hoy. Mi amigo oriundo de una aldea ucraniana, que «aprendió a ir detrás del arado pocos años después de aprender a andar», escribe en un artículo para el cual no se encontró lugar en nuestra prensa pluralista: «¡Camaradas diputados! Ustedes se prestan a entregar la tierra en propiedad privada. ¿Adivinan ustedes que los hijos de los braceros no reconocerán su ley y los hijos de los terratenientes no la denunciarán? Y este problema, como durante siglos, de nuevo va a resolverse con sangre. ¡Pónganse de pie antes de aprobar esta ley y honren con silencio la sangre que será derramada!».

Quizá, lo dicho parecerá demasiado subjetivo, con poca información acerca de la situación en la URSS. Pero en condiciones de polarización ideológica no puede haber noticias imparciales. No hay datos objetivos sobre el balance de fuerzas en el espectro político, ya que los medios de comunicación están monopolizados por los partidarios de la transición «revolucionaria» al mercado capitalista y no representan a la opinión pública. Los

partidos políticos efímeros proponen planes utópicos y sus declaraciones a menudo no son más que un bluf. Las elecciones realizadas en un momento de gran emoción, sin ninguna infraestructura para exponer los programas (y en ausencia de tales programas), tuvieron como resultado parlamentos que ya han desilusionado a todos, con un nivel pésimo en sus debates. La destrucción del PCUS, independientemente de su evaluación ideológica, se ve como liquidación del único mecanismo que todavía integraba diferentes subsistemas de la sociedad. El país se encuentra en equilibrio inestable, en un punto de bifurcación, donde en principio es imposible pronosticar el futuro. Un suceso o una presión relativamente pequeños pueden desviar irreversiblemente el proceso hacia un camino imprevisible. Surgió un caos preñado del futuro. Y de este caos nacerá un nuevo orden.

Me viene a la memoria que al llegar a ser presidente de los EE.UU., Reagan prometió que para el 1990 el socialismo desaparecerá de la faz de la Tierra como formación socio-política. El interés de los EE.UU., junto con la mentalidad totalitaria de los «demócratas» soviéticos educados en el sistema de planificación, le proporcionaron a esta fecha un sentido místico. Apresuradamente se ha escrito y aprobado por los diputados de Rusia, casi sin leer, el programa «500 días» que supone la privatización del 70-80 por 100 de empresas públicas. Es un programa de transformación de toda la vida de un enorme país con una gran inercia, pero calculado con una exactitud tan irracional que su realización resultó imposible sólo porque el «día cero» fue aplazado en dos semanas. De tal forma que el autor del programa presentó dramáticamente su dimisión del Gobierno. La URSS se convirtió en el teatro del absurdo.

De los últimos sucesos se puede, sin embargo, sacar la conclusión que el éxito de este ataque histórico no es completo. La idea, muy razonable desde cierto punto de vista, de llevar la crisis económica hasta tal punto que la gente, desesperada, acepte el capitalismo manchesteriano como alguna esperanza de sobrevivir, no llegó a ser realizada. La explosión se madura en un nivel de destrucción no completa, cuando todavía es posible la reflexión y la lucha por las alternativas.

Es difícil penetrar en la mente de las personas. Pero cuando yo miro las caras sombrías de los transeúntes, me parece que todos pensamos lo mismo: el país está viviendo una tragedia cuyas dimensiones no podemos todavía apreciar. Y así piensan no los «conservadores» míticos que sueñan con el régimen de Stalin o Breznev. Los partidarios sinceros de la economía de mercado tampoco pueden entender por qué para pasar a esta «formación económica progresista» fue necesario



destruir el país, cubrir de fango los sentimientos e ideales humanos elementales, nada socialistas, azucar las etnias y las generaciones.

### Un síntoma elocuente

En octubre, el primer ministro dijo en el Parlamento que la situación económica puede llevar a la explosión social y a una ola de violencia, que el sistema de poder está paralizado. Sería lógico que el Parlamento dejara los demás asuntos y debatiera esta declaración. Pero nadie le hizo ni el más mínimo caso. He aquí un síntoma elocuente.

El sistema burocrático, por más malo que fuera, ha sido portador real de la información necesaria para la economía. Este sistema es destruido sin ninguna sustitución en todos sus puntos neurálgicos. Están eliminados bloques de información clave. El significado de esta acción aún no se ha revelado completamente. Por supuesto, la pérdida del control sobre las reservas y los movimientos de recursos materiales facilitará a los «empresarios» la exportación especulativa de estos recursos. El resultado más directo es que las empresas



**Es difícil penetrar en la mente de las personas. Pero cuando yo miro las caras sombrías de los transéuntes, me parece que todos pensamos lo mismo: el país está viviendo una tragedia cuyas dimensiones no podemos todavía apreciar. Y así piensan no los «conservadores» míticos que sueñan con el régimen de Stalin o Breznev. Los partidarios sinceros de la economía de mercado tampoco pueden entender por qué para pasar a esta «formación económica progresista» fue necesario destruir el país**

han podido hacer sólo un 40 ó 50 por 100 de contratos necesarios para 1991. Algunas ramas de industria tienen sólo un 15 por 100 de materia prima indispensable. Esto amenaza con llevar a la parálisis la industria y producir un desempleo masivo al final del primer trimestre.

Se dice a la sociedad que los culpables de todo son los comunistas, y ya que la mayoría los apoyaba, casi todos son cómplices. Por ello, cuando se derrumban los monumentos de Lenin y la policía apalea a los viejos que tratan de impedirlo, estos actos se consideran como un modo de descargar la tensión. Pero ¿sólo esto? Simultáneamente se erige el monumento a Bandera, jefe del sanguinario ejército nacionalista ucraniano, aliado de Hitler en la guerra contra la URSS, y junto al monumento desfilan los ex combatientes de este ejército. Al lector español le parecerá paradójico que el miembro del comité central del partido gobernante (un campesino de Lituania) en su intervención en el pleno del Comité Central del PCUS, en Moscú, dice que en este momento su mujer con los niños llama a las puertas de los vecinos pidiendo permiso para pasar la noche fuera de su casa, atemorizados.

Otro miembro del Comité Central dice acerca de las dimisiones del partido de los obreros en su fábrica: «Se dan de baja porque no pueden soportar la presión moral a que se somete a los comunistas. No pueden estos hombres entender cuál es su culpa ante el país, ante el pueblo. ¿Acaso, porque trabajaban más y mejor que algunos? ¿Porque entregaban las últimas fuerzas en todos los años difíciles, en el frente, en la retaguardia, a su empresa, al país? ¿Porque, dejando a los pequeños con los vecinos, iban después de la jornada a realizar tareas de partido? Y cómo yo, miembro del Comité Central, puedo calmarlos, decirles que no tienen ninguna culpa, si ya se oyen los llamamientos de ¡todos los comunistas a juicio! ¡Si ya les amenazan con horca y paredón! ¿En qué país civilizado puede suceder eso?»

### Tres razones

¿Cómo es posible esto? No vale la pena reprochárselo al presidente, a la vez secretario general del PCUS. Su misión es delicada. Pero la población, aunque el péndulo ideológico giró hacia el anticomunismo, de ninguna manera echa la culpa a sus compañeros de trabajo. Es evidente que el terror moral con ayuda de la prensa y vista gorda de las autoridades lo desatan grupos radicales relativamente reducidos. Hay varias razones para esta aparente apatía. Primero, el temor generalizado a la guerra civil y la esperanza de que este radicalismo histérico desaparecerá por sí solo, sin enfrentamientos. Segundo, la gente ha sido educada durante varias generaciones para una obediencia patológica al poder superior, sobre todo los militantes del partido y para ciertos asuntos. Si «arriba», como se deduce de la prensa central, ordenaron iniciar la campaña anticomunista, hay que obedecer. A los radicales que provocan la violencia, no se les debe tocar.

La tercera razón es más fundamental. En todo lo que sucede la gente ve no la democratización, sino el viraje y fortalecimiento de la máquina totalitaria que más de una vez enseñó sus dientes al pueblo soviético. Tampoco será la primera que se eliminen comunistas. No hay nada de extraño en que nuestros «demócratas» glorifiquen cada vez más a Pinochet: extirpó las quimeras socialistas, liberalizó el mercado y hete aquí que llevó el país al bienestar. Sí, derramó sangre, qué le vamos a hacer. Pero, con esa gente... El portavoz de los «demócratas», «Literaturnaya Gaceta», en boca de su redactor, da el siguiente programa de transición a la economía de mercado en la URSS: «A diferencia de su estrecha función actual... las autoridades militares deben, según la orden del pre-



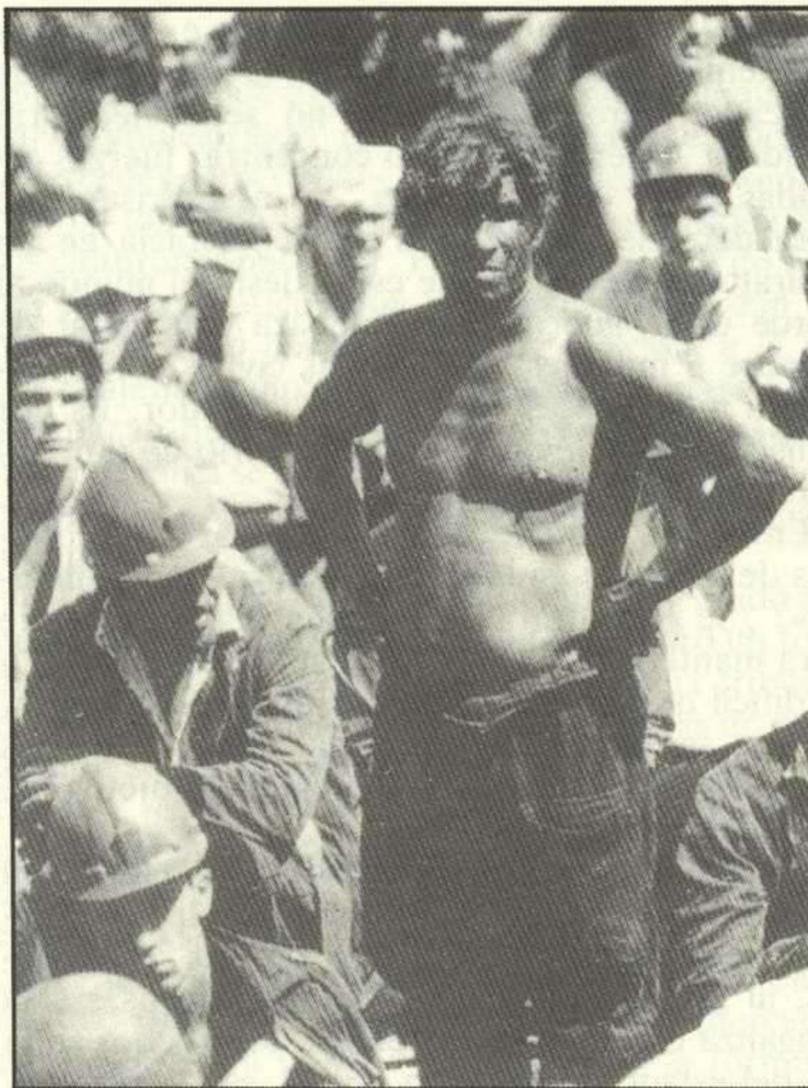
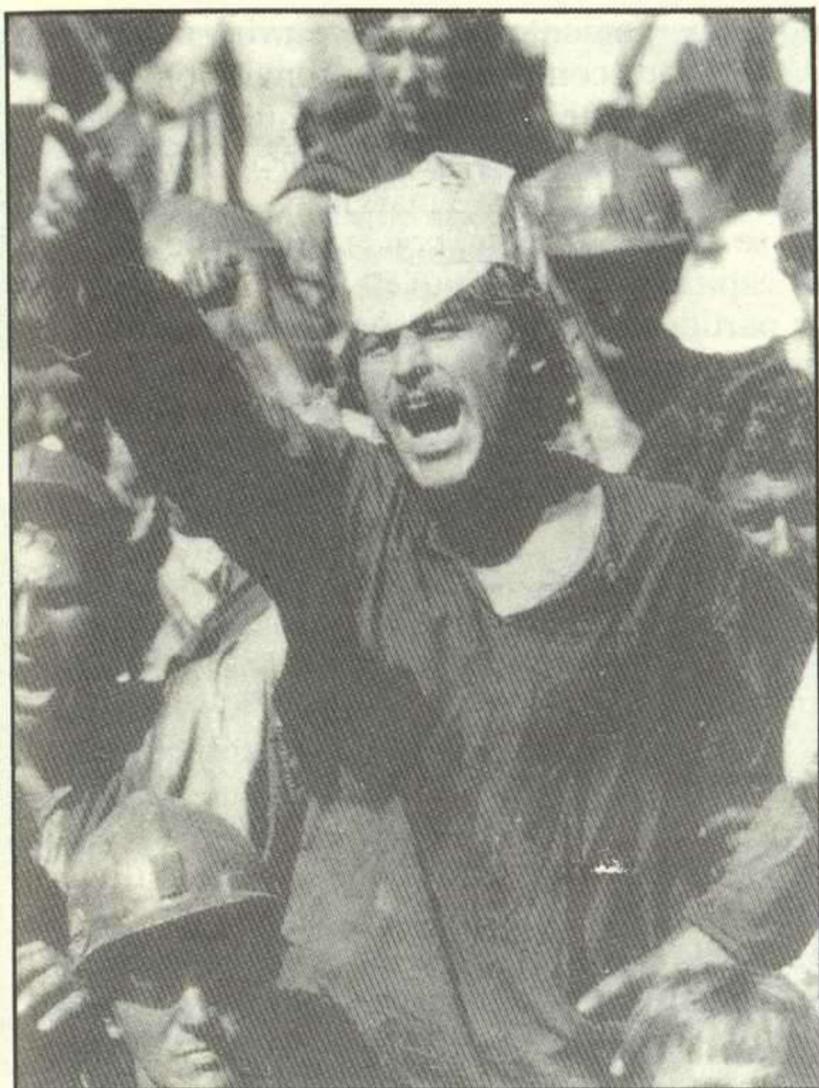
**Hoy es imposible de predecir si el «socialismo será borrado de la faz de la tierra» y en lugar de la URSS en el mundo aparecerá un par de docenas de estados subdesarrollados y enfurecidos, cada uno con dos o tres centenares de misiles nucleares**

sidente, garantizar el cumplimiento de las leyes claves de la reforma económica. Ante todo, las leyes sobre la tierra, propiedad, empresa, impuestos, actividad empresarial... La Administración civil, aunque sea elegida tres veces democráticamente, de todos modos no controla la situación y no podrá hacer frente al odio clasista de las multitudes lumpenizadas. El ejército, tal vez, podrá».

La idea de la felicidad de mercado bajo dictadura militar se basa en las analogías históricas: «Es útil recordar algo bien sabido en el mundo: a menudo la transición de una economía socializada (o destruida, o simplemente mala) a la economía de mercado, efectiva, se realizaba en condiciones de estado de urgencia, si no en estado de guerra. Ejemplos de éxito son sobradamente conocidos: Grecia, Corea del Sur, Chile... Incluso los casos de florecimiento tan brillantes como la República Federal Alemana o Japón han cimentado su éxito no en condiciones de democracia, sino bajo la ocupación extranjera. El ejército de los EE.UU. fue

en estos países garante de estabilidad y viabilidad de los programas de restauración. Nosotros condenábamos a los ocupantes, mientras que ellos sin descanso, ahincadamente, formaban los Parlamentos y no dejaban a los parlamentarios pelear entre sí, organizaban la actividad empresarial y educaban la población embrutecida por lo vivido, capturaban a los bandoleros y obligaban a todo el mundo a cumplir las normas de civilización» («LG», 12/9/1990). Desde luego, lo de ocupación se dice así, por si acaso el soldado soviético no quiere disparar contra las «multitudes lumpenizadas» de sus hermanos. Se supone que esta pequeña dificultad se resolverá, porque los «demócratas», al lograr el poder absoluto, disolverán el Ejército soviético y formarán las fuerzas armadas profesionales.

¿Se logrará realizar este proyecto? Hoy es imposible de predecir. Supongamos que sí, que el «socialismo será borrado de la faz de la Tierra» y en lugar de la URSS en el mundo aparecerá un



**A la sociedad se la impone no simplemente la economía de mercado, sino la economía de mercado con una clase obrera desarmada teórica y organizativamente. Los trabajadores retrocederán por eso mucho más de lo que se podía lograr en nuestras condiciones reales**

par de docenas de estados subdesarrollados y en-furecidos, cada uno con dos o tres centenares de misiles nucleares. Entonces, incluso si nos olvi-dáramos de estos misiles, se realizarán tragedias de tipo completamente nuevo, desconocidas para la Humanidad, que no se quedarán dentro de los límites de la ex URSS. Los gérmenes de estas tragedias se están formando hoy, a nuestra vista. La locura consiste en que éstas no son indispensables para lograr los fines antisocialistas más extremos.

### **Bombas de acción retardada**

La primera bomba de acción retardada consiste en que todo el programa de transición a la economía de mercado en la URSS se basa en el engaño. Sabiendo perfectamente que tal economía se basa en la compraventa de la mano de obra, es decir, en la conversión de la mano de obra en una

mercancía, los nuevos ideólogos de la URSS formulan sus llamamientos en términos de fraseología socialista, prometiendo el cumplimiento del principio «de cada cual según sus capacidades, a cada cual según su trabajo» y del principio de «justicia social». Esto es incompatible con el mercado de mano de obra, donde el precio se determina por la demanda y oferta, lo que es sabido tanto de la experiencia como de la teoría del neoliberalismo. Se trata de un engaño consciente y no es casual que el programa «500 días», en el que se tuvo que decir cosas algo concretas, no se publicase y sea inaccesible para los ciudadanos.

También es un engaño la afirmación que la economía de mercado es un sistema efectivo equilibrado por autorregulación, que asegurará el bienestar de la URSS de manera espontánea. Para los economistas soviéticos es bien sabido que esta economía es un sistema intrínsecamente desequilibrado y no puede existir sin la enorme bolsa periférica del «tercer mundo» (antes, colonias), de

donde extraer recursos y hacia donde exportar sus problemas y desequilibrios. Si la economía de mercado fuera equilibrada, no sería necesario hundir a América Latina o concentrar fuerzas armadas en el Golfo Pérsico. No es precisamente para defender los ideales de democracia en un emirato árabe por lo que está puesto el mundo al borde de la guerra y se amenaza con matar de hambre a millones de personas civiles completamente ajenas a las acciones del dictador. Es por la necesidad de evitar el desequilibrio de tan vulnerable economía de mercado.

Entonces, ¿quién, después de pasar a la economía de mercado en la URSS, será su «tercer mundo»? ¿Se encontrará un Pinochet bastante fuerte para mantener tal orden? Por supuesto que no, y es difícil que nuestros «demócratas» pudieran esperar seriamente. Y surge la duda sobre si es realmente la economía de mercado el objetivo de todo este jaleo.

En cualquier caso, en el proceso de realización de esta nueva utopía, ahora antisocialista, el engaño se pondrá de relieve muy pronto. Y las masas, al sentirse engañadas, serán propensas a la venganza con medios extremos. Y eso que, en la ola del estado de emoción actual, es posible convencer a la gente a participar en la arriesgada carrera de los beneficios de la economía de mercado sin mentirles. De la misma manera como los alemanes de República Democrática Alemana votaron a la derecha y nada puede reprocharse.

La segunda tragedia, inevitable en el caso de transición con éxito al capitalismo, está relacionada con el papel del PCUS. Al encabezar esta transición, que lleva necesariamente a la brusca estratificación social, la cúpula del partido ha destruido a la vez la ideología y la estructura organizativa necesarias para una lucha de clase «civilizada». A la sociedad se le impone no simplemente la economía de mercado, sino la economía de mercado con una clase obrera desarmada teórica y organizativamente. No vamos a detenernos en el evidente hecho de que los trabajadores retrocederán por eso mucho más de lo que se podía lograr en nuestras condiciones reales. En el mercado la situación económica de cada grupo social se determina por el balance de las fuerzas. No es tan obvio el otro lado del problema. Empujando desarmada, nuestra clase obrera contra la clase emergente de empresarios soviéticos, que por varias razones serán mucho más ávidos y duros que la burguesía moderna de Occidente, el PCUS está creando las raíces de las formas «salvajes» de lucha de clase desideologizada, destructivas para toda la sociedad. Una lucha que cobrará el carácter de venganza social.

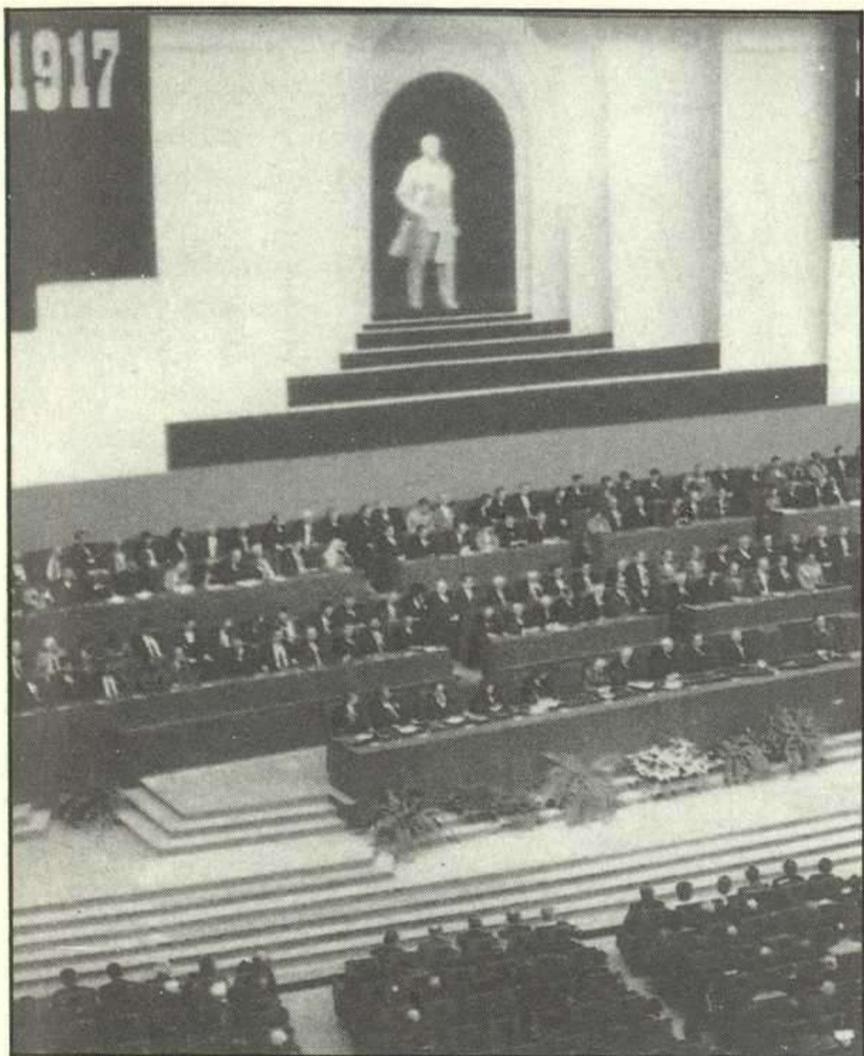
Es sabido que en la opinión pública, en los cír-

culos gubernamentales y empresariales del Oeste está arraigada como axioma la convicción de la necesidad de fuertes partidos de izquierda (a veces, incluso, de una notable presencia comunista). Nuestros politólogos «marxistas» explican que esto se debe a la democracia innata de la sociedad capitalista. Este mito de turno es superfluo. Los partidos de izquierda son necesarios para llevar la lucha de clase en el cauce de las formas aceptables para toda la sociedad. Son ellos quienes elaboran la ideología para el movimiento obrero: formulan ideales y objetivos, factores y restricciones que actúan en la sociedad, posibles reivindicaciones y alternativas. Ellos aseguran la cultura de la lucha, incluyendo conceptos y terminología desarrollados y hasta una estética. Todo ello es, obviamente, muy útil para los trabajadores: en sus permanentes negociaciones con la patronal y el Gobierno, ellos no logran avances espectaculares, pero avanzan paso a paso o retroceden de manera ordenada. De vez en cuando usan hasta la mitad la espada afilada de huelgas bien diseñadas. Pero tal cultura es a la vez no sólo útil, sino vitalmente importante para toda la sociedad.

### Desideologización y lucha de clases

En su pequeña escala están presentes en Europa dos formas de lucha de clases desideologizada: violencia callejera y terrorismo, e incluso así la calidad de vida en la «sociedad de consumo» baja muchísimo. La parte marginal de la sociedad de «dos tercios», que es la base social de esta violencia, ha logrado el estado de desideologización proclamado en la URSS como ideal. Ellos no luchan por nada, sino que se vengan de la sociedad. La «glasnot» soviética, orientada a los «valores universales», es ciega y sorda a los sufrimientos de la parte marginada de la sociedad de mercado. Pero sería razonable, al menos, saber cómo esta parte descarga su tensión espiritual. Es tanto más importante al hacerse las formas de venganza más refinadas y sofisticadas a medida que se margina cada vez más personas con preparación universitaria y creatividad tecnológica. En Moscú, donde trabajan cerca de un millón de investigadores e ingenieros, se espera el desempleo masivo precisamente en esta categoría de trabajadores.

El terrorismo social es consecuencia de la ruptura con los partidos de izquierda, de la desilusión por su demasiada adaptación a las reglas de juego de la sociedad burguesa. ¿Qué se sabe en la URSS de las «Brigadas Rojas»? Antes se decía que ellas eran criaturas de la CIA. Ahora ni esa explicación se da para no herir la sensibilidad de esta agencia amistosa. Pero ya es relevante saber que las «Bri-



**Son prematuros los aplausos de un Reagan satisfecho. Los actores del teatro del absurdo en que se convirtió la URSS bajarán inevitablemente de la escena a la sala**

gadas Rojas» se nutrían de jóvenes sufridos por la desilusión de los partidos de izquierda aburguesados. Pero en la URSS hay millones de jóvenes de alta sensibilidad espiritual y el salto mortal del PCUS no tiene precedentes. ¿Qué normas culturales se dejan a estos jóvenes, muchos de los cuales serán, además, marginados? Ellos no se convertirán, como la masa de jóvenes polacos, en vendedores ambulantes de Europa.

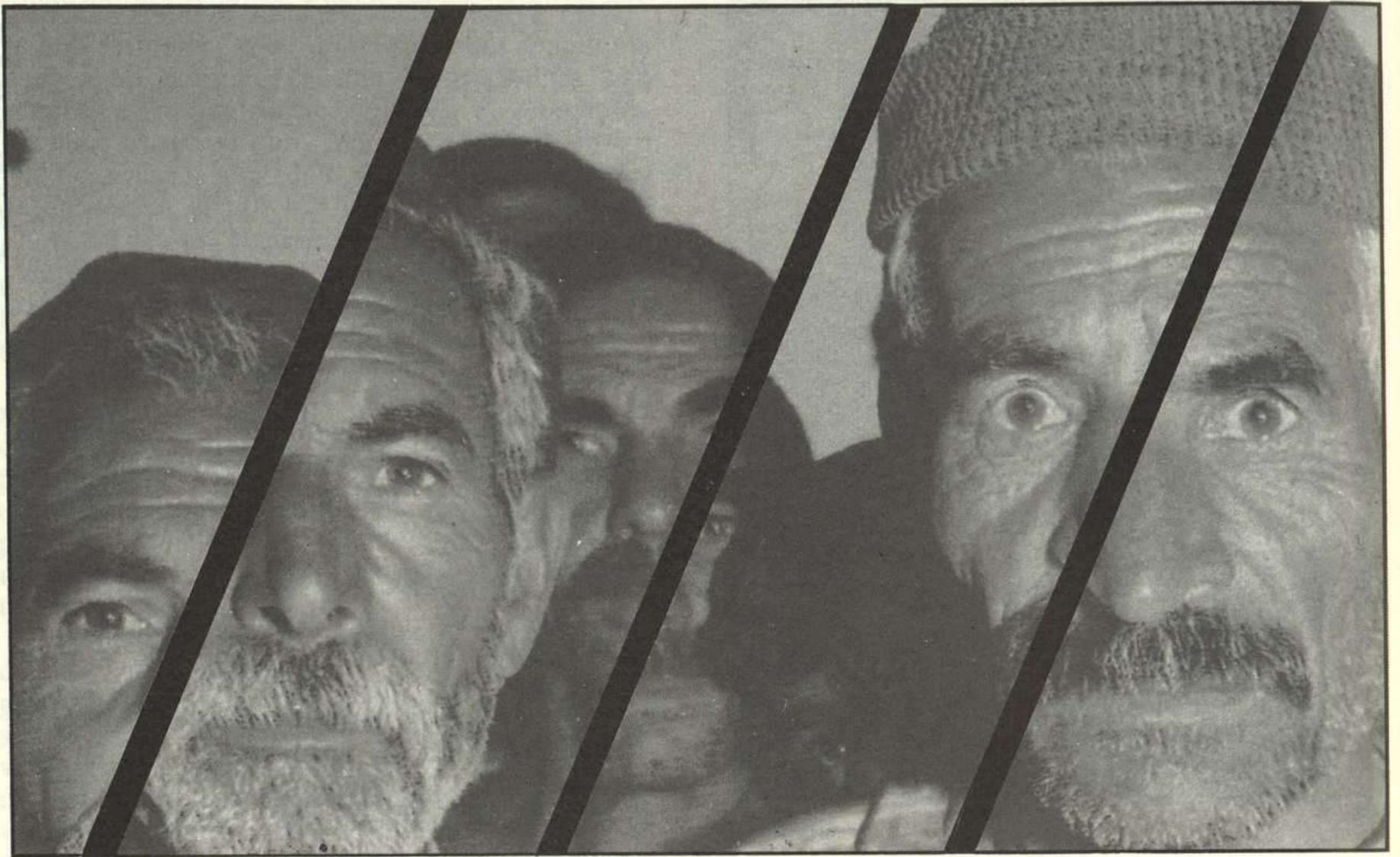
Supongamos que el paso al mercado de mano de obra es inevitable. En nuestro sistema totalitario nadie nunca preguntó la opinión de la gente ni comparó las variantes, no hay alternativa y ¡basta! Pero, incluso en esta situación, se esperaba que el PCUS se ocupara, como, al parecer, le correspondía, de la preparación de la lucha de los trabajadores por sus intereses económicos y sociales. Y ¡qué sorpresa! El PCUS se prestó a desinformar y tranquilizar. «¡Consolidación!», este es su conjuro, mientras que los capitalistas bisoños plantean una privatización saqueo, sin ninguna compensación al menos para los viejos que han construido todas estas fábricas a privatizar. Para estos viejos, de vez en cuando un plato de sopa caliente gratuita.

Otro slogan: «Nos esperan tiempos difíciles, apretemos todos los cinturones», mientras que al país semidestruido entran columnas de coches «Mercedes» y «Volvo», de los cuales se asoman rostros tan bien comidos, que la misma idea de sus cinturones hace reír. Pero, por si acaso, no faltan los catedráticos que sin tregua recuerdan al pueblo ruso su pecado original, «envidia a la riqueza ajena y odio ardiente al bienestar material», y explican que «la clase de los ricos nacidos por la perestroika se compone de las personas que han obtenido la posibilidad de ganar proporcionalmente a sus talentos».

El programa radical de transición al mercado de mano de obra supone el aumento del paro en forma de alud. ¿Qué es lo que se oye de la tribuna del PCUS? Además de promesas gratuitas de protección social, a las que nadie hace caso, la invitación a «sufrir por el bien común». Pero ¿cómo puede llamarse «común» el bien por el cual debe degradarse un tercio de la población? Y ¿por qué ellos deben sufrir, si a la vez se rechaza y se ridiculiza la solidaridad como una actitud reaccionaria que obstaculiza la introducción del mercado eficiente? Si en la bandera se escribe la fórmula de Hobbes, «la lucha de todos contra todos», tal invitación es poco honesta.

No tiene sentido tratar de adivinar por qué la cúpula del partido emprendió este viraje, rechazando los valores e ideales originales. Más importante es el resultado práctico: al dar la orden de autodestrucción tanto de la ideología como de la estructura organizativa de las fuerzas de izquierda en el país, esta cúpula no sólo se aparta de las masas de trabajadores que vivirán de su salario, vendiendo su mano de obra. Paradójicamente, se verá perjudicada toda la sociedad, incluyendo los empresarios. Puesto que esta cúpula nos lleva a un mercado nunca visto en la historia del capitalismo, con tremendos desequilibrios en la lucha social, como resultado, la sociedad se encontrará no ante una lucha de clase civilizada, regulada por las ideologías, organizaciones y pactos sociales, sino ante las explosiones de ira y desesperación ciegas. El desarme de la clase obrera no significa un camino más fácil hacia el capitalismo, sino el camino hacia la sociedad autodestructiva.

Son prematuros los aplausos de un Reagan satisfecho. Los actores del teatro del absurdo en que se convirtió la URSS, bajarán inevitablemente de la escena a la sala. Si se lograra destruir la URSS, ella no se borraría de la faz de la Tierra, y la descomposición de su enorme cadáver envenenará no sólo «nuestra casa común europea». Pero no será así. Los cálculos han fallado en algo. Lo han demostrado las manifestaciones del 7 de noviembre. ■



## EL CONFLICTO DE MESOPOTAMIA

Lorenzo Peña

**¿**QUE es un Estado? Es un algo reconocido como tal por (los) otros Estados, un algo al que esos otros Estados que lo reconocen le atribuyen en un territorio —que viene, con el reconocimiento, demarcado por unas líneas llamadas fronteras— el ejercicio del poder político, es decir, el uso de la fuerza contra quienes se resistan a sus decisiones. Lo malo de esta definición —que por lo demás es bastante exacta— es que es circular. Pero así están las cosas. Alternativamente podríamos cercenar de esa definición lo referente al reconocimiento de los otros Estados, con lo cual vendría superada la circularidad. Sin embargo, en la acepción corriente de la palabra —difusa, como casi todas—, no cabe ese cercenamiento. Que, si cupiera, llamaríamos Estados a grupos armados con poder territorial, como la RENAMO.

Sucede, empero, que todo eso se da por grados, y además no forzosamente en igual grado en los diversos aspectos. Hay más y menos poder. Un grupo u organización —llámese como se llame— que va haciéndose impotente frente a sus oponen-

tes o frente a gente armada venida de fuera va, con ello, dejando de ser un Estado.

Otro tanto ocurre en lo tocante al reconocimiento foráneo, el que han de otorgarle los otros Estados para que una organización que ejerza el poder (o sea: la fuerza) reciba ella misma la denominación de Estado. Retrospectivamente podemos considerar que era un Estado la República Haitiana sublevada en armas contra la Francia napoleónica en 1803. Retrospectivamente se han otorgado títulos de Estado y demarcaciones fronterizas existentes previamente de facto. A menudo, unos Estados reconocen y otros no, unos admiten estas demarcaciones y otros aquéllas. Tras las guerras a que eso suele dar lugar, se llega a un pacto o tratado.

¿Cabe un arbitraje, una autoridad internacional? Habría de ser un Superestado. En la medida en que exista, los Estados dejan de serlo. Además, esa autoridad arbitral o emana de los Estados constituidos o no. Si lo primero, no ve uno qué superioridad moral tendría, pues esos Estados se han implantado por la fuerza y sus fronte-

ras siempre han venido determinadas por la fuerza —por la que han ejercido o por la que han sufrido—. Y, si la autoridad arbitral supraestatal no emana de los Estados, no ve uno cómo podría siquiera llegar a existir.

Otra cosa es una nación. Con todo lo difuso que sea eso de las naciones, tiene una base que al menos no depende ni única ni principalmente del ejercicio de la fuerza ni del reconocimiento otorgado por los detentadores de fuerza en territorios de fuera. Una nación es una unidad de gentes en una unidad de territorio —cuya demarcación sea «natural» y no meramente arbitraria—, gentes ligadas, en algún grado indesdeñable, por una comunidad lingüística, cultural y económica, así como un pasado común; con tal de que esa unidad de gentes no esté incluida en otra más amplia —territorialmente más extensa— y similarmente homogénea en los indicados aspectos. (La segunda cláusula evita tener que decir que los almerienses forman una nación.) Todo eso es impreciso y afectado por mil variaciones de grado, ciertamente. Mas no es arbitrario ni mucho menos. Hay casos paradigmáticos de unidad nacional (Japón); otros en los que la comunidad es, en uno de esos aspectos o en varios, sumamente laxa. Están los Estados plurinacionales. Pero aun en ellos, para que no sean creaciones puramente artificiales, siempre endeble, es menester algún grado de unidad nacional en varios aspectos. Reconocer eso no quita para percatarse de lo relativo del compartir alguno de esos rasgos (hasta los suizos tienen homogeneidad lingüística, en algún grado, pues hablan o un dialecto alemánico o francés o italiano o romanche —y no, por ejemplo, kurdo ni bengalí).

Mas pocos casos hay tan claros de unidad nacional como el que se da entre iraquíes y kuwaitíes. Ni diferencia lingüística —ni siquiera dialectal—, ni disparidad cultural alguna, ni borde natural que valga, ni distancia geográfica, ni pasado histórico divergente (salvo muy reciente —y ése, impuesto desde fuera por los europeos—). Nada puede servir para alegar que Kuwait constituye una nación diferente de Iraq. (No me refiero a la mera unidad nacional de los pueblos árabes, claro, sino a la existencia en este caso de una más estrecha comunidad en todos los aspectos pertinentes para deslindar las naciones.) Durante miles de años, esa minúscula franja litoral del Golfo Pérsico ha formado parte de Mesopotamia (hoy llamada «Iraq») y ha sufrido las mismas vicisitudes que el resto del país. Sólo en el siglo XIX, el colonialismo inglés —en un acto más de su consabida política de sembrar el mundo de gibraltares—, logró del sultán de Turquía (a cambio de la protección británica a los otomanos contra los movimientos

de emancipación balcánicos) que se concediera en Kuwait a un funcionario al servicio de la Sublime Puerta el cargo hereditario de jeque. Ese es el comienzo de la dinastía de los as-Sabah. De hecho, el emirato quedó desde el principio bajo protectorado británico, aunque sobre el papel tal situación sólo vino proclamada con la derrota de Turquía en la Primera Guerra Mundial. Durante ésta, la monarquía inglesa prometió la libertad a los pueblos árabes. Pero el tratado de Versalles y los adicionales al mismo únicamente dieron lugar a un nuevo y peor sojuzgamiento de esos pueblos, ahora bajo la despiadada bota de Francia (en Siria) y de Inglaterra (en el resto del Oriente Medio).

Sublevado varias veces contra el yugo británico, el Iraq obtuvo en los años 30 una independencia nominal restringidísima, que se cumplió después de la Segunda Guerra Mundial. Los ingleses habían impuesto en el trono, en Bagdad, a una rama de la dinastía hachemita, que les debía todo y estaba a su merced. Impusieron como primer ministro a un hombre al servicio del Intelligence Service, Noury Said. Pero hasta ese gobierno tan prooccidental reivindicó siempre la franja marítima de Kuwait y rehusó reconocer a ese emirato.

Luego de la revolución de julio de 1958, en la que Abdul Karim Kasén derrocó a la monarquía probritánica, Iraq mantuvo la misma actitud, ahora ya sin las medias tintas de los anteriores gobernantes. Inglaterra, asustada, decidió forzar las cosas concediendo (en junio de 1961) la independencia al Kuwait para, así, ver garantizado el trono de los proingleses as-Sabah por un reconocimiento internacional. Kasén no logró impedirlo. Y le costó el poder y la vida: lo derrocaron en febrero de 1963 los jóvenes oficiales iraquíes —influidos por el Baas—, descontentos por el fracaso de esa vieja aspiración nacionalista.

Debíase ahora el empeño de Albión por afianzar la existencia del emirato como Estado aparte, no sólo a las viejas razones estratégicas —que habían perdido mucho de su anterior peso, con la decadencia del imperio británico después de 1945— sino, más que nada, a que entre tanto ese Gibraltar del Golfo Pérsico había resultado ser uno de los territorios más ricos en yacimientos petrolíferos.

Una monarquía absoluta, prooccidental como está mandado, que comparte esas enormes riquezas con sus amigos euro-norteamericanos y echa algunas migajas a sus súbditos carentes de derechos políticos, pero que es un diminuto enclave arrancado a un país del que no lo separa ningún borde que no haya sido artificialmente ideado por los diplomáticos de Su Majestad, ¿a qué podría

conducir a la postre? ¿Podría el mundo esperar, sensatamente, que el pueblo iraquí siguiera sopor-tando siempre una situación así?

El actual régimen iraquí es reaccionario y, además, totalitario. Durante años, en medio del cómplice mutismo de los medios de comunicación euro-norteamericanos (prensa, radio y televisión), ha llevado a cabo una represión a menudo sangrienta contra el Partido Comunista de Iraq y otras organizaciones de izquierda. De eso no se ha hablado. A lo sumo —pero sólo ocasionalmente— se ha dicho un poquito sobre la represión contra el movimiento nacionalista kurdo (no demasiado, para no molestar a Turquía, miembro de la OTAN y aliado de Iraq en esa campaña antikurda). Y es que todo eso les venía bien a los hombres de negocios euro-norteamericanos. Como les venía bien la guerra insensata que Sadam Husein lanzó contra el Irán de los *ayatolahs* en 1980, pues las nuevas autoridades de Teherán se lo habían merecido al derrocar a otro monarca, el rey de los reyes, el buen amigo de Europa y EE.UU., Mohamed Reza.

En todo lo malo que ha hecho Sadam Husein se ha visto, en mayor o menor medida, respaldado por el Mundo Libre. Ha llegado un momento en el que, por una vez en su vida, ha hecho algo que será reconocido como una buena acción por cualquier patriota iraquí, algo que será visto con buenos ojos por la mayoría de los árabes, del Atlántico al Golfo. Esa única acción no condenable de su vida política es la que ha recibido la condena más brutal de la llamada comunidad internacional.

¿Quiénes forman esa comunidad? ¿Cuáles son los Estados que la forman? ¿Cuáles sus respectivos títulos de legitimidad en los territorios que ocupan?

La encabezan los llamados EE.UU. de América. Ese «país» surgió de la sublevación contra la corona de los colonos ingleses a finales del siglo XVIII. Pero las fronteras que heredó del pasado colonial británico —fronteras, ya ésas, adquiridas por guerras de expansión y rapiña contra los habitantes anteriores del país— delimitaban una zona que no era ni la quinta parte del territorio de los EE.UU. en la actualidad. Una serie de agresiones militares, sobre todo contra México, de incursiones armadas, amenazas y arreglos obtenidos con esos medios, permitieron a la gran potencia emergente adueñarse de ese inmenso territorio continental. La casi totalidad de las tierras de las que así se apoderaron estaban pobladas por gentes de otras lenguas y culturas, de otro pasado, y desde luego no deseosos de que sus tierras fueran así anexionadas al territorio bajo dominio de Washington D.C. Luego EE.UU., por nuevas

guerras de expansión, agresiones y tratos venales, consiguieron apoderarse de Alaska, Hawai (archipiélago al que arrancaron así su independencia secular), Guam y Puerto Rico (que robaron a España en la guerra de 1898, desatada con un baladí pretexto naval, de los que abundan en la historia de las agresiones norteamericanas) y otros territorios anteriormente españoles conquistados al Japón en 1945.

Eso es lo tocante al territorio llamado estadounidense, sin contar sus bases esparcidas por el mundo, como la de Guantánamo, contra la voluntad del Gobierno y el pueblo cubanos. Sin contar tampoco las mil y una agresiones armadas contra los pueblos de América central —las más recientes, las de Granada y Panamá (y el minado de los puertos nicaragüenses)—. Ese es el país que, ufano de su bella trayectoria, lidera al mundo entero en la decisión de poner de rodillas a los iraquíes.

No es que no hayan roto un plato los otros miembros del Consejo de Seguridad de la ONU que han votado el bloqueo militar contra el pueblo iraquí. Todos ellos han recurrido cien veces al uso de la fuerza para ensanchar su territorio cuando han podido. El actual territorio metropolitano de Francia (para no hablar de Martinica, Tahití, la Reunión o Cayena) ha ido en gran parte siendo conquistado por agresiones armadas contra sus vecinos (los españoles sabemos algo de eso: el Tratado de los Pirineos fue la imposición de un vencedor). Y así sucesivamente.

Esos angelicales Estados son los que se arrojan el derecho de imponer al Iraq el mantenimiento como Estado separado del emirato de Kuwait, sin otra justificación para ello que el previo reconocimiento de ese emirato por la misma comunidad de Estados. Como si fuera razón suficiente para justificar una imposición el que quienes la imponen así lo quieren y lo habían querido ya antes.

Peor todavía que eso es el hecho de que se perpetra contra el pueblo iraquí un asedio que tiende a someterlo por el hambre. Modos de hacer la guerra que se creían dignos de otras épocas. Y es que están prohibidos los atentados a la navegación comercial pacífica por ese mismo derecho internacional que invocan las Naciones Unidas —unidas en la imposición de la injusticia, nunca en salir por los fueros de quienes padecen injusticia—. El derecho a la libre navegación comercial está reconocido por encima incluso de cualquier situación de beligerancia: derecho de los neutrales a comerciar con uno u otro de los beligerantes o con ambos. (Eso dispone, en efecto, el Tratado Internacional de La Haya de 18 de octubre de 1907, aprobado en una Conferencia que se celebró por iniciativa conjunta de EE.UU. y Ru-



sia). Los EE.UU. han declarado varias veces la guerra a otras potencias por no respetarles a ellos ese derecho de navegación comercial incluso en tiempos de guerra. Una vez, en 1812, contra Inglaterra. Otra, en abril de 1917, contra Alemania. En ambos casos, ¡cuántos miles de muertos a causa de sendas declaraciones de guerra! Es de creer que los gobernantes norteamericanos colocan la libertad de navegación comercial por encima de todo. Hasta que les conviene impedírsela a los demás por la fuerza (otoño de 1962: crisis del Caribe).

Queda todavía un punto importante: el Iraq es inhumano al internar a los occidentales allí residentes. Bien, Iraq hace lo que en todos los conflictos han hecho esas potencias que tratan de doblegarlo ahora. Durante la Primera Guerra Mundial la Gran Bretaña, por ejemplo, internó a cerca de 30.000 extranjeros, lo cual provocó un tremendo caos y enormes sufrimientos. Poco después del estallido de la Segunda Guerra Mundial, de nuevo la monarquía inglesa internó a los extranjeros procedentes de países dominados por Hitler o sus satélites (recuérdese la orden de Churchill: «Collar the lot!»): ya en julio de 1940 habían sido detenidos 27.000, muchos de los cuales fueron deportados a una muerte segura (a éstos no los esperaban en casa, eran en su mayoría refugiados políticos). Hasta el punto de que 800 de ellos murie-

ron ahogados al ser torpedeado por la marina nazi el barco *Arandora Star* en el que eran expulsados del territorio británico.

Con tales credenciales, ¿quién puede creerles? ¿No es obvio que sólo quieren aprovecharse de los cambios en Rusia para volver a imponer en el Oriente Medio su total dominación y con ella el control del petróleo? Alguien imparcial ¿no haría mejor en apoyar la razonabilísima propuesta del Gobierno iraquí de buscar un arreglo pacífico y negociado de todas las cuentas litigiosas del Oriente Medio, a través de conversaciones y no de acción militar?

Concluyo, pues. Lo estatal, lo perteneciente o relativo a la existencia o la individuación de un Estado, es algo sumamente arbitrario (en tanto en cuanto se genera y perpetúa por un procedimiento circular, el cual, en la medida en que existe, está vinculado, no (tanto) a los hechos más hondos de la realidad nacional de los pueblos, sino (más bien) a prácticas del mismo Estado o de otros Estados; resultando tal existencia, o cualesquiera modificaciones de los Estados, únicamente del recurso a la fuerza y de las correlaciones de fuerzas). No cabe, pues, invocar la ley internacional o el orden internacional entendidos como el mero reconocimiento por unos u otros Estados de la existencia de un tercer Estado, ni siquiera como reconocimiento por todos los Estados de la existencia de uno de ellos, o de sus fronteras. No cabe invocar eso como un argumento convincente en los litigios interestatales.

Lo que sí es invocable son consideraciones de justicia o injusticia, que estriban en las realidades nacionales. El autor de este artículo no ha escuchado un solo argumento de esa índole en contra de la anexión de Kuwait por Iraq. Todos los gobernantes que lanzan contra Iraq sus ejércitos y sus armadas, todos los que respaldan eso votando a favor del bloqueo en el Consejo de Seguridad de la ONU, habrían de aducir al menos un argumento que estribara, no en el mero reconocimiento diplomático previo a Kuwait, sino en algún hecho nacional. Tienen que demostrarnos que Kuwait no está en Mesopotamia. A falta de esa prueba, su acción es simplemente una más de tantas (injustificables) intervenciones conjuntas de las potencias como conoce la historia del Tercer Mundo desde mediados del siglo XIX (por ejemplo, la toma de Pekín en 1900). Uno más de los actos de imposición a pueblos no europeos ni norteamericanos de la voluntad conjunta de las potencias euro-norteamericanas, que se siguen arrogando el derecho a regir los destinos de la especie humana, recurriendo para ello a todos los medios. ■

# SOBRE LOS CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA DE CLASES Y LA IDENTIFICACION DEL SUJETO DE LA REVOLUCION

Daniel Lacalle



**E**N un artículo aparecido en esta misma revista (1), a partir de un análisis previo de la evolución y transformaciones de la estructura de clases, de la estructura interna del conjunto salarial y de la clase obrera tradicional en nuestro país y durante los últimos veinticinco años, se llegaba a las siguientes conclusiones:

1. La modernización de España no se está llevando a cabo de una manera socialmente responsable, o dicho más correctamente, se está llevando a cabo de una manera socialmente irresponsable; en beneficio de unos pocos, privilegiados y semiprivilegiados, y en detrimento de la mayoría, con un constante incremento de las desigualdades de todo tipo.

2. El sujeto soporte para la transformación de la sociedad en la cultura socialista y comunista en la que nos movemos (la del marxismo ortodoxo), es decir, la clase obrera tradicional,

está en franca regresión, cuantitativa y cualitativamente (como situación de clase y en su conciencia de clase); y aunque no vaya a desaparecer, sí está perdiendo, si no lo ha hecho ya, su papel crucial en la sociedad y dentro de los grupos dominados y explotados.

3. La situación de la mujer, y en particular de la mujer en el trabajo, peor pagada, más precarizada, más subordinada, menos independiente, más explotada, más proletarizada en suma, aunque bajo distintas condiciones, choca frontalmente con una cultura en la cual las alternativas emancipatorias han sido diseñadas por hombres para ser realizadas fundamentalmente por hombres, y basadas en su sujeto transformador masculino.

4. Aunque en el artículo anterior no aparecía de forma explícita, otro elemento clave definitorio de la nueva situación (íntimamente relacionado al anterior), es que el trabajo manual in-

dustrial sigue siendo básicamente masculino, mientras que el trabajo femenino es en un enorme porcentaje terciario, de servicios, lo cual desenfoca todavía más las alternativas tradicionales y el sujeto en el que se basan.

5. Se está produciendo una constante y creciente fragmentación de la clase obrera y el conjunto salarial a partir de la que correlativamente se crea en el mercado de trabajo, surgiendo una ruptura entre precarios y fijos, sumergidos y no sumergidos, parados y no parados, mujeres y hombres, jóvenes y adultos, en pequeñas y en grandes empresas, regulados y no regulados (2), profesionales y técnicos y el resto, derivándose de todas estas fracturas, la muy particular situación, para peor, de mujeres, jóvenes y colectivos marginales.

6. De todo ello se deriva, finalmente, que el sujeto de la revolución (o de la transformación, o de la emancipación, como se prefiera) de la tradición socialista y comunista, por un sinfín de razones, se está deshaciendo dentro de su propia estructura, sin aparecer (aquí vuelvo a añadir algo no explicitado en el anterior artículo) nada claras en las alternativas existentes las bases y condiciones, objetivas y subjetivas, de su reestructuración; lo cual no quiere decir que esa reestructuración no sea posible, aunque, desde luego, de ningún modo se va a producir de forma automática.

En la presentación en un debate público del estudio del que surgían estas conclusiones (3), surgieron multitud de dudas, matizaciones y discrepancias que parece interesante exponer y, en la medida de lo posible, aclarar en este trabajo (4).

Todo un primer bloque de cuestiones está referido a lo que pudieran llamarse aspectos metodológicos, es decir, hasta qué punto se puede pasar de la estructura ocupacional de las encuestas de población activa a la estructura de clases, cómo afecta la desconcentración productiva a los cambios detectados en la distribución sectorial, manteniéndose los mismos puestos de trabajo en el conjunto de la sociedad, la necesidad de delimitar y precisar conceptos importantes tales como desestructuración y fragmentación, la influencia del punto de corte en el análisis de las EPA (1987 o 1990) en algunos aspectos de las conclusiones, la necesidad de tomar en consideración aspectos más amplios que la mera situación de clase para sacar conclusiones sobre la evolución y futuro de la clase obrera, por citar algunas.

Desde luego, y esto venía indicado como im-

portante matización, el análisis de las clases a partir de la estructura ocupacional y el mercado de trabajo lo que muestra son situaciones de clase (o la clase en sí, si se quiere), pero una clase social es mucho más que eso, es un participante en la lucha de clases, es un objeto en relación —oposición con otra— otras clases, es una cultura, un estilo de vida, posee una conciencia de clase y una falsa conciencia también (es, en suma, o debe llegar a ser, una clase para sí).

Por ello, a partir —exclusivamente— de la estructura ocupacional es problemático (pero no ilegítimo) hacer extrapolaciones, sobre todo si además se pretende ver planteamientos y actitudes políticas. Hay por lo tanto que partir de las limitaciones intrínsecas a este tipo de análisis (y, por tanto, complementarlas para corregirlas o reforzarlas), darlas por sentado. Y de aquí surge la primera gran cuestión: hasta qué punto las situaciones de clase condicionan (o no) la evolución y transformación de las clases, y en particular de la clase obrera y, yendo más allá, hasta qué punto esa situación de clase condiciona, en más medida que otros elementos, la evolución y transformación de las clases.

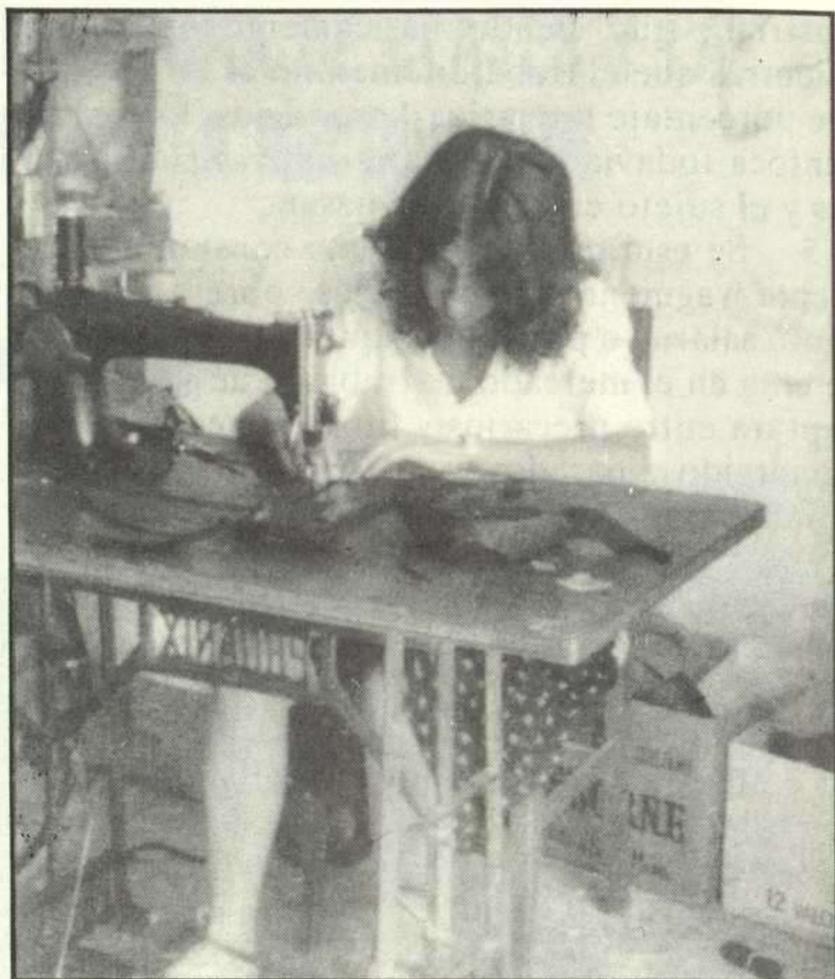
Todo esto lleva a la necesidad de matizar lo tajante de las conclusiones, o a dudar de algunos aspectos secundarios y colaterales de las mismas, pero el núcleo central de las mismas me parece, me sigue pareciendo, totalmente válido. Lo cual, desde el punto de vista de la práctica política, tiene importantes consecuencias. Uno de los principios básicos del marxismo ortodoxo tradicional (es decir, una determinada nacionalización y estructuración del pensamiento de Karl Marx), aquel en el cual nos hemos formado intelectualmente la mayoría de los socialistas y comunistas de este país, es que el sujeto de la revolución anticapitalista es la clase obrera, entendiendo por tal a una determinada clase obrera, los trabajadores manuales de la industria, y sobre todo los de grandes empresas, que además son casi exclusivamente hombres, entre los 25-45 años.

A partir de las potencialidades de ese sujeto, el marxismo, al menos nuestro marxismo, ha construido grandes planteamientos emancipatorios del género humano. Pues bien, de lo que yo no tengo la más mínima duda, es que eso ya no puede ser así (5), sentado lo cual es, desde luego, factible plantear todo tipo de dudas y matizaciones de carácter metodológico o de otro tipo a las conclusiones aquí adelantadas (6).

Por centrarnos en un ejemplo, dentro de la evolución social general, el efecto de la descon-

centración productiva. Supongamos un elevado contingente de clase obrera tradicional (digamos, una empresa metalúrgica de 12.000 empleados), con un fuerte movimiento obrero, muy sindicalizado (5.000 afiliados a sindicatos) y con poderosas organizaciones políticas (1.000 afiliados a partidos obreros); con una estructura de 1.800 técnicos, 2.400 administrativos y 7.800 obreros y peones, y condicionando de forma muy elevada el comportamiento político y electoral de una población de 300.000 habitantes, y las actuaciones y presencia de partidos obreros y sindicatos. Esta empresa, de 1980 a 1990 ha pasado a tener sólo 8.000 empleados, con un movimiento obrero todavía fuerte, altamente sindicalizado (2.500 afiliados) pero con organizaciones de partido obrero inexistentes o casi en el interior; la estructura en este caso de 2.000 técnicos, 2.000 administrativos y 4.000 obreros, la gran mayoría de alta cualificación, subcontratando trabajo más rutinario a talleres (de entre 25 a 100 empleados) que totalizan 4.000 empleados, y subcontratando servicios auxiliares (limpieza, seguridad y otros), totalizando hasta 2.000 empleados, ahora apenas condiciona el comportamiento político y electoral de una población que ha alcanzado los 600.000 habitantes, en gran parte ciudad dormitorio y que aunque sigue influyendo en la actuación del sindicato, ésta ya no es relevante para el conjunto de la clase. Así, un cambio en la estructura productiva a partir del desarrollo tecnológico y la desconcentración productiva obliga a un necesario cambio en la estrategia, transformándola, o a la pérdida de influencia si, desde partidos obreros y sindicatos, se piensa que todo sigue igual.

Con esto, se entra directamente en el elemento clave del sujeto de la revolución. Si planteamos el problema desde el punto de vista abstracto de la contradicción fundamental capital-trabajo, debe recordarse que la clase obrera tradicional, aunque esté en regresión y aunque parte de ella esté en situación privilegiada (o semiprivilegiada) con relación al resto de los grupos dominados, sigue estando en contradicción con el capital, sigue produciendo plusvalía que el capital se apropia sin contraprestación. Ahora bien, la cuestión hoy en día no está ahí, sino en establecer si por el mero hecho de la existencia de esa contradicción en esa parte del proletariado, se puede fundamentar toda la práctica política transformadora en ese sujeto y, en las nuevas situaciones, crear una auténtica alternativa a esta sociedad. Yo particularmente creo que no.



**La situación de la mujer, y en particular de la mujer en el trabajo, peor pagada, más precarizada, más subordinada, menos independiente, más explotada, más proletarizada en suma, aunque bajo distintas condiciones, choca frontalmente con una cultura en la cual las alternativas emancipatorias han sido diseñadas por hombres para ser realizadas fundamentalmente por hombres, y basadas en su sujeto transformador masculino**

Vayamos a un ejemplo que aunque limitado intenta explicar las razones de esta negativa. Cuando en 1984 se estuvo discutiendo la firma del AES, en CC.OO. se decidió no firmarlo (lo cual fue una decisión correcta), por varias razones, siendo una de ellas la posibilidad de descuelgue individual en empresas pequeñas y en crisis (7). Como alternativa se propuso el forzar buenos convenios en aquellas empresas en las que el sindicato tuviese fuerza y capacidad para hacerlo (éstas son siempre grandes empresas, del tipo de la descrita más arriba). Planteando explícitamente que desde ahí se podría arrancar mejoras similares para el resto de empresas y sectores, arrastrándolas. La situación a la que se llegó es que se cumplió, en algunos casos, la primera parte, pero no la segunda, no se arrastró a nadie y lo único que se consiguió fue incrementar la brecha diferencial en condiciones de vida y trabajo de la clase obrera tradicio-

nal (o parte de ella) y el resto de trabajadores. Es decir, la capacidad de la clase obrera tradicional para fijar las condiciones del resto de los grupos dominados ya no existe.

En realidad, el quid de la cuestión está en lo siguiente. Partamos de la posición de Marx y Engels en *El Manifiesto*: «Los proletarios sólo pueden conquistar para sí las fuerzas sociales de la producción aboliendo el régimen adquisitivo a que se hallan sujetos, y con él todo el régimen de apropiación de la sociedad. Los proletarios no tienen nada propio que asegurar, sino destruir todos los aseguramientos y seguridades privadas de los demás.» «El movimiento proletario es el movimiento autónomo de una inmensa mayoría en interés de una mayoría inmensa. El proletariado, la capa más baja y oprimida de la sociedad actual, no puede levantarse, incorporarse, sin hacer saltar, hecho añicos desde los cimientos hasta el remate, todo ese edificio que forma la sociedad actual» (8). Desde mi acuerdo con este planteamiento (al nivel de abstracción que un panfleto como el citado está escrito), ¿es identificable hoy en día la clase obrera tradicional a ese proletariado de Marx y Engels?, o ¿sigue siendo la clase obrera tradicional el colectivo clave dentro de ese proletariado, por formación y transmisión de conciencia, cohesión global a la clase y posición hegemónica en ella? Ese, y no otro, es el verdadero debate. A esas preguntas debemos responder, sin autoengañarnos, si lo que pretendemos es identificar, aquí y ahora, el sujeto de la revolución.

Noviembre 1990, a los 73 años de la toma del Palacio de Invierno de Leningrado por la clase obrera organizada. ■

## NOTAS

1. Daniel Lacalle. «Los cambios en la estructura de clases y la alternativa transformadora». *Nuestra Bandera* n.º 145. Madrid, III trimestre 1990.

2. Se entiende por trabajadores regulados aquellos que tienen convenio colectivo, seguridad social, seguridad e higiene, contratos pactados y supervisables, es decir, están dentro de una economía que puede definirse como legalmente regulada (y que en otros países capitalistas avanzados se define como «economía del bienestar», lo cual en el nuestro sería un eufemismo); por oposición, trabajadores no regulados son aquellos a los que les falta todo o parte sustancial.

3. El debate se celebró en la FIM, dentro del seminario «Trabajo y clase obrera hoy», el día 26 de octubre de 1990, y las cuestiones a mi ponencia fue-

ron planteadas por Albert Recio, Andreu Lope, Faustino Miguélez, Armando López Salinas, Manuel Monereo.

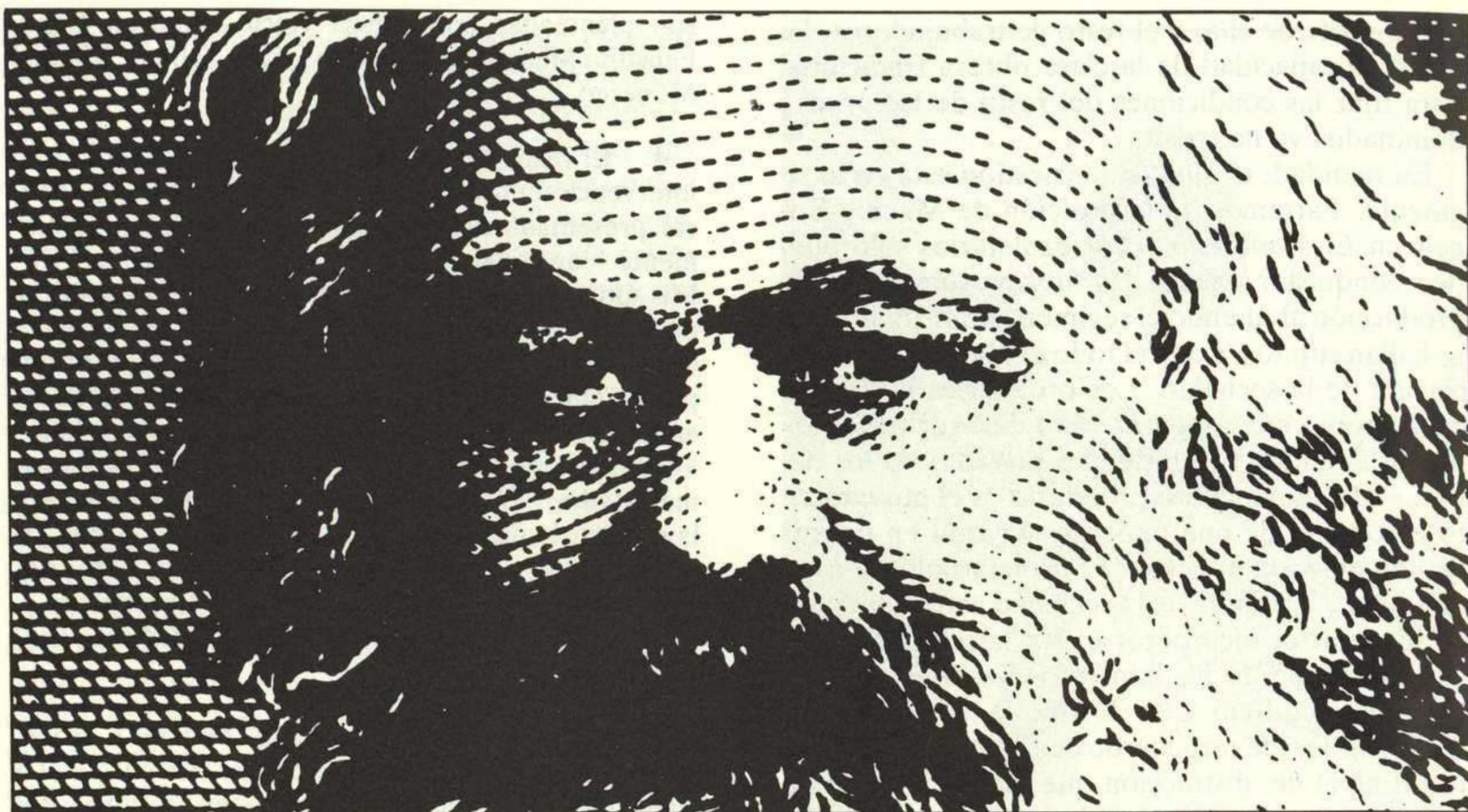
4. El resto del artículo recoge lo esencial de mi intervención en ese debate (ver nota 3). La ponencia presentada al seminario se publicará próximamente, con todas las otras, como libro por la FIM. Mis últimos trabajos sobre el tema, de los cuales la ponencia es una parte, están en prensa en la colección «Debates» del PCE. Para una visión más amplia de la teoría de las clases y la estructura de clases en España remito al lector interesado a mis trabajos «Técnicos, científicos y clases sociales». Guadarrama, Madrid, 1977. «Los trabajadores intelectuales y la estructura de clases» (CIS, Madrid, 1982) y «Clases sociales y capitalismo» (Endymión, Madrid, 1990). Para el conjunto salarial, D. Lacalle (ed.), «Nuevas tecnologías y clase obrera» (FIM, Madrid, 1989).

5. Ver, sobre esto, los trabajos de Eric J. Hobsbawm «¿Adiós al movimiento obrero clásico?» y «La emancipación del género humano» en su libro «Politics for a national left» (Verso, London, 1989).

6. Repito alguna de las cuestiones básicas a replantearse: ¿es asimilable, sin más, la estructura ocupacional a la de clases? ¿La situación de clase es el único, o el más importante, condicionante, de la conciencia y acción de clase? ¿Hasta dónde llega la desestructuración y fragmentación de la clase obrera? ¿Hasta dónde llega la quiebra de la familia obrera como transmisora de conciencia obrera? ¿Cuál es el nivel de penetración de la ideología burguesa conservadora en lo que se conoce como cultura obrera tradicional? ¿La desconcentración productiva conlleva la regresión de la clase obrera tradicional o simplemente a su reordenación en diferentes sectores y tamaños de empresa pero manteniendo idéntico su trabajo y situación en el mismo? ¿Qué ocurre con la adscripción de clase de la mujer al irrumpir masivamente en el mundo del trabajo? Y tantos y tantos etcéteras.

7. «CC.OO. no firmó el AES por considerar que no creaba empleo suficiente y que aumentaría el paro; porque se abría la posibilidad de despido colectivo en las empresas de menos de 25 trabajadores; por el ataque a las pensiones y a la Seguridad Social; porque se reducían los salarios» (esas eran las otras DL). Agustín Moreno, «Prólogo» a CC.OO. «De los Pactos de la Moncloa al AES» (Avance, Madrid, 1989), pág. 25.

8. Karl Marx y Friedrich Engels.: «Manifiesto Comunista», Ed. Endymión, Madrid, 1987, puesto en castellano por Wenceslado Rocas, pág. 37.



# MARXISMO Y MEDIO AMBIENTE

Manuel Maurín Álvarez

**A** HORA que la defensa del medio ambiente ha dado en mostrarse como una omnipresente reivindicación en todo el espectro político, no estará de más comenzar en la izquierda a reflexionar serena y profundamente sobre el lugar que los problemas medioambientales han de ocupar dentro del modelo teórico y estratégico de transformación que impulsa IU.

Ello es así porque la incorporación del ingrediente medioambiental en nuestros programas, aunque afortunadamente ha ido creciendo en cantidad y en coherencia, no está exenta de traumatismos de ajuste y de contradicciones latentes con otras propuestas programáticas. Siendo realistas debemos admitir que incluso en nuestras filas una gran parte de la militancia acepta que se dé importancia al referido ingrediente más por razones de fe o incluso de conveniencia táctica que por racionalidad o entendimiento completo del problema.

En sustitución de la reflexión profunda toma vigencia un seudorrazonamiento que podría simplificarse así: la conservación o regeneración de la calidad medioambiental es algo que se en-

cuentra hoy en el candelero político, inventado y fomentado por los nuevos movimientos sociales. Nosotros simplemente lo yuxtaponemos a las otras propuestas en nuestros programas a fin de hacerlos más abiertos, más completos, más atractivos y más vendibles.

Pues bien, la pretensión de estas líneas consiste únicamente en dar la vuelta a esa tesis —muy arraigada inconscientemente entre nosotros—, sustituyéndola por otra según la cual el medio ambiente constituye un objeto central de los análisis y las propuestas de izquierdas o marxistas, y lo ha constituido siempre, aunque muchos marxistas no lo sepan, porque desde muy avanzado el siglo XIX y hasta hace un par de décadas el devenir histórico que conocemos inclinó a la mayoría de los investigadores marxistas y a los líderes de la izquierda a profundizar sólo en uno de los temas básicos de ese devenir —la desigualdad económica y social—, relegando a un segundo plano la otra cara inseparable de la misma moneda.

Para fundamentar esta tesis, que hará sonreír a muchos, es preciso ir directamente hasta el centro de la concepción marxista del mundo, de

la sociedad, de la historia y de la naturaleza.

¿Cuál es la relación básica del hombre con la naturaleza? Al margen de las relaciones puramente biológicas, que no difieren esencialmente de las del resto de los seres vivos, esa relación es evidentemente el trabajo. Mediante el trabajo, y no de otra forma, el hombre extrae de la naturaleza materias primas que consume directamente o que transforma en bienes complejos de uso y consumo. Los procesos de producción que encarnan la relación entre el hombre y la naturaleza conllevan dos hechos paralelos y trascendentales: en primer lugar conllevan una transformación de la naturaleza que adopta modalidades dependientes de las formas o modos de producción propios de cada sociedad e intensidades proporcionales al grado de desarrollo de las fuerzas productivas; en segundo lugar, esos procesos, por cuanto requieren una cierta división técnica y social, se traducen en una configuración social específica.

**UNICAMENTE el hombre ha logrado imprimir su sello a la naturaleza y no sólo llevando plantas y animales de un lugar a otro, sino modificando también el aspecto y el clima de su lugar de habitación, y hasta las propias plantas y animales, hasta tal punto que los resultados de su actividad sólo pueden desaparecer con la extinción general del globo terrestre (F. Engels)**

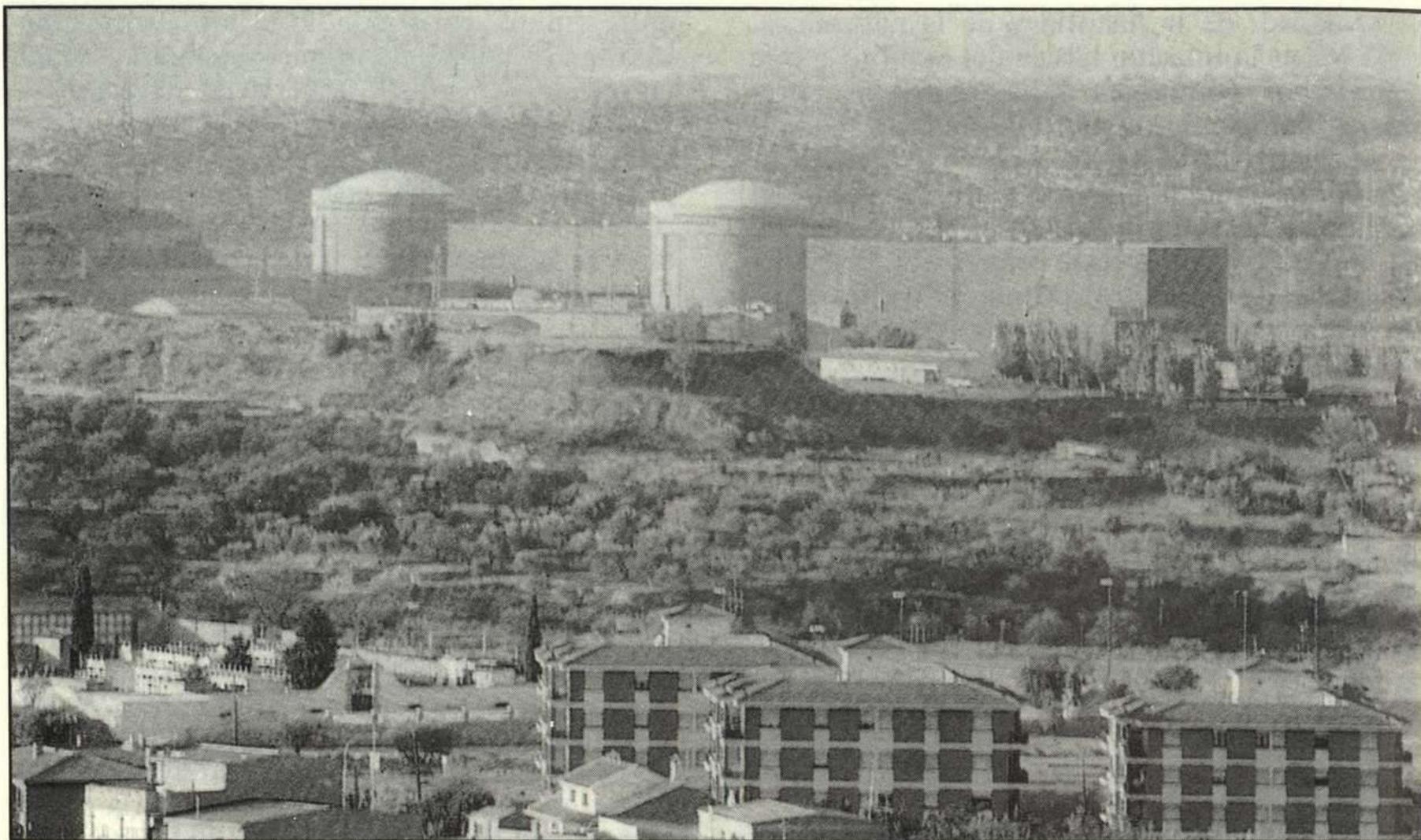
Vemos así como un hecho único y central en la historia del hombre, tal cual es el proceso de producción, está al mismo tiempo y de forma no separable en la base de la estructura social y de la transformación del medio ambiente natural. ¿Es posible entonces entender alguno de estos tres vértices del mismo triángulo (proceso de producción-estructura social-medio ambiente) sin considerar a los otros dos? Si la respuesta es que no es posible, entonces se sigue que la consideración de los problemas medioambientales no es, ni puede ser, ni nunca ha debido ser, un añadido secundario que se sobrepone al modelo productivo y al modelo social, sino que juega un papel en plano de igualdad con esos modelos, y si eso ocurre en la realidad tiene que ocurrir también en nuestros análisis y en nuestras propuestas.

Marx y Engels ya fueron conscientes de ello y, en la división de funciones que establecieron

entre ambos, correspondió al primero profundizar en el análisis de los mecanismos económico-sociales y a Engels ponerse en contacto con las ciencias de la naturaleza, que por entonces se desarrollaban rápidamente. Fruto del trabajo de Engels son interesantes aportaciones que pueden ser consideradas como los primeros pilares de la concepción marxista o social de la naturaleza. Citaré sólo una de las múltiples reflexiones de Engels para mostrar que la preocupación por la naturaleza y el medio ambiente no es algo que se haya inventado recientemente sino que fue introducida y entendida antes que nadie por el pensamiento marxista:

«Únicamente el hombre ha logrado imprimir su sello a la naturaleza y no sólo llevando plantas y animales de un lugar a otro, sino modificando también el aspecto y el clima de su lugar de habitación, y hasta las propias plantas y animales, hasta tal punto que los resultados de su actividad sólo pueden desaparecer con la extinción general del globo terrestre. Resumiendo, lo único que pueden hacer los animales es utilizar la naturaleza exterior y modificarla por el mero hecho de su presencia en ella. El hombre, en cambio, modifica la naturaleza y la obliga así a servirle, la domina. Y esta es, en última instancia, la diferencia esencial que existe entre el hombre y los demás animales, diferencia que, una vez más, *viene a ser efecto del trabajo*.

Sin embargo, no nos dejemos llevar del entusiasmo ante nuestras victorias sobre la naturaleza. Después de cada una de estas victorias, la naturaleza toma su venganza. Bien es verdad que las primeras consecuencias de estas victorias son las previstas por nosotros, pero en segundo y en tercer lugar aparecen unas consecuencias muy distintas, imprevistas y que, a menudo, anulan las primeras. Los hombres que en Mesopotamia, Grecia, Asia Menor y otras regiones talaban los bosques para obtener tierra de labor, ni siquiera podían imaginarse que, al eliminar con los bosques los centros de acumulación y reserva de humedad, estaban sentando las bases de la actual aridez de esas tierras. Así, a cada paso los hechos nos recuerdan que nuestro dominio sobre la naturaleza no se parece en nada al dominio de un conquistador sobre el pueblo conquistado, que no es el dominio de alguien situado fuera de la naturaleza, sino que nosotros, por nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro, pertenecemos a la naturaleza, nos encontramos en su seno, y todo nuestro dominio sobre ella consiste en que, a diferencia de los demás seres, somos capaces de conocer sus leyes y de aplicarlas adecuadamente» («In-



La integración de la problemática medioambiental en un modelo de transformación conlleva una superación de la mera yuxtaposición que ha primado en el pasado e implica, con todas las consecuencias, comenzar a considerar en el mismo plano unitario —que es el de la realidad— los problemas socioeconómicos y medioambientales

roducción a la dialéctica de la naturaleza», 1876, y «El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre», 1876).

¿Acaso no es éste un verdadero y contundente manifiesto que firmaría cualquier ecologista sensato contemporáneo? ¿No goza de total vigencia y frescura? Pues ha sido escrito hace más de un siglo por uno de los marxistas de más renombre, cuando la burguesía y sus ideólogos sólo pensaban en términos de desarrollo indefinido y estaba de moda asociar los humos de las fábricas con la modernidad.

Por desgracia, sin embargo, este impulso inicial, esta concepción inicial marxista sobre el medio ambiente, no fue profundizado con posterioridad, primero porque se plantearon otros problemas acuciantes que había que resolver, tales como la organización política del proletariado o la toma del poder, y después de la muerte de Lenin porque todo el desarrollo teórico marxista quedó prácticamente parali-

zado. Y así seguimos. Hay otro elemento trascendental en la relación entre el hombre y la naturaleza, por medio del trabajo, que conviene destacar. En todas las sociedades de clases que siguieron a las formas primitivas colectivistas, la transformación de la naturaleza ha conllevado paralelamente la apropiación privada de los frutos de esa transformación: apropiación de las tierras roturadas, de los animales domesticados, de las industrias creadas a partir de la naturaleza, de las ciudades creadas a partir de la naturaleza.

Todos estos bienes, producto del trabajo social y de la aportación de la naturaleza, son utilizados por y en beneficio de las clases dominantes y constituyen la base sustantiva de la injusticia social contra la que luchamos. El poco espacio natural que por diversas razones aún no ha sido transformado o directa e intensamente involucrado en los procesos de producción es en gran parte aún, por no haber sido apropiado,



Lo único que pueden hacer los animales es utilizar la naturaleza exterior y modificarla por el mero hecho de su presencia en ella. El hombre, en cambio, modifica la naturaleza y la obliga así a servirle, la domina. Y ésta es, en última instancia, la diferencia esencial que existe entre el hombre y los demás animales, diferencia que, una vez más, viene a ser efecto del trabajo (F. Engels)

un espacio público, con diversos grados y formas de propiedad social o colectiva. Así ocurre con la atmósfera, con el mar y sus bordes, con ríos y riberas, con algunos bosques y espacios de montaña, etcétera.

En estas condiciones, históricamente dadas, en las que lo natural coincide en gran medida con lo colectivo y lo transformado con lo privado, y en las que la transformación lleva aparejada la descolectivización, luchar por preservar la naturaleza que resta ya no sólo es un acto de sentido común de cualquier ciudadano del mundo preocupado por los efectos destructores que se desencadenan cuando se abusa de la tolerancia de las leyes naturales, sino que para la izquierda, para los marxistas y para los trabajadores esa lucha es, además, una lucha de lo colectivo frente a lo privado, es, por tanto, la misma lucha social de emancipación, la misma lucha contra la explotación, contra el capitalismo. Por eso, *la lucha por la preservación del medio*

*ambiente es también un tema central y no periférico del marxismo, porque es una forma de la lucha de clases.*

En definitiva, y volviendo al principio, la conclusión práctica de estas argumentaciones se resume en dos puntos:

1. La integración de la problemática medioambiental en un modelo de transformación conlleva una superación de la mera yuxtaposición que ha primado en el pasado e implica, con todas las consecuencias, comenzar a considerar en el mismo plano unitario —que es el de la realidad— los problemas socioeconómicos y medioambientales.

2. Tenemos por delante en IU un arduo trabajo de reflexión y elaboración teórica que nos permite recuperar el tiempo perdido en este campo, para lo cual contamos con la inestimable herramienta conceptual y metodológica que es el marxismo científico.

El esfuerzo merece la pena. ■

# MAÑANA SERA TARDE

Damián Pretel



**S**E dice que hemos de prepararnos para el siglo XXI, y no siempre nos percatamos de que el año 2000 ha empezado ya y de que, incluso, está determinando aspectos sustanciales de nuestra vida social.

Por otra parte, las grandes transformaciones sociales se realizan mirando al futuro y no con la vista puesta en el pasado. Todos los cambios que hacen época tienen, por tanto, un carácter innovador, y es que las revoluciones nacen y mueren o languidecen como las ideas, es decir, siendo heréticas y dogmatizándose.

Pensar creativamente, además de valor, requiere el rechazo del doctrinarismo. Y todo esto exige un gran espíritu crítico, sin el cual los marxistas verdaderos no pueden existir. Engels, refiriéndose al movimiento obrero, habla de ello en una carta a Trir (18-XII-1889). Dice así: «El movimiento obrero está fundado en una crítica agudísima a la sociedad existente; la crítica es un elemento vital». Y más adelante agrega: «¿Acaso nosotros exigimos de los demás la libertad de palabra para liquidarla en nuestras propias filas?». Y es que entonces había déficit de crítica; pasados cien años, en nuestros días, sigue ocurriendo exactamente lo mismo.

Por otro lado, la previsión del futuro ha dejado de ser una de las partes de la teoría del conocimiento para convertirse en algo esencial de ella, sobre todo en los dominios de la política que está llamada a ir por delante de la economía, de la actividad social de

los hombres, etcétera. Si por alguna razón la previsión no funciona, yo creo que llegaremos tarde, demasiado tarde.

## La perversión del dogmatismo

Para el nuevo milenio es de esperar que se supere la crisis del marxismo en los países capitalistas desarrollados.

Esta crisis ha estado y está determinada esencialmente por la enorme influencia del dogmatismo y del neodogmatismo, que han sido y continúan siendo el peligro principal de los partidos comunistas, aunque los Suslov y los Ponomarev hayan insistido una y otra vez en que ese peligro radicaba en el revisionismo de derecha.

Debemos constatar sin titubeos que el dominio del dogmatismo y del neodogmatismo es una auténtica calamidad y hasta una tragedia de incalculables proporciones para el movimiento revolucionario y democrático. También para el socialismo. Y yo diría, incluso, que para la humanidad. En efecto, es posible que en los últimos decenios nos hayan hecho más daño que el que proviene de nuestros adversarios y enemigos políticos e ideológicos. No está descartado que nosotros mismos hayamos sido nuestros peores enemigos.

Posiblemente no falte quien diga que todo esto es una exageración. A este respecto conviene que nos fijemos, por ejemplo, en el perjuicio que el dogmatis-

mo de ayer y de hoy han causado y causan a las relaciones internacionales. Ha sido, no cabe la menor duda, un serio acicate a la confrontación entre los dos bloques, con el peligro que ello supone: desaparición de la sociedad y de la humanidad misma.

Se trata, pues, de un problema de vida o muerte y no simplemente de claridad y autenticidad teórica y política. Y hay un factor que juega a nuestro favor: la sociedad contemporánea es todo un grito (un grito desesperado) en defensa del pensamiento creador e innovador, en particular del marxismo revolucionario, que se había convertido en un conjunto de postulados inamovibles sin concierto ni lógica interna que, como se sabe, es una exigencia de cualquier teoría que responda a las demandas de la ciencia.

Digámoslo con toda claridad: el dogmatismo y el neodogmatismo son una deformación y una negación del marxismo. Más todavía: no son marxismo. Se trata de otra política y de otra ideología, por muchos lazos que puedan tener con él. No por casualidad Marx, refiriéndose a los dogmáticos franceses de su tiempo, lo decía sin ambages: «Tout ce que je sais, c'est que je ne suis pas marxiste» (Obras Escogidas, Ed. Progreso, t. 3, p. 510).

Así pues, los «fundamentos del marxismo» que se han enseñado y propagado en y desde la URSS y otros países del Este no son marxismo. Y debemos reconocer que todos o casi todos hemos creído aprender marxismo en esos «fundamentos del marxismo».

El dogmatismo de ayer y de hoy es, asimismo, la causa fundamental de los graves problemas que experimenta, por ejemplo, una serie de partidos comunistas de Europa (retraso de la teoría del ser social y de las alianzas políticas y sociales, visión inadecuada de los problemas y de las tareas de la Europa comunitaria, etcétera). Dicho dogmatismo había hecho de muchos partidos grupos sectarios alejados de la sociedad e incapaces de realizar cambios sustanciales en la vida de los hombres, pues había hecho de la teoría de la transformación social una fórmula dogmática.

Afortunadamente ya no existe un centro guía que propagaba dogmatismo y neodogmatismo y que convertía a los partidos comunistas en meros propagandistas de la política exterior, en especial, del Estado soviético. También ha dejado de existir la nefasta política de intromisión en los asuntos internos de los partidos comunistas, produciendo escisiones y luchas fratricidas entre las correspondientes fracciones.

Es de suponer que de aquí al año 2000 la grave situación de una serie de partidos comunistas y de las fuerzas de izquierda, por ejemplo, de Europa empieza a cambiar. A este respecto, cabe decir que tal vez sea posible comenzar a considerar que se ha iniciado (aún de una manera incipiente) un cierto cambio en la situación de dichos partidos, si tenemos en cuenta los resultados de las elecciones europeas (15-18 de junio de 1989), que han estrechado la mayoría a las fuerzas progresistas en el Parlamento de Estrasburgo; la huelga general del 14 de diciembre de 1988 en España y la unidad de acción de UGT y CC.OO.; los cam-

bios prometedores de la política del PCI; la unidad de acción de los socialistas y comunistas portugueses en Lisboa; la política de alianzas que empieza a abrirse camino en nuestro continente, etcétera. Ciertamente, estos cambios todavía no garantizan un auge de los respectivos partidos, pero cabe la pregunta: ¿sería posible empezar a actuar como si lo garantizaran?

Por otra parte, se puede y se debe constatar que el llamado «socialismo real» había dejado de ser el ideal, por lo menos, de algunos partidos comunistas de los países capitalistas desarrollados. Por ejemplo, el PCE había empezado a elaborar su propio modelo de socialismo a partir de los tristemente célebres acontecimientos de 1968 en Checoslovaquia. (Digamos de paso que sus postulados ya se han quedado cortos.) No cabe duda de que el «socialismo real» repercutía muy negativamente en la actividad de toda una serie de partidos comunistas del mundo. Afortunadamente, con la perestroika, esta situación ha empezado a modificarse, creando la esperanza de la posibilidad de la creación de un socialismo en libertad y en democracia, todo lo cual es un acicate, en primer lugar, para los partidos comunistas del capitalismo desarrollado y, desde luego, para el partido de los comunistas españoles.

Los países del ex socialismo real están pasando por la transformación más importante que haya registrado la historia de nuestro tiempo. La implantación del estalinismo, primero, y del neoestalinismo, después, ha desnaturalizado y deformado la esencia misma del socialismo. Bien se puede decir que el «socialismo real» no correspondía ni corresponde a los ideales del marxismo y del leninismo. Más todavía: el «socialismo real» no era ni es socialismo. El dogmatismo y el neodogmatismo han hecho del socialismo la caricatura del «socialismo real».

En la Unión Soviética, por ejemplo, existía un régimen dictatorial, propio de un país de fuertes tradiciones feudales, cuando el socialismo debe ser, ante todo y sobre todo, libertad y democracia. Sobre este particular bien vale la pena recordar la carta que Engels escribe a Marx el 21 de agosto de 1851, en la que critica la tesis de Proudhon acerca de que, en el futuro socialista, el poder y la libertad van a ser incompatibles. Y dice así: «¡Qué diablos! Entonces, ¿para qué necesitamos el poder?».

La tendencia esencial de los acontecimientos que se producen en los países del Centro y del Este de Europa pueden producir y producen una honda preocupación, pero por ahora y hablando globalmente se puede suponer que representan la última esperanza del socialismo, si no a corto sí a medio o largo plazo. Yo creo que la perspectiva del socialismo ni se ha hundido ni se ha perdido. De ello hablaremos más adelante.

Además, se está desarrollando de una manera creadora el nuevo pensamiento político (NPP), que rompe con el dogmatismo y con el neodogmatismo, abriendo el marxismo a nuevos horizontes. El NPP no se extiende solamente a las relaciones internacionales,

como muchas veces se ha creído, sino también al quehacer político y teórico de los partidos comunistas, en especial de los países capitalistas desarrollados.

No cabe la menor duda de que si no se supera el dogmatismo y el neodogmatismo, no se resolverán los problemas teóricos y políticos que tenemos pendientes. Y, como siempre ocurre en estos caos, llegaremos tarde, demasiado tarde.

### Algunos problemas polémicos

Muchos problemas, que serán el pan de todos los días a la altura del año 2000, ya están planteados en la palestra de la lucha política e ideológica de hoy. En consecuencia, ya se están modificando de un modo nada desdeñable aspectos importantes y hasta esenciales de nuestra cultura política, enriqueciendo y desarrollando el marxismo, creando la posibilidad real de que éste alcance una nueva etapa en su desarrollo, de que se llegue a la creación de un nuevo «ismo». Se trata de crear una nueva teoría que desarrolle el marxismo y otras concepciones emancipadoras, que defiendan a los trabajadores y a la humanidad entera, así como al medio ambiente y a la naturaleza en una simbiosis dialéctica, teniendo en cuenta el desarrollo de la práctica social y del conocimiento humano a lo largo de las últimas décadas.

---

**LOS** que de una manera u otra se atienen a una actitud dogmática o neodogmática de nuestra teoría continúan sosteniendo que el imperialismo sigue siendo, sobre poco más o menos, el mismo que estudiara Lenin a principios de siglo, lo cual es absolutamente falso a todas luces

---

En la realización de esta magna tarea, los marxistas españoles están llamados a realizar su modesta aportación, pues están mejor preparados por su historia, por su actitud crítica e inconformista, por su afán de innovar su política de acuerdo con los cambios de la vida social. No obstante, fuerza es reconocer que, en la actualidad, el PCE no está a la cabeza del desarrollo del pensamiento marxista.

Los que de una manera u otra se atienen a una actitud dogmática o neodogmática de nuestra teoría continúan sosteniendo que el imperialismo sigue siendo, sobre poco más o menos, el mismo que estudiara Lenin a principios de siglo, lo cual es absolutamente falso a todas luces. En primer lugar, el papel dominante de los monopolios ha sido, en gran parte, sustituido por las transnacionales y este cambio no es simplemente cuantitativo. Por otra parte, se ha producido re-

cientemente una revolución tecnológica, con todas las consecuencias que ello entraña. Además, todo parece indicar que la guerra mundial, de la que se decía que no era fatalmente inevitable, se empieza a alejar en el horizonte de las relaciones internacionales.

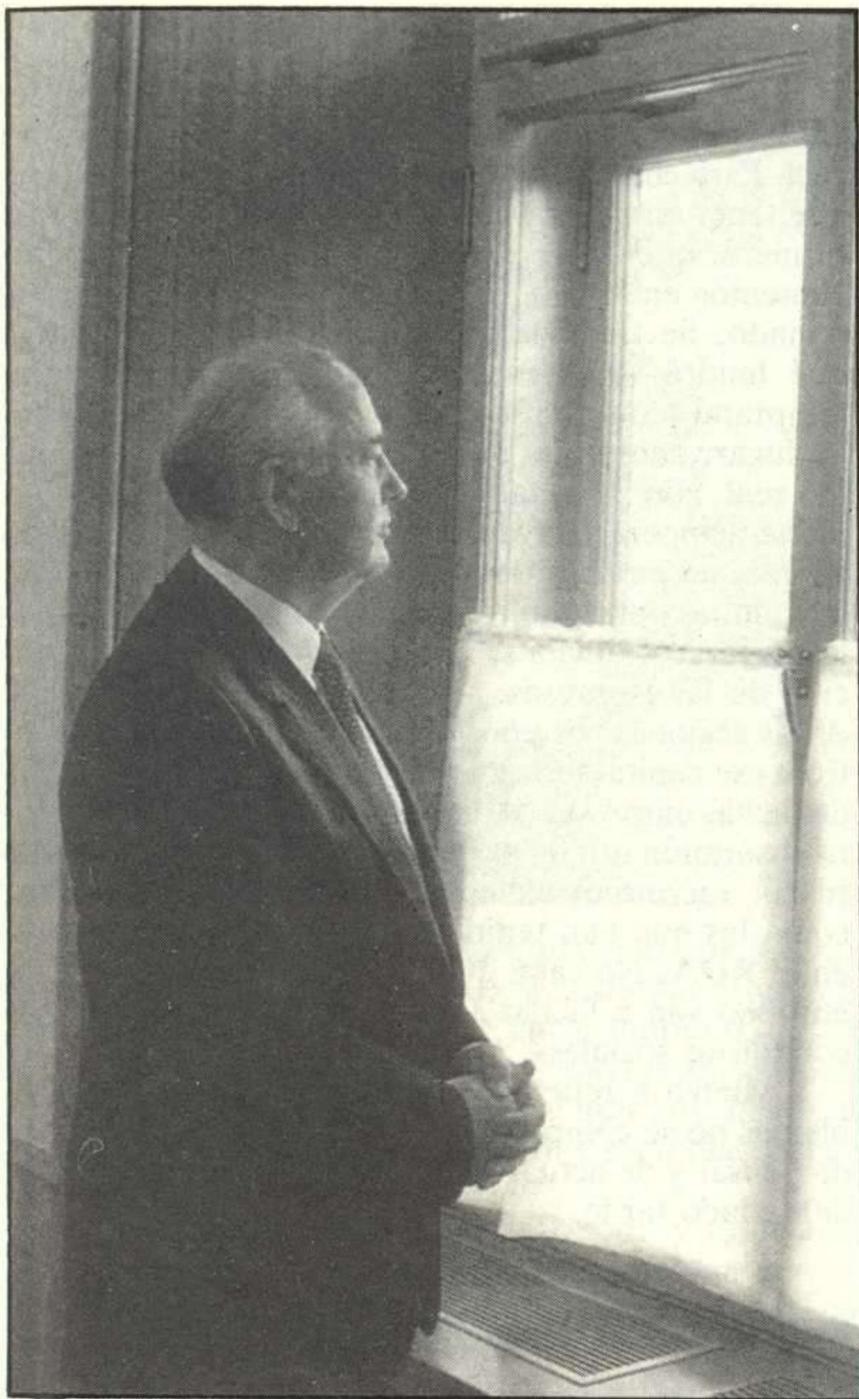
Tal vez sea posible afirmar que estamos aproximándonos al camino que conduzca a la democratización de las relaciones entre los Estados, con lo cual se podría proceder, en un futuro quizá no muy lejano, al establecimiento de un nuevo orden económico y político internacional, a un nuevo enfoque de las relaciones Norte-Sur, etcétera. Por si todo esto fuera poco, está, asimismo, la internacionalización económica, política y cultural que hoy abarca a los dos sistemas. Con todo ello, se vislumbra el comienzo del camino hacia la pospolítica, si por la política se entienden las relaciones de clase. En definitiva, creo yo, que se puede afirmar que nos encontramos en una nueva etapa del desarrollo del imperialismo. En la célebre discusión entre Kautski y Lenin sobre este particular parece que, en definitiva, ha resultado estar más bien en lo cierto el teórico de la Segunda Internacional.

El capitalismo, que en general no ha perdido su naturaleza, ha adquirido nuevas propiedades que sería absurdo no tenerlas en cuenta. Así, por ejemplo, ha demostrado ser más efectivo que el «socialismo real» en la aplicación de la revolución científico-técnica y en el desarrollo de una determinada planificación. Ha sido capaz de que, incluso, avancen ciertos aspectos de la seguridad social (ciertamente no en todos los países y no por igual). En algunos casos, la elevación de los salarios se ha aproximado a la de la productividad en la industria. Así, en los EE.UU. de 1947 a 1973 ambas alcanzaron el 2,1 por 100. La negociación y la concertación son una norma, por lo menos en toda una serie de países desarrollados (ver el caso excepcional de Suecia).

Estas son solamente algunas pinceladas que valen, sin embargo, para aventurar la idea de que el capitalismo se socializa. Y esto se comprende, si, además, se tiene en cuenta la capacidad civilizadora de la lucha de clases. Por otro lado, en los países del ex socialismo real, la libertad y la democracia se está abriendo camino.

Si bien es cierto que el proletariado como clase no se podía liberar a sí mismo sin liberar a la vez a toda la nación, no lo es menos cierto que, en nuestros días, la lucha emancipadora de los trabajadores no se puede llevar a cabo sin prestar una atención especialísima a la liberación de toda la humanidad de las graves amenazas que la acechan. Si aceptamos estos postulados, habrá que llegar a la conclusión de que los intereses de la clase obrera no solamente no son ajenos a los intereses de la nación y de la humanidad, sino que en lo esencial coinciden con ellos. O sea, que con el paso del tiempo el sentido humanista del marxismo no sólo no disminuye, sino que objetivamente crece y se desarrolla, poniendo de manifiesto todavía más claramente su naturaleza emancipadora.

No cabe la menor duda de que estos postulados tie-



El viejo continente es o ha sido la zona geopolítica del mundo en la que el peligro del estallido de un conflicto termonuclear es mayor que en cualquier otra parte del globo. También es una realidad la enorme concentración de armamentos de destrucción masiva. Se puede, pues, afirmar sin ninguna exageración que o se salva Europa o se hunde el mundo y la humanidad entera.

La transformación de la Europa capitalista y de la CEE no se puede producir desde fuera y por eso carecen de sentido las críticas a los partidos que, en el pasado, han abogado por el ingreso en el Mercado Común Europeo. El PCE, por ejemplo, lo hizo en su VIII Congreso, en 1972.

La correspondiente tarea se sitúa desde dentro y, por tanto, es necesaria la colaboración de todas las fuerzas democráticas y de izquierda, en primer lugar, de los trabajadores de los países europeos en la lucha contra las transnacionales. Lo mismo se puede y se debe decir de los partidos comunistas, propiciando la convergencia política e ideológica al objeto de crear las más amplias alianzas, tanto a nivel nacional como continental. Esta segunda tarea todavía no se ha planteado.

Es comprensible que la política del PCE tendrá que adaptarse a estas necesidades. Y, por lo visto, debemos estar preparados para ello. La elaboración colectiva de nuestra política europea es sólo un primer paso en esa dirección.

A la vez consignamos que no somos partidarios del mantenimiento de *status quo* en nuestros países. Esta vieja idea ha de recordarse una vez más en nuestros días, cuando se están recomponiendo una buena parte de las fuerzas políticas de nuestro continente. También hemos de subrayar que la lucha por la transformación social no debe concebirse como una tarea de futuro, sino como un objetivo obligatorio de hoy y de todos los días. Por cierto, este es un requerimiento indispensable para conseguir la unidad de la teoría y de la práctica, eludiendo el grave peligro del doctrinarismo.

Y una puntualización más: las luchas de clase en Europa van a tener un carácter nacional, pero se resolverán, en gran medida, a nivel continental. ¿No querrá esto decir que, en nuestros países, vamos a volver de la teoría de la revolución de Lenin a la teoría de la revolución de Marx? La contestación a esta pregunta, a mi juicio, debe ser afirmativa, y esto debe tenerse en cuenta, tanto en la teoría como en la práctica.

A la luz de lo que estamos diciendo, cabe pensar en el paso de la *coexistencia pacífica* entre los dos bloques, a lo que se podría denominar *convivencia pacífica*. Como es sabido, durante los ya largos años de coexistencia pacífica no desaparecieron la confrontación entre las dos grandes potencias y sus aliados. Tampoco dejaron de existir la guerra fría, el creciente peligro de guerra mundial, las guerras locales, etcétera. El inicio de la convivencia pacífica se caracteriza por el comienzo del desarme nuclear, por

**Muchos problemas, que serán el pan de todos los días a la altura del año 2000, ya están planteados en la palestra de la lucha política e ideológica de hoy. En consecuencia, ya se están modificando de un modo nada desdenable aspectos importantes y hasta esenciales de nuestra cultura política, enriqueciendo y desarrollando el marxismo, creando la posibilidad de que éste alcance una nueva etapa en su desarrollo**

nen mucho que ver con la política del PCE y de IU: debe ser más amplia, abarcar a la mayoría, formularse de tal manera que impacte a toda la opinión pública. Existe una regularidad: cuando la sociedad ve bien o apoya nuestra política, más predisposición tiene la izquierda para votar por IU y comprometerse con ella.

En relación con estos temas, se plantea el problema de la «casa común europea», problema que para nosotros, los españoles, tiene una significación especial.

Es evidente que, desde el punto de vista relativo, nuestro continente representa una unidad, en la que se inscriben objetivamente las dos Europas.

la solución política de toda una serie de conflictos bélicos, por el diálogo y la negociación políticos como método para la solución de los problemas en litigio. La crisis del Golfo Pérsico también se puede resolver por la vía política.

En este orden de cosas, se plantea objetivamente la necesidad de conseguir la unidad de socialistas y comunistas. Este tema requiere una reflexión especial, pues no pocos partidos comunistas de Europa consideran que dicha unidad es factible a nivel del continente, pero es punto menos que imposible en el marco de cada uno de sus países. Y, sin embargo, no es poco lo que nos puede unir, sobre todo si hacemos política unitaria no sólo por nosotros, sino también por ellos y si, además, pensamos a medio o largo plazo.

Desde el punto de vista estratégico, nos puede unir la concepción acerca del socialismo democrático, aunque esta misma concepción pueda y todavía deba ser motivo de polémica y diálogo (más bien diálogo que polémica). También nos puede unir la concepción de la democracia y de las reformas como concepciones estratégicas y no simplemente tácticas. Podemos coincidir, asimismo, en la lucha por la defensa de la ecología por tratarse como se trata de una de las cuestiones de mayor importancia para el desarrollo de la sociedad contemporánea y de la supervivencia del género humano. Otro punto de coincidencia podría ser la aceptación mutua de la economía mixta y de las relaciones de mercado, etcétera. Al tiempo, es posible tener coincidencias significativas en la lucha por la defensa de la paz y de la seguridad en Europa y en el mundo. Tampoco se puede descartar la unidad de criterios en la lucha contra el terrorismo, que, no cabe duda, es una de las lacras más negativas que se dan en toda una serie de países europeos. Al mismo tiempo, es factible coincidir en la realización de la revolución científico-técnica por la vía democrática, en el tratamiento de problemas relacionados con el Tercer Mundo, etcétera.

Ya hoy se dan puntos de coincidencia que no se deben menospreciar. Ahí está, por ejemplo, la CES, de la que forman parte sindicatos de diferentes tendencias políticas e ideológicas. En cuanto a España se refiere, hemos de destacar la unidad de UGT y de CC.OO. en la lucha contra la política económica y social del Gobierno de Felipe González. Asimismo, debemos subrayar el desarrollo, quizá todavía lento, del Partido de Acción Socialista (PASOC), partido de izquierda que, como es sabido, forma parte de Izquierda Unida.

En una palabra, las divergencias políticas e ideológicas entre socialistas y comunistas, objetivamente, tienden a disminuir y realmente disminuyen. Este es un hecho nuevo no tanto en España como en Europa, ante el cual hay que reaccionar de un modo positivo. Afortunadamente, ya se ha decidido pasar de la confrontación a una crítica constructiva y, en su caso, a una negociación en base a programas claramente definidos.

Y, por último, una cuestión más: ¿los cambios en la Europa del Este son una derrota absoluta para el socialismo? Y digo bien: socialismo, no socialismo real. Para contestar a esta pregunta, a mi juicio, hay que tener en cuenta, cuando menos, dos cuestiones: primero, que el proceso de desarrollo de los acontecimientos en los países del Este europeo no ha terminado. Se trata de una evolución más bien larga que tendrá vaivenes y contradicciones. Es, pues, temprano para emitir juicios definitivos. En segundo lugar, habrá que pensar que el paso del socialismo real, con su dictadura y su sistema de represión, a una democracia avanzada no representa, en modo alguno, un paso atrás, sino todo lo contrario. En este sentido, es oportuno recordar que, cuando en el Parlamento de Polonia se presentó la ley de privatización de las empresas, se planteó que el 30 por 100 de las acciones pertenecieran al Estado, y quien controle ese capital influirá decididamente en la marcha de dichas empresas. Además, hay que tener en cuenta el surgimiento de grandes protestas en defensa de justas reivindicaciones económicas y socialistas, como las que han tenido lugar en el mes de agosto en el RDA. No cabe duda que los pueblos del Este europeo van a luchar seriamente por mantener sus conquistas sociales.

Y vuelvo a repetir lo mismo: si todos estos problemas no se comprenden y no se asimilan a la hora de pensar y de actuar, a mi juicio, llegaremos tarde, demasiado tarde.

### Epílogo: Un debate pendiente

Nosotros siempre nos hemos guiado por la máxima leninista que afirma que «sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario». Y lo hemos hecho sin pensar en qué condiciones concretas se formuló, absolutizando, por tanto, su significación y alcance. Por esta razón hemos tenido la tendencia a ideologizar todos nuestros planteamientos políticos, y muchas veces hemos pensado no tanto en función de la experiencia práctica, sino de los postulados ideológicos, cayendo, con harta frecuencia, en las posiciones del dogmatismo y del doctrinarismo.

Estas actitudes son un obstáculo nefasto, cuando al orden del día se plantea la necesidad de elevar al marxismo a una nueva etapa de su desarrollo y de crear un nuevo «ismo», como hemos dicho más arriba.

En esta situación, puede afirmarse que la máxima anteriormente mencionada, en lo fundamental, ha perdido su razón de ser, y ahora resalta la primacía absoluta de la práctica sobre la teoría en el quehacer revolucionario. En la actualidad está planteada la tarea de revisar toda la teoría anterior y, apoyándose en todo lo que conserve su vigencia, crear un nuevo cuerpo teórico.

Es evidente que la realización de esta magna tarea reclama y exige la superación del doctrinarismo,



**Si queremos que IU se convierta en un movimiento sociopolítico organizado, debemos aprender la correspondiente lección. En este orden de cosas, bien vale la pena recordar el impacto social de la presentación del programa electoral para los comicios del 29-O, programa en el que la tradicional reivindicación de la nacionalización de los bancos fue sustituida por otras fórmulas**

del dogmatismo y del neodogmatismo que han pervertido la ideología marxista y hasta del sentido común. El nuevo «ismo» debe nacer limpio de los viejos ideologismos que han atenazado la conciencia humana durante largos decenios y aún hoy siguen haciendo estragos en determinados sectores de la izquierda.

Estas tareas se plantean, ante todo y sobre todo, en el campo de las relaciones internacionales, en la defensa, en primer lugar, de los intereses generales que se derivan del factor humano.

La defensa de la primacía de este factor universal demanda la desideologización del discurso político, pues, de lo contrario, no se hubiera conseguido el comienzo del entendimiento entre los dos bloques en problemas tan complicados, como el inicio del desarme nuclear, la creación de la «casa común europea», etcétera.

Pero la desideologización es también una necesidad ineludible en las luchas políticas en el interior de cada país. La rebaja de la carga ideológica de nuestros presupuestos económico-sociales servirá, sin duda alguna, para que se extienda el radio de acción de nuestra política.

Si queremos que IU se convierta en un movimiento socio-político organizado, debemos aprender la correspondiente lección. En este orden de cosas, bien vale la pena recordar el impacto social de la presentación del programa electoral para los comicios del 29-O, programa en el que la tradicional reivindicación de la nacionalización de los bancos fue sustituida por otras fórmulas. Eso mismo habría que hacer con otras muchas tesis de nuestros programas de IU y también del PCE.

En mi opinión, fue un error presentar como lema de las recientes elecciones andaluzas «otra forma de gobernar». Si se piensa bien, habrá que convenir que

esta consigna posee una excesiva carga ideológica difícil de dilucidar y de comprender a lo largo de una breve campaña electoral. Recuérdense, por ejemplo, que los lemas de la Revolución Socialista de 1917 se limitaban a exigir «Paz, pan y tierra», es decir, reivindicaciones meramente democráticas y no socialistas. Y está claro que, con todo esto, no se ha embaucado a nadie, pues jamás se ha ocultado el objetivo final de nuestros propósitos.

Está, asimismo, claro que la desideologización no significa el abandono de nuestro pensamiento marxista. Se trata de una necesidad táctica que no sólo no niega, sino que presupone el cumplimiento de las exigencias estratégicas.

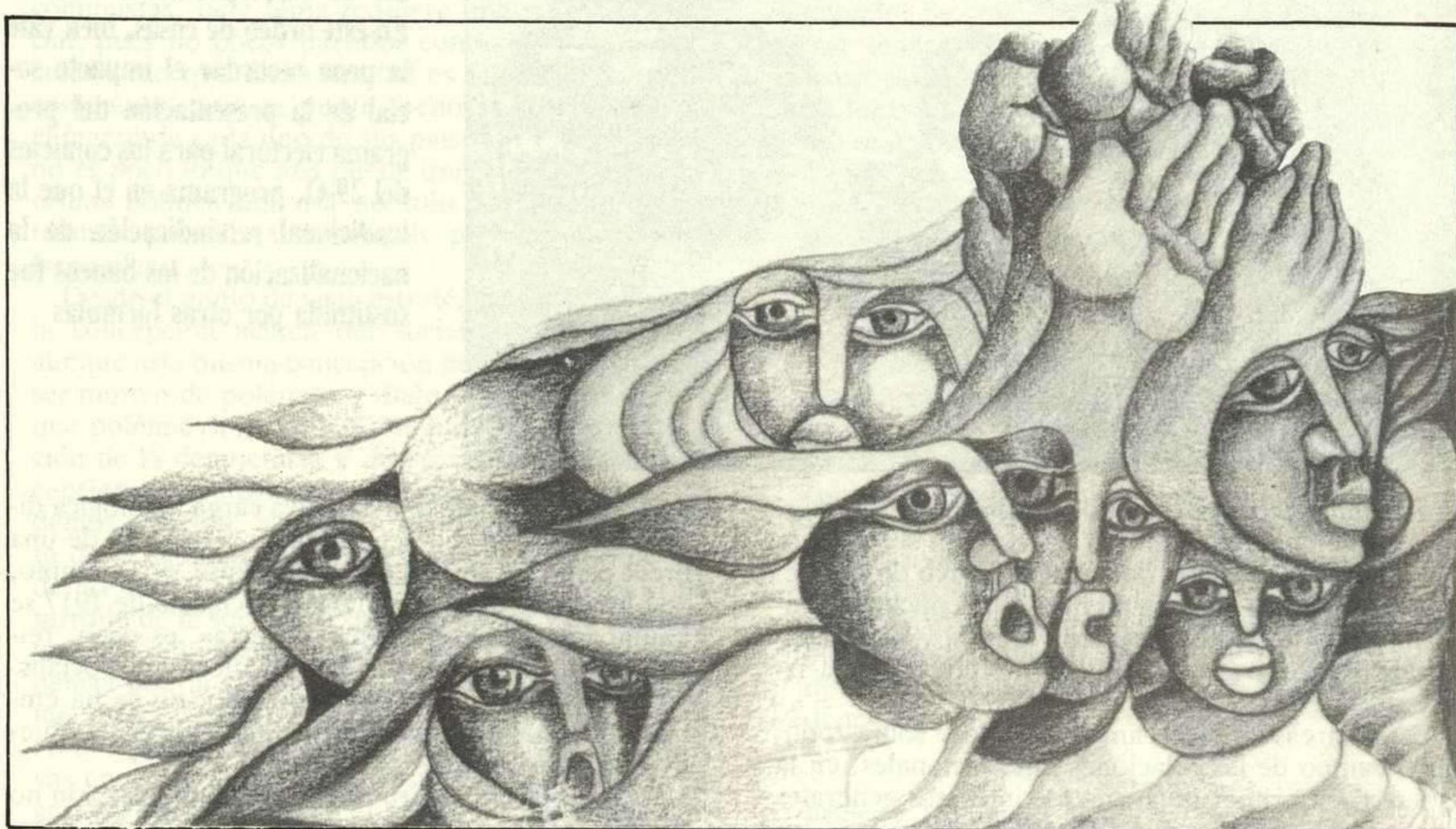
Resumiendo, podríamos recordar la recomendación de Lenin acerca de que las consignas revolucionarias siempre deben estar a la altura de la capacidad de comprensión y asimilación de todos los sectores del movimiento. En especial, insiste en ello después de 1917, cuando en la sociedad se dispara una inusitada verborrea revolucionaria. Como se sabe, Lenin llegó a sustituir su programa agrario por el de los socialistas revolucionarios, partido de fuerte incidencia en el campo. Pero veamos las palabras del líder de la Revolución de Octubre, concretamente de su discurso sobre el primer aniversario de dicha Revolución: «Y por eso nos limitamos a lo que era absolutamente indispensable para el desarrollo de la revolución: no adelantarse en modo alguno al desarrollo de las masas, sino esperar a que el avance dimane de la propia experiencia de las masas, de su propia lucha misma» (t. 37, p. 145, 5.ª ed. rusa).

Para terminar, digámoslo por última vez: si la necesidad ineludible de la desideologización no se comprendiera y no se aplicara en la práctica de la acción política y social, en mi opinión, llegaremos tarde, demasiado tarde. ■

# ACERCA DE «DEMOCRACIA, REVOLUCION, SOCIALISMO»

Notas relativas a NUESTRA BANDERA n.º 145

Jenaro Carlos Reinoso



**L** A falacia ideológica que constituye «la idea que hoy se tiene» sobre la democracia (y los otros conceptos), se pone ya de manifiesto en la primera fase:

«En nuestros días, la Democracia (así, sustantivada y con mayúsculas) se ha convertido en un valor por encima de toda sospecha.»

Es decir: es un concepto ahistórico y adialéctico. En realidad en un mito conveniente. Tanto más cuanto que «la gente» (o sea: la situación real de la conciencia colectiva) no tiene ni una sola idea clara en cuanto a los verdaderos contenidos y significados (de los tres términos, y no sólo de éste).

Hablemos de ellos, de esos contenidos y significados.

¿Qué demonios «cosa» (es decir: algo sustantivo) puede ser, es, debe ser la democracia? ¿Qué la revolución? ¿Qué el socialismo?

Desde que, superado el proceso de hominización<sup>1</sup>, comienza el proceso de humanización del hombre (sobre todo desde que, gracias a Marx, comenzamos a comprender todo esto con relativa claridad), se vio más o menos claro que esto era y es una tarea colectiva. Es decir, que el desarrollo del hombre (esto es,

el avance de su humanización) es, ciertamente, un hecho individual, ocurre diferenciadamente en cada individuo, por lo cual cada individuo es único, diferente e irreplicable; pero no puede lograrlo el individuo solo, aislado, en una «isla desierta». En tales condiciones, el desarrollo, la determinación realmente humana, no se produciría. No es «resultado de un trabajo individual»: necesita realizar un trabajo social de humanización del medio para conseguir su propia humanización, para ir la logrando y avanzando en ella. O sea, que el desarrollo real de los hombres reales es un hecho individual que solo socialmente se produce. Que solo colectivamente puede lograrse. Solo colectivamente se ha logrado, se logra y se logrará.

El hombre (el «animal humano») no podía (ni puede) defenderse solo ante sus enemigos: es el más débil y el peor armado de los mamíferos superiores para hacer realmente eso que la generalidad de los otros mamíferos superiores sí hace. Tampoco podía (ni puede, cada vez menos) resolver individualmente la producción de sus medios de vida, de sus medios y formas de existencia y de subsistencia. O sea, que objetiva y subjetivamente el hombre no había

sobrevivido ni como individuo ni como especie si no hubiera sido capaz de desarrollar *un tipo diferente de colaboración social*, diferente al de todas las demás especies (incluso las que, en cierto modo, lo hacen, como las abejas, las hormigas o los lobos). El hombre de hoy, por ejemplo, planifica y lleva a cabo los trabajos colectivos sociales de un modo muy diferente al que empleaba su primitivo antepasado, en tanto que la abeja prehistórica hacía su tarea exactamente lo mismo que la de hoy.

Y en ese conjunto de hechos históricos, dialécticos, está la raíz y está también toda determinación posible, toda idea concebida de lo que hoy llamamos *democracia*, término y concepto reivindicativo por los hombres del Renacimiento a partir de las formas de organización social que se dieron entre los griegos precristianos, principalmente en los siglos V y IV antes de Cristo.

Claro que el contenido semántico del término (su significación concreta entendible en cada lugar y época de la Historia), incluso la arquitectura semiótica de la idea (es decir: la forma concreta como es expresada en cada lugar y momento), son también *hechos históricos, dialécticos*, hechos concretos, reales, en un proceso que cambia en el tiempo y el espacio.

Y esta *concreción semántica del término* (significado concreto, actual, del término) y esta *concreción semiótica de la idea* (formas usuales como ahora se expresa) y su carácter histórico son cuestiones que hemos de tener muy en cuenta porque, de otra manera, no la entenderemos con la claridad suficiente. Pues se nos «escapa» muy fácilmente el por qué y el cómo la ideación y el lenguaje están podridos, falseados, empobrecidos por la ideología dominante; enfermos de pobres ideas y de torpes términos, que no sólo enmascaran y ocultan los verdaderos carácter y significado de la *democracia* (eso, sustantivo que puede llegar a ser), sino que todo lo falsean, lo falsifican, y nos sirven, como ideas y términos, «subproductos» o sucedáneos, muy en el ámbito de «la sociedad de consumo». Sólo son torpes remedos de lo que podría ser, debería ser la democracia. Pero éstas son, en realidad, las ideas que manejan las gentes influidas por esta ideología.

## Libertad

De partida diremos que la democracia implica en seguida *la libertad*; pero en esto nos encontramos con la misma falsificación, el mismo empobrecimiento: la *libertad* tampoco es, y tampoco consiste en que «esos que mandan o que gobiernan nos concedan» esto o aquello. Tampoco consiste en «una concesión divina», en un «don» o «un valor» concedido por Dios. Todo eso, ese modo de concebir la libertad, oculta y falsea igualmente su verdadero carácter, su esencial contenido, su significado. Porque la libertad sólo consiste en que *este ser humano*, este curioso «animal de dos patas», pueda hacer, cada vez, mejores

cosas (para él, claro); en que hoy sea capaz de hacer más y mejores cosas, más importantes o complejas, de las que era capaz de hacer ayer; consiste en conseguir y en desarrollar nuevas capacidades de decisión y de acción. Se refiere a este mismo *desarrollo humano, humanización del hombre* de que ya hemos hablado y que viene históricamente produciéndose. Se refiere a ese mismo proceso de autoconstrucción del medio y del hombre que el hombre ha venido haciendo y hace, como especie a la vez que como individuo (no se pueden separar ambas cosas).

Es decir (ya lo hemos dicho pero conviene insistir en ello): la humanización del hombre, su propio desarrollo como ser humano, depende del modo como él mismo humaniza el medio, lo transforma de medio natural en medio humano, lo recrea y lo mejora al servicio del hombre. Y eso quiere decir que ni la naturaleza ni la sociedad «son cosas distintas del hombre» como también se pretende, sino que son parte esencial, íntima, del hombre mismo. Y esta incesante conquista y reconquista de sí mismo (y de las «partes» de sí mismo) se refiere directamente al desarrollo humano, a la libertad, a la democracia.

Para que el hombre «alcanzara la libertad de volar», tuvo, sencillamente, *que aprender a volar* y tuvo que construir los medios de hacerlo. Ninguna «concesión divina», ni ningún «decreto» del Gobierno podrían jamás poner en sus manos esta libertad: sólo el saber y poder, sólo el desarrollo de sí mismo que depende de sus propias acciones, sólo eso lo logra. Para alcanzar de veras *la libertad de expresión*, no sólo tuvimos que luchar sangrientamente para poder ejercerla, sino que, antes, *tuvimos que tener «algo que decir»*, saber «algo» que teníamos que decir y saber decirlo; en realidad, comenzamos a hacerlo *mucho antes de que nos concedieran* el derecho a hacerlo. Y si acaso no hubiéramos tenido esa capacidad, ¿de qué nos hubiera servido el «derecho concedido» de expresión? ¿Sólo «para decir tonterías»? (Mucho de eso ocurre hoy.) Pero «eso» *no es* verdadera libertad de expresión, la cual *sólo depende* de que «tengamos algo que decir» y de que «sepamos decirlo». Entonces, seguramente «lo diremos aunque no nos dejen», y así lo hemos hecho generaciones enteras.

Pero eso significa que el concepto y el término de *libertad* está falseado y empobrecido, envilecido, en la ideología dominante, lo mismo que el concepto y el término de *democracia*. Y también significa que hablar de libertad y de democracia (verdaderas) es hablar de la misma «cosa», de la misma esencia. Porque *en eso*, y sólo en eso, consisten realmente la libertad y la democracia.

Y por eso, «los que mandan», los que «gobiernan», son los más interesados en que *el hombre no sepa, no pueda*; en que sea permanentemente el mayor ignorante (todas las «Reformas» en la educación sólo persiguen el asegurar, de nuevos modos, el que el hombre *no aprenda nunca lo esencial*); los que «gobiernan» son los más interesados en que el hom-

bre sea siempre el inerme incapaz de hacer nada por cuenta propia, el que *ha de recurrir a «Supermán»* para resolver los problemas de la humanidad: desde la ideología dominante, sólo los «seres superiores», sólo «los superdotados de poderes especiales», sólo «los que saben» (el tal Felipe siempre dice que «ni siquiera entendemos lo elemental» cuando él habla). Sólo ellos pueden darnos la solución de los problemas. Y esta idea atraviesa todas las demás ideas de la sociedad de clases, de la sociedad de hombres sometidos a otros «hombres superiores», mejores; de «hombres incapaces» y dependientes y de «hombres supercapaces» que sí saben y que son «los que deben dirigir» la sociedad, los «elegidos» (antes «los elegidos de Dios», los monarcas; luego «los elegidos en la ignorancia», los únicos que «sí saben dirigir la vida social de todos»): ellos son los que, mediante «leyes y disposiciones», conceden y aseguran el ejercicio de la libertad, la organización de la democracia. Los demás debemos someternos sin siquiera discutirlo.

La democracia, en teoría, debiera ser la organización política de la sociedad que permitiera *romper con el Gobierno de unos pocos* sobre «los muchos», aunque esos «pocos» se pretendan «elegidos como los mejores», los cuales van a ejercer luego una autoridad indiscutible. Siempre en la Historia, en toda sociedad autoritaria, en toda sociedad de clases en las que una clase somete a las demás a su dominio «autorizado» por «leyes divinas» o por pretendidas «leyes naturales» (caso de los padres sobre esposa e hijos) o por «leyes dictadas por ellos mismos (por los que realmente ejercen el Poder), siempre se ha pretendido, hasta aquí, que esa autoridad estaba legitimada por una pretendida «superioridad» que sólo expresa la inferioridad real, lograda por muy diferentes caminos (la violencia oculta o expresa es sólo uno de ellos), de todos los demás. Y tiene por fundamento *la ausencia de una verdadera libertad*, de cuya verdadera necesidad no se tiene, ni siquiera, verdadera conciencia; y los que «Gobiernan» se preocupan, sobre todo, de que «las cosas continúen así».

Porque *la libertad* tampoco consiste en que «puedas elegir» entre varias opciones que te presentan, cuando todas ellas son igualmente falaces. *La libertad* consistiría, en ese caso, en que fueras capaz de elegir una posibilidad que, seguramente, no es ninguna de las que tienes a la vista, sino una distinta que a lo mejor «tenemos que inventar y construir» a partir de un profundo conocimiento de necesidades y posibilidades, una que, seguramente, hemos de construir por nosotros mismos. Y *no esperar* «un regalo de Dios» o una graciosa concesión de los que gobiernan, quienes pretenden que «se lo pidamos a ellos» («educadamente», además).

*La libertad* consiste, esencialmente, en *saber y poder*; entender conocimiento, dominio y fuerza para *entender* las situaciones con profundidad y certeza y para *decidir y actuar* certeramente en ellas; en comprender con claridad, profundidad y rigor los condi-

cionantes, determinantes, formas y esencias de los procesos en marcha y en disponer de la capacidad y la fuerza de transformar certeramente la situaciones, orientando los procesos en el sentido de su superior humanización. Es decir (como expresaba ya Marx en su «Tesis 11» sobre Feuerbach en 1845), que «*no sólo se trata de interpretar (certeramente) al mundo, sino que se trata de transformarlo*» en el sentido de las superiores necesidades y posibilidades de la humanidad.

Así quedaba muy claro que esas necesidades y posibilidades (lo mismo que su comprensión en profundidad y la capacidad de decisión y de acción en la transformación necesaria) dependen cada vez más (y cada vez menos) del desarrollo de este *hombre*, de esta especie *homo* única y diferenciada y diferenciándose cada vez más de las otras especies. Y este desarrollo es, también cada vez más, un hecho social, un complejo conjunto de procesos sociales.

## Socialismo

Es decir, depende del *avance hacia un nuevo tipo de sociedad* que llamamos *socialista* para diferenciarla esencialmente de la *sociedad capitalista*, última de las sociedades de clase conocidas en la historia.

El verdadero *desarrollo de la democracia* es, pues, el mismo desarrollo que nos lleva hacia *el socialismo*, y si no, no hay verdadero desarrollo. Es el sentido y la orientación de los procesos que nos acercan al socialismo; y «lo antidemocrático» (en cualquier campo y lugar) es lo que limita o impide el desarrollo del hombre y la sociedad hacia el verdadero socialismo, *forma superior* de la sociedad y de la vida del hombre en ella, a estas alturas de la historia.

Esta forma superior de la sociedad estaba ya en las esperanzas, los sueños y las utopías de los grandes humanistas de los siglos XVI y XVII, aunque se puedan encontrar precedentes más antiguos (y más «primitivos») y no sólo entre los griegos de los siglos V y IV antes de Cristo; también, por ejemplo, en religiones y mitologías mucho más antiguas del Oriente, próximo y lejano. A veces se dice también que «estaba igualmente en las enseñanzas de Cristo» y todo ello no hace más que confirmar este viejo «proyecto humano», esta enorme tarea llena de ambición y decisión, muy por inconsciente que haya sido a lo largo de los siglos.

Este «proyecto» no es, pues, «una invención de Marx» y ni siquiera el calificativo de «socialista» se debe a Marx.

Pero, hasta Marx, esto era una gran aspiración de la humanidad no bien definida ni expresada; era una esperanza difusa, una ilusión, una utopía como todavía se dice. Y, sin embargo, los mejores pensadores científicos que precedieron a Marx, los avances científicos en antropología, en anatomía comparada, en sociología, economía política, filosofía (sobre todo en el s. XVIII y comienzos del s. XIX, es de-



cir, coetáneos con Marx), permitían ya una formulación mucho más racional, más científicamente construida, mejor expresada ya como una posibilidad real que los hombres de esta última etapa del desarrollo de la humanidad (la sociedad que desde Marx se llama *capitalista*) podían llevar a cabo. Y es Marx quien realiza esta gigantesca labor de análisis y síntesis, de definición y de formulación rigurosa apoyada ya en las conquistas científicas logradas, en un trabajo acendrado, riguroso y profundo, a lo largo de 40 años de su vida. Esta es su gigantesca aportación al pensamiento moderno y a la *Revolución Socialista* que, ya desde él, está en marcha, rigurosamente planteada en sus bases teóricas esenciales.

Por eso *democracia, revolución y socialismo* son, en última y fundamental instancia, la misma cosa.

Y por eso la verdadera democracia no puede alcanzarse en el ámbito del capitalismo, ni en el ámbito de ninguna sociedad de clases. Aunque haya de ser en este ámbito (puesto que hoy por hoy no hay otro) en el que definamos las tareas de la revolución, de la democracia y del socialismo y en el ámbito en que hemos de llevarlas a cabo y desarrollarlas hacia formas superiores.

Porque el avance hacia la verdadera democracia implica cambios esenciales en la sociedad y en el

No puede (a estas alturas del desarrollo del proceso de humanización) existir verdadera democracia en una sociedad de clases, con una clase dominante y otras dominadas, independientemente de todas las leyes, normativas, «disposiciones» de cualquier tipo que se den en el mismo contexto. Porque lo que hay que cambiar, superar, transformar, llevar a una nueva situación, es ese contexto. Es así como no sólo «se intuye», sino que es posible concebir y definir en sus líneas esenciales, con rigor y profundidad científicos, ese nuevo estadio del proceso que desde antes de Marx, incluso, venimos llamando socialismo

hombre mismo que los realiza (está ya comprobado que el hombre se humaniza en la medida en que humaniza realmente el medio), cambios radicales (esto es: hasta las raíces), cambios que son los que, precisamente, llamamos «*Revolución Socialista*», cambios profundos hacia la verdadera democracia, esto es, el socialismo.

Concebir así las cosas es comenzar a elaborar ideas más certeras, más profundas y eficaces acerca de la democracia, la revolución social, el socialismo, porque todo ello forma parte de la misma esencia. Todo ello se refiere a un mismo contenido esencial relativo al hombre y a su desarrollo humano y social, expresado todo de una rápida y resumida manera.

Este *proceso de hominización-humanización del hombre* y del medio natural y social en que ocurre y en que únicamente puede ocurrir, este complejo conjunto de procesos humanos, naturales, sociales, comienza con el primer *instrumento artificial* que el hombre construye y usa, que fabrica y utiliza. Porque, con ello, da el salto gigantesco que comienza a diferenciarlo de todas las demás especies animales como la especie *homo*. Es el primer animal que no acepta el medio tal como naturalmente se le presenta y comienza a transformarlo a su propio modo,

a *apropiarlo* para sus propios fines, a hacerlo apropiado para ello. Todos los demás animales de todas las demás especies se *naturalizan*, es decir, «se adaptan» y se integran a la naturaleza y entran a formar parte indiscriminada de ella de un modo completamente indiferenciado, integrado, «adaptado»: sus fines y sus medios son los de la naturaleza, aunque sean específicos de cada especie, lo mismo que hay plantas criptógamas y fanerógamas, incluso «plantas carnívoras». Pero nada de eso hace de cada especie esencialmente diferente de las otras especies, ni esencialmente diferente cada una de ellas del medio en el que todas viven. Tampoco se produce en ella la *individualización* perfectamente definida, que sí se produce en el hombre (aunque quizá pueda entenderse un proceso de «mayor individualización entre los animales, desde las especies inferiores como los insectos hasta los mamíferos superiores, sobre todo aquellos que han sido domesticados por el hombre). Pero sólo en el hombre se produce una verdadera individualización y sólo en él y en su medio social ésta avanza incesantemente hacia formas superiores.

El hombre, la especie *homo*, es el único que «no se naturaliza», sino que, más bien, «se socializa», se constituye en más y más creador y dependiente de la propia sociedad que crea y desarrolla (por eso puede llegar a decirse que «la sociedad forma el cuerpo orgánico del hombre como especie, del mismo modo que la naturaleza forma su cuerpo inorgánico como especie»):

Desde un principio comienza a *transformar el medio* natural en que vive, y a *construir el medio social*, que cada vez hará todo ello más profundo y operante, a transformar todo ello en *medios humanos*. Transforma una piedra en un hacha de sílex, un palo en un venablo, un conjunto de piedras y ramas en una cabaña artificial, los nervios de un venado en piezas esenciales de un arco y elige ramas de ciertos arbustos para fabricar flechas..., pero más tarde fabrica, de parecido modo esencial, cañones de largo alcance, construye las pirámides de Keops y de Chichén-Itzá, la Torre Eiffel, las naves espaciales, los ordenadores... Todo ello en un largo, definitivo, proceso, inacabado y probablemente inacabable, que hace del hombre la única y diferenciada especie que no se limita a aceptar o entender o «interpretar de diversos modos el mundo, sino que se dedica a transformarlo», a crear y construir un mundo humano, cambiando y mejorando paisajes y especies animales y vegetales (también, y en virtud de la misma *capacidad de transformación*, a destruir bosques y selvas, a hacer desaparecer especies enteras; pero eso depende, asimismo, de las deformaciones de ese *cuerpo orgánico* —la sociedad— que es también una obra humana). A la vez, y con ello, *se autoconstruye*, se humaniza más y más, se transforma del «hombre de las cavernas» en el «hombre de la era espacial», con todas sus posibilidades y errores, deformaciones y formaciones.

Estos cambios podrían inscribirse en un proceso que ya no es el de los anteriores cambios anatómicos y fisiológicos que ya no son sensibles desde hace miles de años, sino que son de otro tipo que pudiéramos llamar «funcional» para caracterizarlo de algún modo. Son cambios relativos al funcionamiento o a la capacidad de acción en su entorno, por los cuales esa propia capacidad se ha ido haciendo más y más compleja, más y más profunda y extensa, accediendo cada vez a nuevas capacidades de acción en unas relaciones con el medio que se caracterizan por ser, principalmente, *relaciones sociales*: es a través de la propia sociedad que crea y desarrolla como el hombre se relaciona con el medio. Es colectivamente, socialmente, como logra y ocasiona esos cambios; es socialmente como se producen y se asientan en su vida real y como se producen y se asientan en el hombre mismo, es decir, en su desarrollo real.

El hombre ha llevado más lejos y más profunda e intensamente cada vez esos cambios, ese proceso que podríamos llamar de *humanización* del medio y de sí mismo: *humanización* (desarrollo humano) de la sociedad; por medio de ella, *humanización* (desarrollo humano) del medio natural; y a través de todo ello, desarrollo humano de sí mismo: *humanización del hombre* mismo.

#### Carácter histórico

Sin entrar en la discusión si esto es o no «un progreso» (hay voces que lo califican de «retroceso» con relación a idílicos tiempos antiguos), sí se puede decir que ha constituido un proceso que ha avanzado de lo más simple a lo más complejo, desde la acción humana más superficial a la más honda, profunda, extensa. Y que, sin embargo, podría corresponder todavía a lo que algunos pensadores (con los cuales estamos de acuerdo) han calificado de *prehistoria de la humanidad*; el hombre entraría en la verdadera historia humana cuando pueda concebir y realizar conscientemente esa historia, su propia historia colectiva; cuando individual y colectivamente pueda planificar y llevar a término el proyecto de su propia vida individual y colectiva; cuando realmente alcance la verdadera democracia. Esto es cuando alcance el socialismo. Cuando sea capaz de construir por sí mismo esa democracia, es decir, el socialismo. Lo cual no depende de «la voluntad divina» ni de los buenos deseos o aciertos de los gobernantes que se turnan en el mando, sino que depende del desarrollo real de los hombres reales, de su acción en profundidad en el medio natural y social, en sí mismo y sobre sí mismo. Es decir, a lo largo de un proceso de cambios conscientes, tenaces y profundos que llamamos Revolución Socialista.

Lo que aparece como indiscutible es el *carácter histórico* de este proceso, de todos estos procesos: son cambios que han de ser considerados en el tiempo y

en la acción humana. Y son cambios que se concretan, que se materializan diferenciadamente en función de *la desigual historia* que viven diversos grupos humanos en situaciones y lugares diversos; los cuales se hacen sensibles en la desigual capacidad de decisión y acción de los grupos humanos distintos, de las sociedades o formaciones sociales diferenciadas; que se hacen sensibles en «las ideas» de las gentes, en su modo de pensar y de hacer que son determinados a la vez que determinan ese *estado concreto del medio* social y natural en el decurso de su propia historia. Olvidarse, en cada caso, de este carácter esencialmente *histórico* de cada uno y de todos los procesos de cambio, es decir: de ese carácter material, objetivo y subjetivo a un tiempo, concreto, en una compleja dinámica que queremos llamar *dialéctica*, pretender olvidarse de todo esto es situarse en la incapacidad de la comprensión. Es pretender cerrar los ojos a la realidad y *no querer entender* que no es lo mismo ni el hombre de ayer que el de hoy, de igual modo que no son los mismos el medio natural y social de ayer y de hoy, que no son como lo eran en los tiempos de Homero o de Cristo. Es pretender (como muchas veces se pretende) que *no cambie nada esencial* en el tránsito del niño al hombre, del hombre de ayer al hombre de hoy, del mundo de ayer al mundo de hoy (todas estas cosas van unidas, son la misma cosa, la *historia misma* de cada hombre, de cada grupo, de la humanidad en su conjunto).

El primero que entendió esto con claridad y rigor fue Carlos Marx. Y es á estos, claridad y rigor en el análisis y la síntesis, a los que todavía llamamos, quizá con desafortunada expresión, *materialismo histórico*, la comprensión y la conceptualización rigurosa y profunda, viva, de la Historia.

Pero sólo así se puede entender, también, *el desarrollo histórico de la democracia*, tanto en sus configuraciones sucesivas y distintas (diferentes en lugares y momentos diferentes), cuanto en las ideas que de ella se han ido configurando en las cabezas de los hombres, los conceptos y las formulaciones distintas que hemos conocido, desarrollo histórico que está tan ligado al desarrollo del hombre que ya hemos enunciado que ambas cosas son, en realidad, la misma cosa. Ambos *procesos de desarrollo* son en realidad y en esencia el mismo proceso; el que va desde la horda y la tribu primitiva hasta el socialismo, en tanto que hoy podemos concebirlo y formularlo. Y que hoy mismo, en esta última etapa (por el momento) de la historia de la humanidad, implica, para su culminación real en esta etapa, *la Revolución Socialista*, es decir, la transformación hasta sus raíces («radical» es el término comúnmente empleado) de esta *sociedad capitalista*, sociedad de clase, en la nueva y necesaria sociedad sin clases, la verdadera democracia, el verdadero socialismo.

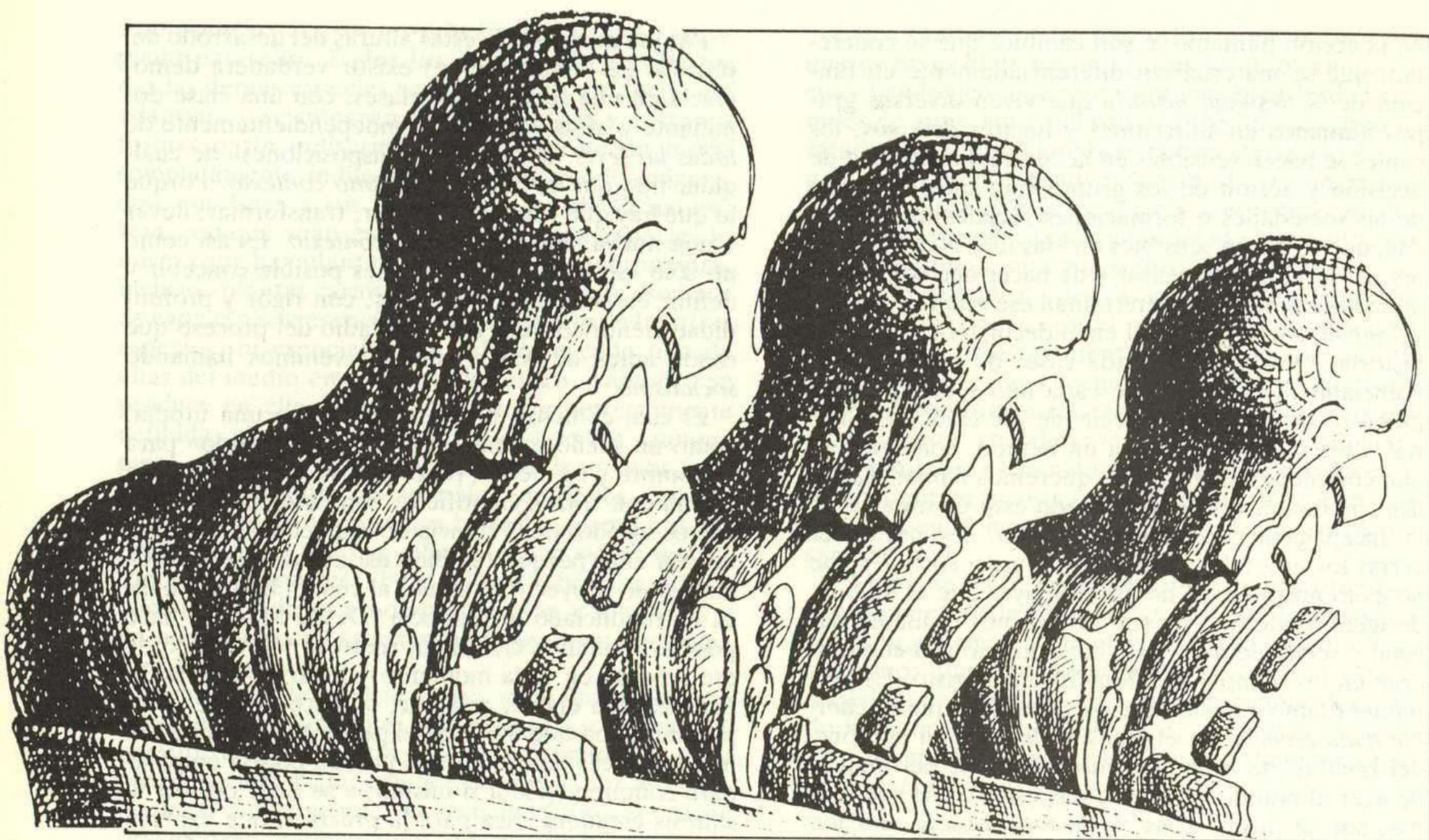
Por eso, hablar de *democracia*, de *revolución*, de *socialismo*, no es hablar de tres cosas distintas, sino de una sola, única cosa.

Porque no puede (a estas alturas del desarrollo del proceso de humanización) existir verdadera democracia en una sociedad de clases, con una clase dominante y otras dominadas, independientemente de *todas las leyes*, normativas, «disposiciones» de cualquier tipo que se den *en el mismo contexto*. Porque lo que hay que cambiar, superar, transformar, llevar a una nueva situación, *es ese contexto*. Es así como no sólo «se intuye», sino que es posible concebir y definir en sus líneas esenciales, con rigor y profundidad científicos, ese nuevo estadio del proceso que desde antes de Marx, incluso, venimos llamando *socialismo*.

El cual comenzó a concebirse como una utopía, como un sueño, como «el paraíso prometido» para el hombre y su medio; pero que, ya desde Marx, se diseña con trazos científicos, con categorías y conceptos sacados de la ciencia de cada época, avanzando con ella, porque también así avanza ese «viejo» ambicioso proyecto humano, al cual el hombre nunca ha renunciado ni renuncia. Desde Marx se hace posible el análisis científico, riguroso y profundo de ese proceso en cada momento y lugar de la actualidad de cada época; a la vez, se hace posible comprender el pasado a la luz del presente, es decir, con mejores luces de las que ese pasado podría emplear para comprenderse a sí mismo; y se hace posible la síntesis creadora, rica para la práctica, que expresa las tareas de Revolución Socialista en cada lugar, cada momento. Se hace, pues, posible y finalmente *actuar con decisión y certeza*. De eso se trata, también, ahora.

Desgraciadamente la «cultura moderna», la cultura actual en todos los ámbitos (desde la política cotidiana hasta la Universidad y la «investigación de punta») tanto más cuanto más «sofisticado» sea su ámbito (aquí sí empleado el calificativo en su justa significación castellana), se pierde de continuo «en los detalles», «ve los árboles pero no ve el bosque», es la cultura de la erudición sin esencias, del academicismo por el academicismo como contenido y objeto, la cultura «del pensamiento pobre» (un pensamiento incapaz de pensar grandes ideas). Es una pseudocultura, una pobre cultura «de la ignorancia real» (puesto que siempre ignora lo esencial y nunca «asciende a lo concreto»). Y es una de tantas cosas con las que hay que romper. Ella también es una traba hacia la verdadera democracia. Que, ya lo hemos dicho, es lo mismo que decir Revolución social, Socialismo. ■

<sup>1</sup> La antropología moderna considera la *hominización* del hombre el proceso de los cambios biológicos y anatómicos (también psicológicos) que condujeron a la especificación y diferenciación de la especie *homo*, separándose de las especies que constituían su origen. El siguiente proceso, en el que, ya, esos cambios *somáticos* son apenas sensibles, pero hacen avanzar al hombre desde «el hombre de las cavernas» hasta el hombre de hoy, de denomina el *proceso de humanización*.



## CONTRIBUCION A UNA CONCEPCION MATERIALISTA DE LA MENTE

Eloy Terrón

Hoy más que nunca en el pasado, dado el desarrollo de la técnica, de la ciencia y de la creciente influencia de los medios de comunicación, con sus oleadas de información, se hace indispensable una concepción materialista y científica que frene los irresistibles avances de las viejas y de las modernas supersticiones, relativas a la naturaleza y condición del hombre. Para ayudar a los hombres de hoy a no someterse a creencias irracionales, es preciso demostrar que lo verdaderamente diferenciador del hombre frente a los animales, la inteligencia, los sentimientos, el arte, el altruismo, la solidaridad, etcétera, todas estas nobles propiedades tienen un origen natural, explicable y comprensible, puesto que son el resultado de una nueva vía evolutiva emprendida por el hombre al utilizar objetos de la naturaleza para adaptarse, compensando así la total indefensión en que se encontraba el primate prehumano en un entorno tan hostil como debió ser la sabana africana.

**C**ONTESTAR concretamente a la pregunta «¿Dónde está localizada la mente humana?» equivale a tener casi resuelta la cuestión de qué es la mente humana. Desde hace, aproximadamente, un siglo la respuesta más aceptada y más difundida entre los científicos y hombres cultos es fácil y simple: la mente humana está localizada en el cerebro del hombre. Qué duda puede haber de que la mente es una función del cerebro, y éste es el órgano de la mente, de la inteligencia, del pensar. Una vez que se afirma que el lugar de la mente es el cerebro, entonces ya se han invocado los problemas; pues el primero y más inmediato nos recuerda que si el cerebro es el órgano de la mente, es necesario admitir que las mentes son rigurosamente individuales, porque los cerebros son evidentemente individuales. Ahora bien, si las mentes son rigurosamente individuales y radicalmente independientes unas de otras, ¿cómo se entienden los hombres entre sí y cómo los conocimientos aportados por los distintos hombres se integran y se unifican en leyes generales y en teorías? ¿Cómo se explica la presencia de unas mismas leyes lógicas que parecen comunes y extrapersonales? Si los hombres tienen cada uno de ellos su propia mente, ¿cómo pueden converger en una misma evolución social, fabricar instrumentos, compartir la misma experiencia, cooperar hasta en temas de orden altamente abstracto, colectivo y en otros casos individual? Parece como si la solución a este problema no fuese tan fácil; pues afirmar que el cerebro es el órgano de la mente provoca más problemas que resuelve. Por otra parte, todos los mamíferos, sin recurrir a todos los vertebrados, poseen un cerebro. ¿Poseen también una mente? Y si en los animales más próximos a nosotros no descubrimos unas mentes correspondientes a sus cerebros, que son tan semejantes a los nuestros, ¿por qué nos conformamos con afirmar que el cerebro del hombre es el órgano de la mente?

Es posible que nos asuste la idea de que nuestras mentes no estén estrictamente localizadas en nuestros cerebros. ¿Dónde podían estar si no? ¿Cuál pudiera ser la localización alternativa? ¿Tenemos algún indicio de que la mente pudiera localizarse en otro lugar, o es concebible que la mente pudiera localizarse en el cerebro y en otro lugar? Quizá a esta localización «dual» pudiera apuntar el razonable supuesto de que si los hombres poseen mentes, disponiendo de un cerebro animal, rigurosamente animal, se haga necesario investigar aquello que diferencia al hombre del animal, por si en lo diferencial pudiéramos hallar algo que nos ayude a entender la mente, su localización y su funcionamiento.

### La cultura y su posible aportación a la formación de la mente

Aunque muchos científicos, especialmente biólogos, dediquen sus esfuerzos a borrar las diferencias

externas entre el hombre y los animales para hacer resaltar, principalmente, las diferencias genéticas, hay un hecho indiscutible, lo que diferencia radicalmente al hombre del animal es la *cultura*. Por eso parece prudente buscar las bases (alguna de ellas) de la mente en la cultura. ¿Tan trascendental es la cultura y ha podido influir sobre la vida de un primate, el primate prehumano, hasta el punto de modificar su comportamiento animal hasta el extremo de reemplazar por un comportamiento de nuevo tipo que ha hecho necesaria la mente como centro de referencia y de integración y como centro de orientación? En los párrafos que siguen se va a intentar dar un brevísimos resumen de lo que es la cultura y su evolución, que nos proporcionen una base mínima, suficiente, para entender la mente.

Este intento exige una concepción objetiva y rigurosa de la cultura, empezando por una definición científico-natural de *la cultura, como la forma de adaptación no orgánica, es decir, extracorporal, de un animal, el primate prehumano, a un medio natural hostil*. Esto quiere decir que un primate empezó a usar cosas naturales en función de *instrumentos*, en vez de esperar milenios a que en su cuerpo se desarrollaran garras, hocico, colmillos, etcétera. Este primate debió de empezar por utilizar, primero, cosas esporádicamente; en una segunda fase o etapa llevaría la cosa, palo o piedra consigo para utilizarla en el futuro, y en una tercera etapa, adecuaría, por medio de transformaciones, la cosa a sus propósitos. Tanto la segunda como la tercera etapas significaron ya acumulación de experiencia y un cambio inicial en el comportamiento.

Ahora bien, el empleo de cosas en función de instrumentos (esto es, la adecuación de una cosa, una rama para conseguir un palo con el que arrancar raíces) produjo experiencia; conviene insistir, produjo experiencia animal, estrictamente animal, pero, por una parte, esa experiencia animal era nueva, pues el uso de instrumentos producía experiencia cenestésica de la acción muscular de la mano, que era reforzada por la experiencia visual de la acción del instrumento sobre la cosa. Pero la cuestión capital aquí era cómo se adquiría y se fijaba la experiencia, porque, como es bien sabido, la experiencia, en sí, es incomunicable; pero como el hombre no actuaba directamente con sus miembros sobre el medio natural, ya que lo hacía por medio de instrumentos, éstos eran, a la vez, los mediadores o soportes físicos de la experiencia, que, junto con la habilidad para manejarlos, constituía la experiencia disponible.

Como los mismos individuos que fabricaban los instrumentos eran los que los usaban, las deficiencias observadas en un instrumento procuraban corregirlas en el nuevo, así surgió la capacidad para anticipar los resultados de la acción futura, este fue el núcleo precursor de la imaginación y de toda la actividad intelectual. Durante milenios y milenios,

los antepasados del hombre idearon nuevos instrumentos, acumularon experiencia e iniciaron la transformación del comportamiento, porque el uso continuado y cada vez mayor de instrumentos modificaba el comportamiento de los individuos, pues lo mismo en los animales que en los antepasados del hombre, en aquéllos la aparición de un carácter nuevo equivalía a la invención de un instrumento. Tanto la aparición de un nuevo carácter en el animal como la invención de un instrumento nuevo por los antecesores del hombre determinaba cambios en el comportamiento; en este segundo caso, los cambios en el comportamiento eran reforzados por el crecimiento de la corteza cerebral (la actividad de la mano y la presión de la selección animal), junto con los cambios en la pelvis y el estrechamiento del canal del parto determinaron el nacimiento prematuro de las criaturas, lo que obligó a los adultos a llevarlas en brazos durante unos dos años, ¡constantemente en brazos!, porque no tenían ni cochecitos ni cunas; estos cuidados eliminaron cualquier respuesta espontánea animal en las criaturas, que eran, así, sometidos a una domesticación absolutamente inevitable y eficaz. Una prueba indudable del cambio de comportamiento fue el dominio y uso del fuego, que en todos los animales provocaba un terror instintivo, pero que los antepasados del hombre aprendieron a superar. Bajo la protección del fuego, por una parte, frente a los depredadores, pues ya los antepasados del hombre podían dormir tranquilos en el suelo, pasar las horas juntos sin miedo, y, por otra, frente a la intemperie, ya que el frío debió de ser terriblemente agobiante cuando se expandieron por la zona templada del antiguo continente. En esta nueva etapa aumentó la población, pero la intensificación de la convivencia (gracias al fuego) facilitó la aplicación de la experiencia acumulada, bien puesta de manifiesto en el perfeccionamiento y diversificación de los instrumentos, que harían posible obtener más alimentos y mejor preparados para hacer frente a la población creciente. La aplicación del fuego a la preparación de alimentos hace que la comida sea un acto colectivo, de manera que los individuos se hacen mucho más dependientes del grupo, por cuya razón sus vidas se hacen más seguras y el grupo mucho más solidario.

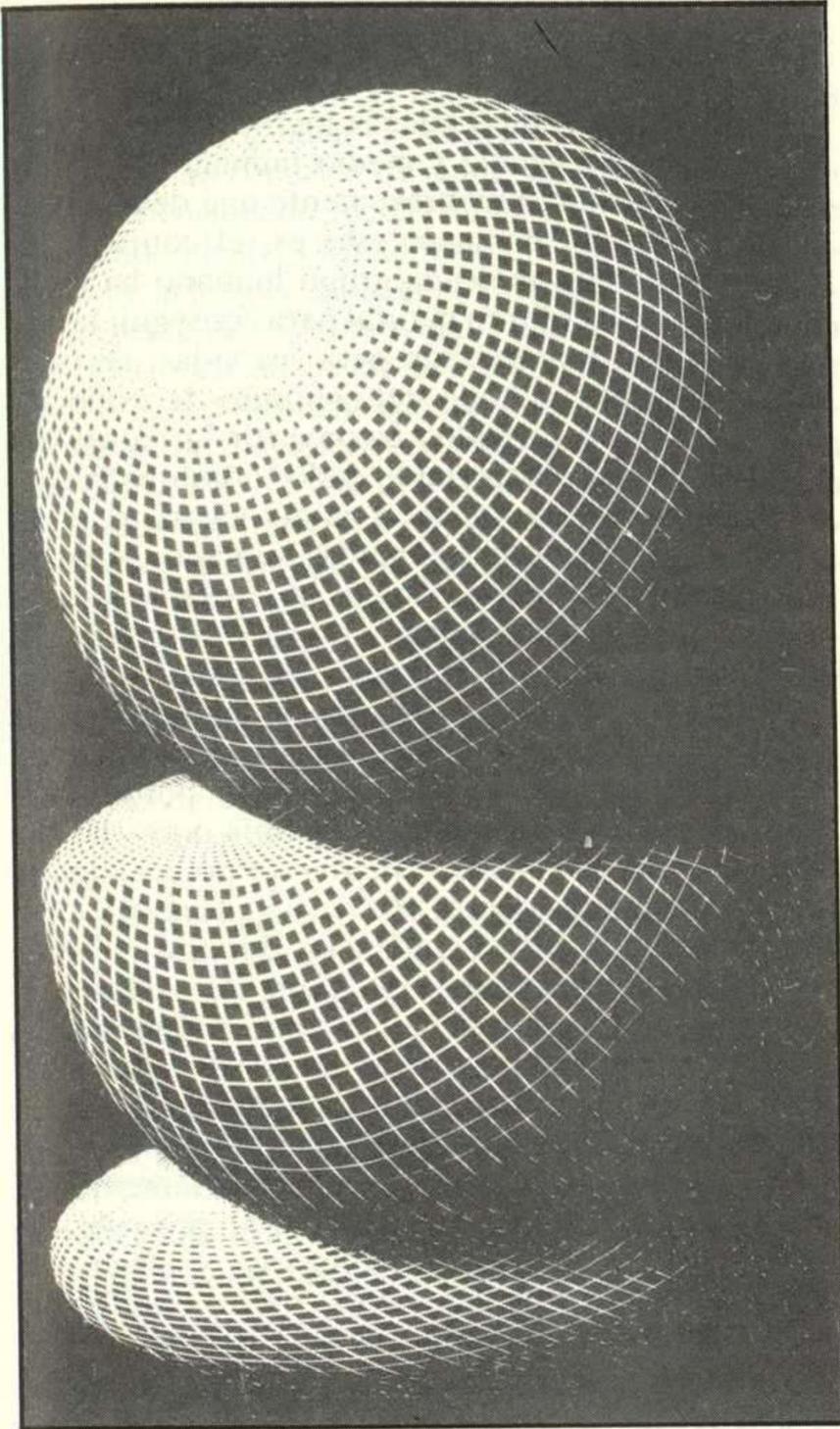
La gran expansión de los instrumentos, la invención de algunos nuevos, como la trampa de resorte y el arco, ampliaron notablemente la acción del hombre sobre el medio, lo que, unido a la mejora de la organización social, el reforzamiento de la solidaridad y la cohesión del grupo, acabaron por cambiar el comportamiento de los individuos, que pasó a ser un comportamiento *mediado*, determinado por los instrumentos y por la organización social. Los antepasados del hombre, al evolucionar transformando cosas de su medio natural, fueron modificando, como se ha dicho, su comportamiento; en otros tér-

minos, el empleo de cosas en función de instrumentos determinó la acción de los individuos, que, con la gran expansión de los instrumentos, llegó el momento en que toda la acción de los individuos, o sea, todo su comportamiento, estuvo condicionado por los instrumentos y los utensilios. Ahora bien, un comportamiento *mediado* por los instrumentos plantea nuevas exigencias de coordinación, de organización de la acción y de orientación en el medio natural, la colaboración de individuos y de pequeños grupos planteaba, con apremio y urgencia, la necesidad de disponer de una imagen, un esquema de la realidad en la que el grupo hacía su vida. Tal esquema requería experiencia, ya que tal esquema, como se verá, sólo podía resultar de una integración de conocimiento que tenían a mano, pero en una forma muy poco manejable, pues la experiencia de que disponían era la fijada en sus instrumentos, utensilios y las habilidades para manejarlos. Como todo su comportamiento (toda su acción) estaba ya determinado por sus instrumentos y sus pautas de colaboración, como sus criaturas necesitaban asumir pautas de comportamiento (que era ya aprendido) y como la colaboración y la convivencia eran muy intensas, se les planteó como tarea urgentísima encontrar un nuevo soporte, un intermediario objetivo para la experiencia, porque los soportes disponibles sobre los que estaba fijada la experiencia eran muy rudimentarios. Necesitaban un soporte físico con unas cualidades excepcionales: fácil de percibir, fácil de producir, susceptible de formar largas cadenas (propiedad de continuidad) a partir de pequeñas unidades, pequeños fragmentos. Este soporte lo tenían muy a mano, eran los diversos y complejos sonidos de su aparato fonador. En esta etapa de la evolución del hombre, la capacidad para producir sonidos debía de haber progresado mucho, lo mismo que el órgano auditivo para recibirlos. El aparato fonador, productor de sonidos, de estos hombres debía de ser, fundamentalmente, semejante al del hombre actual, por tanto, debía de poseer una gran capacidad para modular sonidos.

### El lenguaje y la mente

Aclarar la «naturaleza» y funcionamiento del lenguaje es el paso indispensable para comprender la mente. En realidad, el lenguaje es la invención fundamental, necesaria para el «surgimiento» de la mente, incluso se puede anticipar que el lenguaje, la lengua en acción, es la mente; por eso, el lenguaje constituye la etapa previa, insoslayable del análisis de la mente, porque de él se obtendrán formulaciones teóricas que permitirán entender y localizar la mente.

La primera cuestión que hay que aclarar es el hecho de que la experiencia, aunque es un *subproducto* de la acción del hombre (y lo fue de sus antepasados) es un factor trascendental para la adaptación



**Tanto la aparición de un nuevo carácter en el animal, como la invención de un instrumento nuevo por los antecesores del hombre, determinaba cambios en el comportamiento**

y la subsistencia, tanto del hombre como del animal, si bien en el caso del hombre es importantísima, porque su subsistencia depende más directamente de la experiencia, ya que en él, el comportamiento instintivo animal ha desaparecido totalmente. Precisamente, la determinación rigurosa del comportamiento de los hombres por los instrumentos e, indirectamente, por la experiencia es lo que hace que ésta sea tan necesaria y apremiante para ellos. Pero no hay que perder de vista que la experiencia es intransferible e incommunicable sin un soporte mediador; durante una larguísima etapa ese soporte fueron los instrumentos, pero cuando este tipo de soporte resultó torpe y lento, se hizo urgente el descubrimiento de un nuevo tipo de mediador, los sonidos producidos por el

aparato fonador y el aparato u órgano auditivo, notablemente desarrollado en muchas especies animales y en el hombre mismo, por su valor de supervivencia.

Se puede asegurar que el aparato fonador del hombre primitivo debía de ser muy semejante al del hombre actual, lo que autoriza a decir que con él eran capaces de producir una gama variadísima de sonidos a voluntad, estimulando los *sensores* cenestésicos de los músculos glossofaríngeos; pero la capacidad y precisión de emitir sonidos no eran todavía el lenguaje, pues era necesaria la correlación de los sonidos emitidos con los recibidos y su análisis (interpretación) por el área correspondiente de la corteza. Sin embargo, esto no fue posible hasta que este proceso de producir y de analizar sonidos se coordinó con el proceso de establecer reflejos condicionados entre sonidos (ya palabras) y los estímulos de fenómeno y objetos, hasta el punto de que las palabras (sonidos), condicionadas reflejamente, pudieron reemplazar a las imágenes y representaciones, provocando las mismas reacciones.

Ahora bien, la razón de existir del lenguaje es la recogida, la conservación, el manejo, comunicación y aplicación de la experiencia, estas funciones del lenguaje han determinado su estructura y su organización. Así, el lenguaje como un recurso físico (vibraciones del aire y estimulaciones musculares) puede constituir un todo continuo (la continuidad del discurso lingüístico), pero esta continuidad se puede descomponer en unidades simples, pues a partir de su invención, el lenguaje (mejor, la lengua) es anterior a los individuos como un sistema determinado, pero, a la vez, admite la creación de nuevas unidades, nuevas palabras.

El carácter físico objetivo es absolutamente necesario para la manipulación individual, interna de la experiencia, ya que tiene que realizarse, manejarse, por la vía de estímulos reflejos condicionados y por la acción muscular; el lenguaje articulado en voz alta, el lenguaje en voz baja, el lenguaje silencioso, o sea, el pensamiento, son todos resultado de actividades musculares. La actividad de pensar no puede, de ningún modo, ser distinta de la actividad de comunicar, ya que la comunicación tiene que ser preparada por una actividad interior de manipulación de la experiencia. El manejo de la experiencia consiste, esencialmente, en la actualización de imágenes, representaciones, sensaciones, palabras previamente percibidas, actualizadas, aprendidas, que flotan en esa especie de gran reservorio o caja negra que llamamos memoria, y su actualización consiste en hacer aparecer, en una especie de círculo iluminado, los contenidos invocados mediante la acción verbal por la estimulación de las terminaciones nerviosas de los músculos glossofaríngeos; el círculo iluminado, donde se perciben los contenidos actualizados, o que se «hacen presentes», es la actividad muscular verbal. Mediante la estimulación muscular verbal podemos ac-

tualizar no importa qué contenido acumulado en esa caja negra, que es la historia vital personal.

Otra propiedad importante del lenguaje es la de constituir un todo continuo, lo que aquí se denomina la continuidad del discurso lingüístico, es decir, la posibilidad de pasar de una palabra a otra hasta recorrer todo el vocabulario de la lengua, esto es lo que permite ir haciendo presentes a voluntad los más diversos contenidos del reservorio o fondo personal, cuya disponibilidad depende de factores preferenciales, medio humano del individuo, relaciones personales, situación profesional, aficiones, etcétera.

La actividad del lenguaje afecta a dos fenómenos muy importantes, la actualización de los contenidos de la «memoria» (ese reservorio o caja negra), el depósito de todas las vivencias personales y la comunicación; en ambos casos, lo mismo la actualización que la comunicación (y ésta no es posible sin la actualización o el hacer presente), exige una acción que induce a identificar el lenguaje con la mente, pues, en los dos casos, ni la actualización ni la comunicación son posibles sin la *representación espacial del acontecer* que se actualiza y del que se habla. Esta representación espacial es el precursor de la mente, que se irá concretando y configurando como imagen abstracta del medio en que vive el individuo. Esta imagen es como la representación integradora que abarca las representaciones espaciales concretas exigidas por la actualización y la comunicación de cada acontecimiento; en realidad, es un esbozo de concepción espacial del mundo (el limitado mundo) en el que los individuos hacen sus vidas. Esta es la función del lenguaje, en el manejo de la experiencia y en la comunicación, desarrolla, hasta su cumplimiento total, una tendencia que se inicia, con toda probabilidad, en los animales y que constituye una poderosa ventaja selectiva de la especie: representarse el espacio en el que logra sus mayores satisfacciones alimentarias. Pero la representación espacial, incluso la ampliada, son un componente esencial de la mente, un aspecto, sin embargo, que no es todavía la mente, es el marco donde se registra el acontecer.

Una vez que se ha establecido el lenguaje, como la expresión subjetiva de la actividad objetiva de los hombres, pronto se convirtió en un espacio, en una atmósfera, que rodea e inunda a los individuos, los penetra y los domina, aunque parece no estar en ninguna parte. La capacidad de penetración de las palabras es tan grande que llega hasta aquellos individuos que padecen de algún impedimento, como los sordos, incluso llega a los sordos y ciegos. Este poder de penetración se debe a la intrínseca asociación de las palabras con los elementos del medio humano y es por esto que las palabras se han convertido en el estímulo fundamental del medio del hombre, el estímulo determinante, en el verdadero centro del medio humano, pues así como para el animal el alimento es el centro de su medio, el núcleo, el centro del medio humano son las palabras.

## El medio humano y el lenguaje

Es imposible comprender la mente sin analizar la relación entre lenguaje y medio humano. Para ello conviene recordar muy brevemente qué debe entenderse por medio humano: esto es, el conjunto de transformaciones que cada grupo humano ha llevado a cabo en su entorno natural para conseguir la mayor seguridad y protección para sus vidas; en otras palabras, es el resultado del conjunto de esfuerzos de los hombres, dirigidos a convertir la naturaleza hostil en morada confortable de los hombres. Cuando los hombres, en posesión ya del lenguaje, construyeron (y construyen) el medio humano, es decir, los elementos que lo forman, los objetos que lo componen, la experiencia ganada en su construcción la fijan en las palabras de la lengua, de manera que podría decirse que toda la experiencia adquirida en la creación del medio humano se halla depositada en el conjunto de las palabras de la lengua; por eso, antes de la escritura o cuando se escribía poco, las palabras existían en el hablar cotidiano y potencialmente en la «memoria» o en el reservorio o fondo de contenidos que se ha ido acumulando durante su historia vital; también se puede decir que las palabras de un grupo social ágrafo se hallan como latentes en las cosas del medio humano y prontas a despertar y a hacerse activas tan pronto como los individuos centren su atención en los objetos del medio humano.

De esta manera, los individuos necesariamente poseen el medio humano por dos vías: 1) por vivir entre las cosas y usufructuarlas, utilizarlas, es decir, por la familiaridad de los individuos con los objetos del medio humano y, 2) por la vía del lenguaje; en realidad la vía del lenguaje está ligada al medio humano por dos momentos, cuando al construir los hombres el medio humano depositan la experiencia ganada en las palabras y cuando al usar, al aprovechar, los objetos del medio humano refuerzan la experiencia depositada en las palabras, esto es, confirman los significados de éstas. En este sentido, los objetos constituyentes del medio humano están ejerciendo una influencia constante y poderosa; fundamentalmente, porque aquellos determinan todo nuestro comportamiento y, secundariamente, porque enriquecen o crean nuestra subjetividad, nuestro lenguaje y nuestra mente. Pero el hecho clave con respecto al lenguaje es que el hecho de vivir inmerso en el condicionamiento de los objetos del medio humano confirman y refuerzan constantemente nuestra subjetividad, nuestra mente; separados de nuestro medio humano, nuestra subjetividad se desmoronaría rápidamente.

Del análisis de la relación entre lenguaje y medio humano se deduce que los objetos del medio humano respaldan a las palabras constantemente y las dan ese carácter de objetividad y de generalidad y esa fuerza de estimulación de las mentes de los individuos, pues parece como si el lenguaje aprendido e interiorizado

estimulase o empujase a las mentes a las que llega. Y esto es posible porque el lenguaje en que se decanta la experiencia, ganada al construir el medio humano, forma algo así como un trasunto, un «duplicado ideal» del tan mencionado medio humano. Esta especie de «duplicado ideal», formado por el conjunto de las palabras de la lengua hablada por el grupo, es el que nutre la mente de cada individuo, que, en la medida en que interioriza un sector del «duplicado ideal», hace posible que el individuo pueda pensar en los elementos del medio humano. Pero esta participación de cada individuo en el «duplicado ideal» del medio humano es la que hace posible que todos los individuos se entiendan entre sí y que los resultados de toda su actividad de pensar sean coherentes, integrables y acumulables como si se tratase de la actividad de una mente única. Y esto se debe a que el «duplicado ideal» del medio humano es como un pensamiento vivo y activo, como el intelecto activo de Aristóteles y del que cada uno de los individuos recibe una parte y al que cada uno contribuye con los resultados de su pensamiento.

La existencia de un «duplicado ideal» del medio humano, que toma como soporte a las palabras, asegura

---

**E**L medio humano, con su enorme diversidad y complejidad de objetos, está respaldando y revalidando (justificando) el lenguaje, cuya vida, vigencia y verdad tienen como base y fundamento el medio humano; es decir, todas las transformaciones llevadas a cabo sobre la naturaleza

---

la unidad y la coherencia de las actividades mentales de todos los individuos, que, en sus resultados, se comportan como si procedieran de la actividad de una sola mente. Y esta coincidencia es posible porque el comportamiento de todos los individuos del grupo está determinado por los mismos objetos del medio humano, y la actividad de pensar está mediada por unas palabras que están presentes y activas en las mentes de todos. En ningún momento se debe perder de vista lo que los objetos del medio humano significan para el comportamiento de todos los individuos.

### Los hombres se enfrentan a la naturaleza como sujeto

Para entender a fondo la estructura y la influencia del medio humano hay que volver a insistir en el hecho trascendental de que, a partir de la fabricación de los primeros instrumentos y útiles (útil quiere decir adaptativo) por los lejanos antepasados del hombre, toda la actividad de éste y después la del hombre mismo fue una actividad mediada, que los individuos han operado sobre la naturaleza por intermedio de obje-

tos externos al cuerpo. Este actuar a través de objetos o de instrumentos interpuestos, y a este efecto al fuego hay que considerarlo como un objeto, el más importante en la adaptación, ha ido creando un distanciamiento entre los individuos agentes y la naturaleza, hasta el punto de que los hombres se enfrentaron a ella como sujetos activos y distantes para no confundirse con ella (la naturaleza) y para enfrentarse a ella como objeto de conocimiento.

Esto obliga a hacer una afirmación grandiosa para el hombre: hay que constatar que el hombre enfrentado a la naturaleza como sujeto activo se vio obligado a transformarla para adaptarse y sobrevivir, pero al transformarla, al crear el medio humano con su acción, la experiencia ganada por la determinación del lenguaje la convirtió en conocimiento que enriquecía y ensanchaba su subjetividad, de manera que cuanto más progresaba con su acción sobre la naturaleza, más poderoso se hacía su conocimiento de la realidad. Ahora bien, aquí aparece una tremenda servidumbre del hombre, que su conocer va detrás de su acción y, como se ha visto al analizar el medio humano, el conocimiento está siendo constantemente revalidado por los objetos resultantes de la transformación, llevada a cabo por el hombre.

El medio humano, con su enorme diversidad y complejidad de objetos, está respaldando y revalidando (justificando) el lenguaje, cuya vida, vigencia y verdad tienen como base y fundamento el medio humano, es decir, todas las transformaciones llevadas a cabo sobre la naturaleza. Nunca se insistirá bastante en recalcar, reafirmar, que tanto en el comportamiento de los hombres como en el conocimiento que han alcanzado de la realidad y de sí mismos (el conocimiento de sí mismos tiene la misma raíz que el conocimiento de la naturaleza y no es otro que el conocimiento ganado por los hombres en la transformación de la naturaleza hostil en la morada confortable del hombre), o, en otros términos, para que no quepa ninguna duda, la clave y fundamento así del comportamiento, como de todo conocimiento humano, es la transformación por el hombre de la naturaleza para crear el medio humano, y su presencia y existencia constituyen la única explicación posible a todo lo humano sobre la tierra. Pues no se puede entender al hombre, ni su comportamiento, ni su conocimiento, si no se tiene en cuenta la influencia del medio humano sobre los hombres.

### La mente, el lenguaje y el medio humano

Llegados a este punto, se pueden plantear ya las cuestiones trascendentales del hombre, de la estructura de la mente y de su localización. Por lo pronto, si la mente es el centro coordinador del comportamiento, hay que admitir que si el comportamiento del hombre cambió por completo como consecuencia de la creación de instrumentos y utensilios y, en general, del medio humano, también tenía que cambiar el centro

de referencia y de coordinación del comportamiento, es decir, la mente. Como el hombre fundó su evolución en la utilización de recursos externos a su propio cuerpo, tomados del medio exterior, a diferencia de todas las especies animales cuya evolución estuvo (y está) determinada por modificaciones aparecidas en su organización anatómica, hay que entender la acción y la experiencia del hombre como distintas de la acción y la experiencia animales. Como la clave de toda la acción y la experiencia que están en la base de toda la evolución tiene su explicación en la transformación de la naturaleza por el hombre para crear el medio humano, teniendo en cuenta que la invención misma del lenguaje (un salto adelante sin precedentes) es una consecuencia del crecimiento (acumulación) de la experiencia y la necesidad de un recurso para su manejo, hay que plantearse cuál es la estructura de la mente y dónde debemos buscarla.

Al estudiar la relación entre el lenguaje y la mente, quedó claro que *el simple funcionamiento del lenguaje daba nacimiento a la mente*, por una parte, en el hecho mismo de la actualización de los contenidos, depositados en el fondo individual, ganados por el individuo en su historia vital, el círculo iluminado donde aparecían los contenidos de la «memoria» y, por otra, en la exigencia de la *representación espacial* del acontecer en todo acto de actualización o de comunicación; representación espacial que constituyó el núcleo de la imagen de la realidad, como una exigencia de la actividad. Otro aspecto importante fue el establecimiento de la producción de sonidos por la acción voluntaria sobre los sensores cenestésicos de los músculos glossofaríngeos y el establecimiento de conexiones nerviosas temporales (reflejos condicionados) entre los sonidos (palabras) y los estímulos de los objetos que permite reemplazar éstos por las palabras. Por último, hay que mencionar al medio humano como fundamento y clave explicatoria de todos los cambios habidos, sobre todo como respaldo y justificación del lenguaje sin los cuales no puede existir; el medio humano constituye también el marco de referencia y de sostén de todo el comportamiento y de toda la actividad del hombre, ya que si se prescinde de él no se puede entender nada, empezando por el lenguaje, el soporte material de la mente, pero también la «experiencia interna, subjetiva de la actividad objetiva del hombre».

### Estructura y función de la mente

A pesar de todo lo que se escribe sobre el cerebro como órgano o sede de la mente, hay que afirmar rotundamente que el cerebro es el órgano principal de la mente, pero no el único, pues hay que mencionar también, necesariamente, al aparato fonador, al órgano auditivo, a la vista, a las manos, al cuerpo humano entero, a los instrumentos y, fundamentalmente, al medio humano, tal como ha sido definido en este trabajo, con su enorme diversidad de objetos

(que dominan el comportamiento y el conocimiento humanos) y, finalmente, a las representaciones, ideas, nociones, conceptos, palabras, etcétera, sin los cuales la mente no puede funcionar, peor aún, no «existiría».

La esencia de la mente, la estructura sobre la que establece su función es la actualización (el hacer presente), la experiencia, es decir, la mente es su actividad, que consiste en actualizar, hacer presente, los contenidos que descansan en el reservorio, que es la historia vital del individuo. La mente, como el lenguaje (que es su soporte material) son funciones exigidas, impuestas por la experiencia. Pues la experiencia, que constituye la principal ventaja evolutiva que ha llevado al hombre a la transformación y dominio de toda la tierra, no serviría de nada al hombre si no pudiera manejarla y utilizarla en cada momento y según sus necesidades, por eso la mente es la función que resulta (implica) el manejo a voluntad de la experiencia. Pero la mente es inconcebible sin la representación del espacio y, con más razón, sin la capacidad de actualizar los contenidos.

Aquí radica el problema clave de la mente, que su función esencial y definidora, la que justifica su «existencia» es la actualización (el hacer presente) de los contenidos, porque esto es lo que están haciendo constantemente nuestras mentes: manipular contenidos que están como dormidos en el reservorio de nuestra historia vital individual. Ahora bien, tales contenidos son *trasuntos* de la realidad transformada por el hombre que revisten la forma de imágenes, representaciones, palabras, nociones, conceptos, pero siempre realidad transformada en experiencia, en formas manejables por el lenguaje y, a mayor abundamiento, por la mente, aunque no hay que olvidar que la mente es el lenguaje en acción. Sin embargo, no hay que perder de vista que los contenidos (al menos en su inmensa mayoría) son espaciales, pertenecen al mundo exterior a nuestro cuerpo, a ese mundo exterior que los hombres han transformado para convertirlo en elementos, en objetos del medio humano, que es el verdadero dominio de nuestras mentes.

Por consiguiente, en la estructura de nuestras mentes hay un componente esencial exterior, espacial, de manera que toda la actividad de la mente implica contenidos espaciales del medio humano, mejor aún, los contenidos que constituyen y con los que funciona la mente, se puede afirmar que pertenecen todos al medio humano, elevados de experiencia a conocimientos por la actividad del lenguaje, y en este sentido conviene recordar lo dicho en el apartado «El medio humano y el lenguaje».

Pero no se puede poner fin a este esquema de la mente sin enunciar una hipótesis que parecerá en extremo disparatada y osada, pero que parece impuesta por la lógica de los hechos: una buena parte de los contenidos con los que funciona la mente, se podría decir que la mayoría de los que proceden del medio humano, son contenidos evidentemente supraindivi-

duales, *de naturaleza cultural colectiva*. A esta categoría pertenecen algunas representaciones, en especial las derivadas de los instrumentos, ideas, nociones, conceptos, todo lo que es transmitido por las palabras. Es un hecho que la lengua es un recurso colectivo, que opera como un contenido activo en las mentes de un número indefinido de individuos, asegurando así la integración y la acumulación del conocimiento humano. Esto es lo que se pretendía demostrar en el apartado «El medio humano y el lenguaje» al analizar el «duplicado ideal» del medio humano y al señalar que las mentes individuales podían pensar, gracias a que interiorizaban (por aprendizaje) una parte de las palabras que, precisamente, constituían el soporte material de ese «duplicado ideal». Los hombres con unas mismas palabras piensan la realidad que tienen delante, pero desde su perspectiva e historia individual. La coherencia y la integrabilidad está asegurada por los elementos que hay comunes en la actividad de la mente.

Las mentes humanas hacen posible que los hombres piensen y actúen sobre la realidad material porque de su estructura forman parte elementos cognoscitivos elaborados y adquiridos en la actividad transformado-

---

**A** pesar de todo lo que se escribe sobre el cerebro como órgano o sede de la mente, hay que afirmar rotundamente que el cerebro es el órgano principal de la mente, pero no el único

---

ra del hombre sobre la realidad. En las mentes humanas están operando elementos subjetivos y objetivos que son como un puente entre el hombre y la naturaleza.

#### Hacia una definición de la mente humana

Anulados los instintos animales por el proceso de humanización (los cambios en el comportamiento, debido al uso de instrumentos y a los cuidados imperiosos y persistentes durante la larga inermidad de las criaturas), el hombre se quedó *sin centro de coordinación y de referencia* para sus actos de comportamiento. Era evidente que los hombres necesitaban un nuevo centro de coordinación que estuviese configurado por la nueva experiencia ganada al transformar el medio natural para adaptarse y proporcionar más seguridad a sus vidas. Cuando se hubo inventado el lenguaje, la experiencia es depositada y fijada en las palabras, por esta razón el complejo fonador (los interoceptores glossofaríngeos) que facilitan la producción de sonidos (palabras) y su correlato, el área o las áreas del lenguaje; este complejo es el que hace la intervención voluntaria a voluntad del sujeto en el reservorio

de su experiencia ganada a lo largo de la experiencia vital y con el propósito de actualizar aquellos fragmentos sobre los que recaiga su interés o atención. En este sentido, el lenguaje con los datos objetivos que transporta y que es manejable a voluntad desde los citados interoceptores glossofaríngeos constituye el verdadero centro de coordinación y referencia del comportamiento del hombre. El centro focal de la mente o de la conciencia es ese portillo de acceso a la experiencia vital acumulada que son los sensores glossofaríngeos y el área del lenguaje. Esta vía de acceso a lo más íntimo del individuo está determinada y justificada en cuanto la lengua, las palabras están intrínsecamente vinculadas por reflejos condicionados a las impresiones, sensaciones y cosas que aparecieron como estímulos; las palabras provocan las mismas reacciones que las cosas a que se refieren.

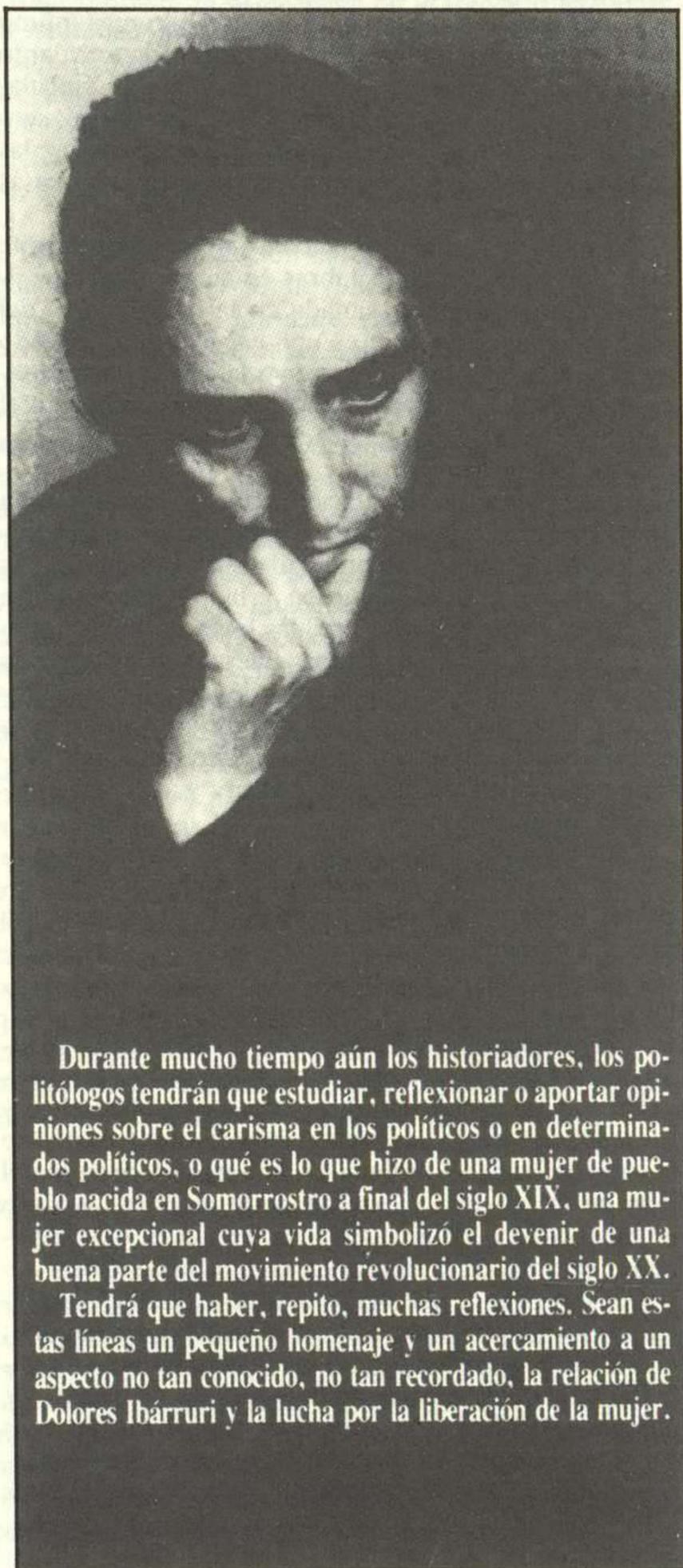
Ahora bien, la mente es inconcebible e inexplicable sin el lenguaje, sin las palabras en cuanto soportes físicos de la experiencia ganada en la construcción del medio humano, del que es una especie de duplicado ideal, y a la memoria, representada por la historia vital individual, que ésta también es inconcebible sin el apoyo y respaldo constante de los innumerables elementos del medio humano.

La estrechísima vinculación, la casi identificación entre la mente y la lengua (las palabras), pues, aquélla recibe de ésta la objetividad y la racionalidad; es decir, la regularidad, el orden y las relaciones entre las cosas, para ser más claro, las leyes de la naturaleza reflejadas por las palabras, pues, sin esas leyes la mente no podría coordinar ni orientar el comportamiento humano (en vez de la afirmación «la mente es materia y sólo materia», es más coherente y más ilustrativo decir, «la mente es la palabra y, fundamentalmente, la palabra»).

Para terminar, unas pocas palabras sobre la localización de la mente. En realidad la mente parece vinculada a dos importantes procesos: 1) al cerebro, sin el cual no habría actividad humana: a los interoceptores glossofaríngeos, las áreas del lenguaje, a los ojos, los oídos, a las manos y el cuerpo entero del hombre, y 2) el lenguaje que recoge toda la experiencia ganada por los hombres y que es el portador de la objetividad y de la racionalidad, mientras que el cerebro y los sensores glossofaríngeos son importantes factores de la subjetividad (del individuo), la lengua representa el lado de lo objetivo y externo de la realidad, y como es bien sabido, el lenguaje o la lengua es el componente externo de la mente en cuanto las palabras recogen y ordenan, clasifican toda la experiencia ganada por los hombres al construir el medio humano que, en cuanto condicionador del comportamiento, es también una parte componente de la mente. Gracias a los componentes internos, subjetivos e individuales, y a los componentes externos, objetivos y podría decirse, supraindividuales, los resultados de todas las mentes son integrables, son coherentes y, al mismo tiempo, constituyen un guía exterior, objetivo. ■

# DOLORES IBARRURI Y LA LIBERACION DE LA MUJER

María José Capellín



Durante mucho tiempo aún los historiadores, los politólogos tendrán que estudiar, reflexionar o aportar opiniones sobre el carisma en los políticos o en determinados políticos, o qué es lo que hizo de una mujer de pueblo nacida en Somorrostro a final del siglo XIX, una mujer excepcional cuya vida simbolizó el devenir de una buena parte del movimiento revolucionario del siglo XX.

Tendrá que haber, repito, muchas reflexiones. Sean estas líneas un pequeño homenaje y un acercamiento a un aspecto no tan conocido, no tan recordado, la relación de Dolores Ibárruri y la lucha por la liberación de la mujer.

Las escasas mujeres que han adquirido relevancia en el ámbito político de la izquierda española, o eran obreras que, incorporadas a la lucha sindical, habían desarrollado un papel en ella, como Virginia González o Teresa Claramunt, o bien provenían de clases medias liberales que facilitaban a sus hijas estudios que les permitían incorporarse a organizaciones o movimientos progresistas; maestras como Matilde de la Torre o Teresa Mañé, abogadas como Margarita Nielken, una de las mujeres más brillantes de la década de los 30, así como Victoria Kent y Clara Campoamor; escritoras como María Lejárraga o María Teresa León, periodistas como Irene Falcón; Federica Montseny, lo mismo que Hildegard, provenían de medios anarquistas muy ideologizados y ambas se dedicaron a tareas agitativas desde muy jóvenes.

Dolores Ibárruri, a quien la periodista norteamericana Merle Wolin ha considerado «la mujer más importante no sólo de la historia del movimiento socialista sino en la historia política de la humanidad», era ama de casa. Su toma de conciencia surge a partir de la situación más alienante y perpetuadora del sistema que podemos encontrar, en la misma base del sistema patriarcal.

Ella se presenta y se reivindica a sí misma una y otra vez como hija y compañera de mineros, como madre, siendo precisamente a partir de la injusticia que siente como madre y esposa como adquiere su conciencia de clase.

Pero lo especialmente sugestivo del proceso no es su excepcionalidad; a pesar de la escasa presencia de las mujeres en la historiografía del movimiento obrero, advertimos su intervención, con significativa frecuencia, en huelgas, motines, revueltas, en apoyo de sus compañeros, en defensa de los alimentos de sus hijos, luchando contra el encarecimiento de los precios o en las manifestaciones contra las levadas de los soldados.

Dolores Ibárruri percibe su terrible situa-

ción de una forma compleja, no sólo como madre y esposa, tampoco únicamente como individuo, sino como mujer. Se siente parte del colectivo de «mujeres de los mineros» y este es un hecho indisolublemente ligado al prestigio que fue adquiriendo entre ellas y al proceso de identificación que, a lo largo de su historia como dirigente político, se observó entre esas mujeres y la Pasionaria y que su muerte puso nuevamente de manifiesto.

Cuando toma conciencia de su fracaso como mujer, al haber fracasado su matrimonio y ser éste el único sentido de la vida femenina, Dolores lo percibe colectivamente:

En mi propia experiencia —dice— aprendí la dura verdad del dicho popular: «Madre, ¿qué cosa es casar? Hija: hilar, parir y llorar».

«Llorar... Llorar sobre nuestros males, sobre nuestra impotencia. Llorar sobre nuestros hijos inocentes, a los que sólo podíamos ofrecer nuestras caricias empapadas en lágrimas, llorar por nuestras vidas dolorosas, sin horizonte, sin salida.»

«... Cuando conversaba con mis amigas y compañeras de miseria, nuestras angustias, nuestras necesidades, nuestra situación, respondían con resignada tristeza: ¿qué podemos nosotras hacer? Yo me rebelaba ante la idea de que siempre sería así y aun peor. Me sublevaba ante la idea de que estábamos condenadas a arrastrar hasta la consumación de los siglos los grilletes de la miseria, del sometimiento, como bestias de carga, a veces molidas a palos, pisoteadas, abofeteadas por el hombre elegido como compañero de tu vida.»

Dolores Ibárruri se sublevó y rompió los grilletes, pero no lo hizo sola, ni trató de escaparse, sino que procuró llevar, primero consigo y luego tras de sí, a las mujeres, a esas mujeres a las que se refiere y en nombre de las cuales habla en toda su vida política.

Se incorporará con ellas, como hemos visto, a esta fórmula de lucha femenina que podríamos llamar tradicional, de tipo resistencialista, ligada a los problemas más acuciantes de la cotidianidad, que imprime a las reivindicaciones y a las formas de organización unas peculiares características muy cercanas al ámbito de lo que habitualmente se conoce como «lo femenino», el universo emocional, lo privado o lo cotidiano.

De Pasionaria puede afirmarse que supo elevarlo a la categoría de acción política práctica, caracterizó en gran manera su particular

«hacer» en la gestión pública y probablemente está en la raíz del impacto creciente que tendrá entre las masas populares.

Hay numerosos ejemplos de ello. Como toda mujer de pueblo que había parido seis hijos con ayuda de otras mujeres, no tiene inconveniente, sino todo lo contrario, en hacer intervenir todo su prestigio como diputada para garantizar a unas mujeres un parto en las mejores condiciones:

«Si no, ¿qué pinta ser diputada?

¿Estarse simplemente discutiendo en el Parlamento, olvidándose de lo que ocurre en la calle?

Yo, para esto no quiero ser diputado.»

Otro aspecto que caracterizó históricamente la lucha femenina fue la preocupación por los problemas de abastecimiento cotidiano, los precios, la vivienda. En los discursos de Pasionaria, incluso en los momentos más tensos del debate sobre estrategias militares de largo alcance, sobre conflictos políticos gravísimos, Dolores no olvida los problemas de cada día. No sólo se preocupa del aumento de salarios o la mejora en los abastecimientos o de la lucha contra los agiotistas y especuladores. Propone fórmulas concretas de organización: «Urge la creación de comités de mujeres en cada barriada que se encarguen de movilizar a todas las mujeres para la resistencia, al llamamiento a las mujeres a organizarse para mejor resolver sus problemas diarios».

## Maternidad

Lo que aparece con una fuerza extraordinaria en todo el discurso y la actividad política de Dolores Ibárruri es la idea de la maternidad. Madre trágica que ha debido establecer el binomio hijos-dolor a lo largo de su vida. La muerte de sus hijas pequeñas, dos bebés de pocos meses, y otras dos a los tres y cinco años, la dejó profundamente marcada por un dolor que vuelve a vivir con la muerte de su hijo Rubén a los veintidós años:

«¿Cómo hablar de mi dolor? Era el dolor el más grande de todos los dolores, el de una madre que pierde a su hijo... Ya sólo me quedaba Amaya de los seis que traje al mundo.»

Dolores Ibárruri rara vez habló de su «privacidad», de sus sentimientos personales, fuera del campo político; las únicas líneas que ha escrito expresan, por eso, más aún sus senti-

mientos. Hay una inmensa ternura en ese posesivo que sólo pone delante de sus hijos muertos.

«Murió apenas nacida mi Amagoya.» «Dos años después murió mi Azucenilla...» «Hace tres meses se me murió mi hija, mi Esther.» «... Nació mi Eva, que sólo estuvo conmigo dos meses.»

Es a partir de esa sensibilidad dolorida que Pasionaria va a ser capaz de establecer lazos con cualquier mujer y sobre todo va a percibir cualquier problema desde el punto de vista de una mujer («mucho más próxima que el hombre de este conjunto de ideas y sensaciones que denominamos “universo emocional”»). Así, por ejemplo, cuando contesta a un periódico de derechas que se burla de la petición que Pasionaria ha hecho de un indulto para los presos comunes, escribe con duras y apasionadas palabras:

«¿Qué les importa a estos contrahechos de alma la angustiada espera de centenares de familias sobre las que pesa el dolor de tener un hijo en presidio?

¿Qué les importa el dolor de las madres que lloran el delito de un hijo, que ellas soñaron bueno?»

Hablará en nombre de las madres, de las mujeres y de los niños en todas las ocasiones que denuncie la represión como en 1933:

«¡Casas Viejas!... Las madres a quienes les fueron arrebatados sus hijos, las mujeres que en triste soledad lloran la ausencia eterna del compañero asesinado...»

Reivindica en nombre de las mujeres asturianas el castigo para «los verdugos de octubre» en el Parlamento, los llamamientos al apoyo internacional durante la guerra van en numerosas ocasiones directamente a las mujeres, a las madres.

Esta conciencia o esta asunción de la maternidad va a tener también otras expresiones. Así, cuando la indignación de Pasionaria no tiene límites, cuando ya no encuentra adjetivos para lo que sucede:

«¿Humanizar la guerra? ¿Quién? ¿Nosotros?»

Nuestros heroicos soldados no han torturado a ningún prisionero. No han bombardeado jamás ciudades abiertas, ni pueblos indefensos, ni llegado a la vileza infame de ametrallar mujeres y niños... nunca, nunca han arrojado bombas destructoras sobre casas de vecindad, sobre escuelas ni hospitales... Nuestros pue-



**Dolores Ibárruri percibe su terrible situación de una forma compleja, no sólo como madre y esposa, tampoco únicamente como individuo, sino como mujer**

blo arrasados, nuestras ciudades destruidas, nuestros niños y mujeres asesinados, ametrallados por hombres que no nacieron de mujer, que no conocieron madre...»

Al político que ha dedicado más energías a los niños le parece imposible que los que los ametrallen sean «hijos», la mujer que se identifica con las madres, con cualquier madre, no puede comprender que haya madres que engendren esos seres. Hay un abismo infranqueable para Dolores Ibárruri en ese «hombres que no nacieron de mujer».

Hay además en Pasionaria una sublimación de la maternidad, percibida en varias direcciones. Es conocido el papel que en la formación de su carisma tuvo la recogida de los niños asturianos: encabezó, asimismo, con otras muchas mujeres de AMA, la atención a los niños de Madrid durante la guerra, con guarderías y hogares, pero sobre todo organizando la evacuación. Esa labor fue posible gracias al esfuerzo y trabajo considerable de centenares de



«Llorar..., llorar sobre nuestros males, sobre nuestra impotencia. Llorar sobre nuestros hijos inocentes, a los que sólo podíamos ofrecer nuestras caricias empapadas en lágrimas»

mujeres, pero la recogida de fondos, el apoyo de organizaciones internacionales de todo tipo, la resolución de problemas de intendencia o burocráticos seguramente no hubiera sido posible sin que un político del prestigio de Pasionaria facilitase, con su apoyo decidido, ese trabajo.

Hay una maternidad conflictiva de la madre militante que se pregunta angustiada si tiene derecho a privar a sus hijos de su presencia, desde la cárcel. Quizá precisamente por ello reivindicaba Pasionaria el papel de madre de los milicianos en la Conferencia Nacional de la Juventud:

«Lo que los facciosos creen que para mí es una ofensa, es un orgullo. Dice Queipo: "Estos canallas malditos deben ser también hijos de la Pasionaria" y yo digo: Es un gran honor para mí ser la madre de todos esos milicianos que tan bravamente se baten en los campos de batalla. Sí, soy madre de todos los antifascistas, mi emoción es tan grande que mi mayor

satisfacción es la de que por muchos años pueda seguir siéndolo, porque me considero una madre camarada de todos mis compañeros antifascistas.»

Dolores Ibárruri tenía entonces cuarenta y un años, es decir, que era una mujer joven aún; sin embargo, mientras se construía su «leyenda negra», en la que se la presentaba como una mujer de una insaciable voracidad sexual —además de asesina sin escrúpulos—, la «leyenda blanca» creaba una nueva Virgen María laica, Madre de todos los luchadores antifascistas.

Todos los que la recuerdan de esa época, en el frente, donde no habían visto mujeres en mucho tiempo, en los mítines, en las reuniones, tienen esa misma imagen, el recuerdo de estar viendo un símbolo viviente, no una mujer concreta, sino la encarnación de la mujer de la clase obrera, de la madre universal.

«Nuestra camarada Dolores Ibárruri, magnífico símbolo de todas las mujeres de la Patria», se la presentaría en muchas ocasiones.

Especialmente conmovedor es el poema dedicado a Pasionaria «la madre de todos los guerrilleros» por un muchacho muerto a los diecinueve años en la guerrilla:

«Es Pasionaria la madre  
de todos los guerrilleros.  
Es Pasionaria mi madre  
y como madre la quiero.»

o con más calidad literaria, escribe Edwing Rolfe, de la Brigada Lincoln:

«La majestuosa Pasionaria hablando  
madre para los hombres, madre de  
los revolucionarios, vencedora de  
batallas, confortadora de defensores;  
su figura, magnífica, como son los  
monumentos levantados a los  
héroes; su voz, una sinfonía  
su frente, ancha, como las llanuras de  
su país; sus ojos constantes testigos  
de la verdad de su palabra.»

Pasionaria se presenta como madre y hablando en nombre de las madres en toda ocasión, cuando exige cambios en la dirección de la guerra: «Las mujeres españolas no queremos entregar nuestros hijos a generales que no sienten la causa» o cuando más recientemente pedía al cardenal Tarancón su intervención ante Franco para impedir los fusilamientos en 1970, «como madre y mujer vasca».

Es con esa imagen de mujer —tradicional

que no reaccionaria—, que viene de una muy antigua cultura femenina ajena al universo masculino, con la que se identifican decenas de miles de mujeres.

La mujer siempre vestida de negro en un país de mujeres enlutadas; la madre dolorosa en una época con un brutal índice de mortalidad infantil. La mujer que reivindica la dignidad de otras mujeres, de todas las mujeres, sin romper la moral tradicional, pero sin defenderla hipócritamente.

Dolores Ibárruri nunca cambió de peinado: clásico moño de mujer casada. Pero eso sí siempre impecable el toque de color de los pañuelos al cuello y sus pendientes. Mientras que otras mujeres de la izquierda no rechazaron otros atuendos... vistiéndose de largo o asumiendo pautas de la burguesía, Dolores Ibárruri permaneció fiel a su imagen de mujer de pueblo tradicional. Su fidelidad también se expresó en que nunca se puso el «mono» de miliciana, a pesar de sus frecuentes visitas al frente.

En una carta a una obrera soviética, que le había escrito solidarizándose con la lucha de la República, expresa con palabras tremendas, qué pretende representar.

«Se templó mi espíritu en años de persecuciones, de luchas, de hambre, de encarcelamiento. Compañera de un minero, sé del dolor terrible de los días sin pan, de los inviernos sin fuego, de los hijos muertos por no tener dinero para medicinas. En mí habla el dolor milenar de las multitudes explotadas, escarnecidas, privadas de toda alegría, de todo regocijo, de todo derecho; mi voz grita la rebeldía de un pueblo que no quiere ser esclavo, que lleva en lo hondo de su alma, ansias, anhelos, afanes de libertad, de cultura, de bienestar, de progreso. Vibra en ella el eco humedecido de las lágrimas de las madres, de las mujeres esclavizadas, humilladas, despreciadas, que no saben del reír y del gozar, que sólo saben de las hieles del dolor y del sufrimiento.»

### Liberación de la mujer

Si la vinculación que Pasionaria estableció con las mujeres se hubiera quedado ahí, con ser importante de cara a la comprensión de su carisma, no hubiera significado ningún avance para ellas, ni podría explicar a la Pasionaria

«símbolo de la mujer española que está decidida a vencer y vencerá».

Hay algo más en el pensamiento político de esta mujer que nunca ha comprendido el feminismo ni se ha reconocido en él y que, sin embargo, ha encabezado la organización de mujeres que mayor número de éstas ha incorporado, en nuestro país, como sujetos activos de la historia.

No es el lugar de plantear una polémica sobre cuál sería el método correcto para analizar los procesos históricos en los que ha participado la mujer o en qué medida consideraríamos o no feminismo determinadas formas de lucha, porque esto exigiría un trabajo específico.

En cualquier caso, baste mencionarlo, antes de centrarnos en aquellos aspectos del pensamiento o la actividad de Dolores Ibárruri que se vinculan más a lo que se consideraría habitualmente pensamiento feminista.

En su primera época en Somorrostro adquiere inmediatamente conciencia de cuál es la verdadera «condición femenina», sin necesidad de elaboración teórica alguna:

«Cuando disminuyó la demanda del mineral y comenzó a sobrar mano de obra —escribió—, se prescindió del trabajo femenino, adornando la disposición discriminatoria con hipócritas consideraciones sobre la madre, la mujer, la familia y el hogar.»

Se liberaba a la mujer del trabajo de la mina que «embrutecía» para convertirla en una esclava doméstica sin ningún derecho. En la mina la mujer era un obrero.

Podía protestar contra la explotación al lado de otros obreros, defender su personalidad como trabajadora.

En el hogar, la mujer se despersonalizaba, se entregaba por la fuerza de la necesidad al sacrificio. Era la primera en el trabajo, en las privaciones, en el apenar con todo género de servicios para hacer más grata, menos dura, menos difícil, la vida de sus hijos, de su marido, hasta anularse por completo.

Como también es una viva muestra de la incorporación de la mujer a la vida pública esa expectación que levanta en la cárcel entre mujeres públicas —el doble sentido del lenguaje es prueba implacable de la marginación sexual: frente al «hombre público» en la cúspide del prestigio social, la mujer pública en el abismo de la abyección.

«Todas se acercaron a mi cama... Querían saber quién era yo y por qué me habían dete-



Pasionaria se presenta como madre y hablando en nombre de las madres en toda ocasión, cuando exige cambios en la dirección de la guerra: «Las mujeres españolas no queremos entregar nuestros hijos a generales que no sienten la causa», o cuando más recientemente pedía al cardenal Tarancón su intervención, ante Franco, para impedir los fusilamientos en 1970 «como madre y mujer vasca»

nido. Preguntas de ritual “¿sangre, robo, traslado?” ¡No!

¿Por qué te han detenido? ¡Por comunista! Sensación... y ¿qué es eso?, preguntó una. ¿Qué va a ser?, respondió otra; eso es política. ¿Las mujeres se meten en política?»

No eran las únicas que encontraban extraña tal cosa, porque cuatro años más tarde, triunfante el Frente Popular, preguntarían a Pasionaria: «¿Qué impresión le hace a usted la intervención de la mujer en la lucha política?»

«Discrepo en absoluto —afirma— de aquellos que sostienen el criterio de que la mujer no merece el reconocimiento de sus derechos políticos. Los que atribuyen a las mujeres el resultado de las elecciones de noviembre del 33 están equivocados. Aquel resultado fue debido a los errores del primer bienio y a la división de las fuerzas republicanas. Ello se ha confirmado en las elecciones últimas, en las cuales la contribución femenina ha sido decisiva y se ha acentuado la rebeldía de la conciencia femenina.»

La irritación que le produce a Pasionaria

este continuo echar la culpa o marginar a las mujeres cuando ya no son necesarias se manifiesta bien a las claras en una anécdota sucedida tras la liberación de Francia, en que, viajando con un jefe militar español, fueron detenidas por la policía, que les aclaró «que en aquellos coches no podían viajar mujeres».

«¡De nuevo el veto a las mujeres! Se nos permitía luchar, sufrir en las cárceles, morir ante los pelotones de ejecución. Pero viajar en avión o en coche militar... ¡No señora!»

Dolores Ibárruri es desde 1932 responsable del trabajo femenino del PCE, establece en ese mismo año la Comisión Femenina, ocupando como responsable de la misma un puesto en el Buró político. También está, como hemos visto, junto a otras mujeres comunistas, en el origen de la creación del Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, que se convertiría en Asociación de Mujeres Antifascistas en el 36 y que prefigura la política unitaria que desarrollará el PCE en otros frentes.

Las contradicciones y las dificultades en

plasmar esa política en el seno del PCE aparecen claras en los mismos informes de Pasionaria, que critica con gran dureza las actitudes reaccionarias de sus compañeros e incluso en las intervenciones de algunas mujeres que parecían admitir, de hecho, un puesto subsidiario en la lucha.

En las elecciones del 33, el PCE presenta varias candidatas: Dolores Ibárruri, Lucía Borrau, Josefa Galán y Concha López Mesa, entre otras, y el siguiente programa:

«— Igualdad de derechos políticos y civiles para las mujeres desde los 18 años.

— A igual trabajo, igual salario.

— Seguro de maternidad, a cargo del Estado y los patronos, sin aporte de ninguna especie por parte de las trabajadoras.

— Derecho de las mujeres para no asistir seis semanas antes y seis semanas después al trabajo y recibir el salario íntegro, con el puesto respetado.

— Cuidados gratuitos de los médicos y parteras, anterior y posterior al parto.

— Dotación de una ayuda especial para atender al recién nacido. Creación de las casas cuna y de los jardines de infancia.»

Resulta significativo el apoyo que Pasionaria ha dado siempre a las campañas sobre el derecho al aborto, a pesar de no haberlo aprobado ni entendido nunca. Es un tema clave que se sitúa y sitúa a Dolores Ibárruri en ese punto medio, en esa zona de unión entre la cultura femenina tradicional, con su magnificada concepción de la maternidad que Pasionaria considera siempre como algo satisfactorio para la mujer:

«... Los hijos siempre producen alegría al nacer, aunque traigan dolor luego. Siempre es una alegría para la madre tener un hijo, siempre...», y la concepción de una cultura feminista que elige la maternidad como una más entre las opciones posibles para la mujer.

Pasionaria sitúa el derecho al aborto y la amnistía para las mujeres condenadas por esos motivos en ese punto de solidaridad con mujeres condenadas a la marginación por la injusticia social: madres solteras, abandonadas, etcétera. Sin embargo, no aparece en ninguna ocasión reivindicación alguna en relación a anticonceptivos, educación sexual, etcétera, a pesar de no ser temas ajenos a las preocupaciones de mucha de la prensa obrera de la época, quizá porque «esas materias son de cada mujer» y Dolores Ibárruri no incorporó, en absoluto, el lema feminista de lo «privado es

público», sino que —mujer tradicional— ha tenido siempre un extraordinario pudor para hablar de su vida privada.

Los planteamientos de Dolores Ibárruri corresponden a las condiciones tradicionales del movimiento obrero que sitúan la problemática de la mujer en el marco de su análisis global de la sociedad. Evidentemente si luchaban por una sociedad justa e igualitaria, a ella habrían de incorporarse las mujeres en las mismas condiciones que los hombres.

Los ideólogos del movimiento obrero —baste recordar la influencia de la obra de A. Bebel, *La mujer*— han denunciado siempre el trato discriminatorio que sufre la mujer y lo han atribuido o han buscado una solución en lograr su independencia económica; rara vez han ido más lejos, profundizando en la cultura patriarcal, aunque Engels ya apuntaba el problema claramente con su «la mujer es la proletaria del hombre».

Pero el problema estriba en que la incorporación de la mujer al mundo del trabajo industrial, en unas condiciones de la máxima explotación, ganando la mitad del trabajo de los hombres, etcétera, no sólo no favorece su liberación, sino que divide a la clase obrera, al ser utilizada la fuerza de trabajo femenina como elemento de disuasión en las reivindicaciones económicas y sindicales de las vanguardias del movimiento obrero.

Además de ello, la enorme importancia que las clases dominantes, sobre todo a través de la Iglesia, han dado al adoctrinamiento ideológico de la mujer, unido a la escasa comprensión que los dirigentes obreros —inmersos, ellos mismos, en la ideología patriarcal—, harán de la «cuestión femenina» un problema no resuelto.

En la España de los años 30 este problema se percibe aún más, porque no se dio una alianza entre el movimiento feminista y las mujeres del movimiento obrero, que consideraban a aquél como irrelevante y burgués. Esto era lógico en un país donde la radicalización social iba en aumento, de tal forma que no permitía terrenos de encuentro.

A pesar de ello, a lo largo de la República se perciben pequeños avances, con algunas victorias legislativas como la concesión del voto, que mostraron significativamente las contradicciones en que se debatía la sociedad española respecto al tema, al contar con el apoyo de la derecha y dividir, sin embargo, a la izquierda.

La creación del Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo va a suponer un hito importante en la vinculación de mujeres de diferentes sectores sociales a una tarea netamente democrática, y aunque no tuvieran una ideología feminista, la simple incorporación a un ámbito distinto del familiar, supuso un avance sustancial.

Durante la guerra, la necesidad de incorporar un gran número de mujeres a la industria (como ya había sucedido en Europa en la Gran Guerra), tuvo como «consecuencia la propa-

el que se vuelquen como única salida en el clericalismo.

«Abandonadas de todos, entregadas a sus propios medios, no atreviéndose a romper con las viejas costumbres, se entregan de lleno a cualquiera que, en uno u otro sentido, les prometa sacarlas de su estado y servidumbre.»

Más adelante, nuevamente vuelve sobre el tema, analizando explícitamente el fenómeno de la marginación de la mujer, su utilización por la burguesía y la miopía política de los sindicatos obreros.



«¿Por qué te han detenido? ¿Por comunista! Sensación..., y ¿qué es eso?, preguntó una. ¿Qué va a ser?, respondió otra; eso es política. ¿Las mujeres se meten en política?»

gación del ideal de la mujer independiente, socialmente responsable, que era igual al hombre en todas las esferas».

Este proceso se puede percibir en los escritos que Dolores Ibárruri dedicó al tema de la mujer a lo largo de estos años. Así, en sus artículos a lo largo del año 1933, Pasionaria plantea el debate en el Partido Comunista, denunciando «la situación de la mujer española en general y de las obreras en particular», las brutales condiciones en que vive, lo que provoca en ella por un lado la prostitución y por el otro

«Fue durante la guerra europea cuando la burguesía pudo convencerse de que la mujer era tan apta como el hombre para realizar cualquier trabajo; pero este reconocimiento, que debiera haber traído como consecuencia inmediata la igualdad de salarios, sólo sirvió para que el hombre vaya siendo, paulatinamente, desplazado de la fábrica y sustituido por la mujer, ya que trabaja por la mitad de precio que aquél.

Hay que constatar que, lamentablemente, si la mujer engrosa de una manera rápida las fi-

las proletarias, no se incorpora con la misma velocidad al movimiento sindical y revolucionario, que lucha por mejorar sus condiciones de existencia como mujer y como obrera. Pero de esto no hay que culpar solamente a la mujer; si siempre se la tuvo al margen de la lucha, si jamás se la invita a tomar parte en las organizaciones, por considerarla una rémora, un obstáculo que se interpone en el camino del hombre; ¿qué tiene ella, de no tener una conciencia clasista, que le impulse a intervenir en las luchas, en la defensa de sus derechos como mujer y como explotada?

Dolores Ibárruri continúa denunciando el hecho de que en los sindicatos obreros las mujeres puedan ser cotizantes pero no votantes, y que no ocupen cargos dirigentes. Reivindica el papel de la Revolución rusa y del Partido Comunista que, «arrancan a la mujer de la esclavitud de siglos, adonde la llevó el egoísmo de los hombres y los prejuicios y supersticiones que todas las religiones propagaron para esclavizarla».

Reconocido o no, ahí tenemos un explícito análisis feminista. Por otra parte, durante la Conferencia del Partido Comunista de España de abril de 1933, Dolores Ibárruri presenta un informe en que propone un plan de trabajo, denunciando con dureza ciertas actitudes que proliferan en el partido, «como absurdas, cuando no representan otra cosa más grave». Enumera una serie de acciones «revolucionarias» que se están desarrollando en el país y en las que están participando activamente cientos de mujeres, e insiste:

«Ya no se trata más que de saberlas interesar en nuestras luchas. Y esto es lo que tenemos que hacer, aunque desgraciadamente en esto, como en otras cosas, ya nos han tomado la delantera todos los partidos políticos de la burguesía y, muy particularmente, las fuerzas de las derechas.»

Pero, denuncia explícitamente, «ocurre que son nuestros propios camaradas los que se oponen a que la mujer intervenga en la vida política y social. Son nuestros propios camaradas los que, como en Sevilla, a pesar de estar a la cabeza del movimiento revolucionario, se niegan a constituir secciones femeninas en los sindicatos. Son casi todos nuestros camaradas los que se niegan con cualquier pretexto a que sus compañeras o sus hijas vengán a nuestro partido. Y esto hay que cortarlo de raíz: no podemos llamarnos vanguardia del proletariado si abandonamos a la mujer a las



«Transformada en esclava, en la sierva del hombre, útil sólo para procrear carne de cañón, de la que dispondrán a su albedrío los esclavizadores de los pueblos... La mujer en la Iglesia, en la cocina y en la cama»

fuerzas de la reacción... En los lugares de trabajo es necesario que allá donde haya un comunista sea éste el más abnegado defensor de las reivindicaciones femeninas, popularizando nuestra consigna de a igual trabajo, idéntico salario. Es de necesidad imprescindible que en todas nuestras organizaciones como los comités regionales, provinciales, de célula y de radio se constituyan las comisiones femeninas, estrechamente ligadas entre sí, que organicen, controladas y dirigidas por el resto del Partido, todo el trabajo entre las mujeres obreras y campesinas».

Hasta tal punto considera importante Dolores Ibárruri el problema de la mujer que termina su informe con estas palabras:

«Yo quisiera que los delegados, al regresar a sus regiones, llevaran el convencimiento de la necesidad de luchar por el incorporamiento de la mujer a la lucha revolucionaria. Y si hacen esto, si abandonando métodos sectarios, derrotistas, conceden la importancia que se merece el trabajo de captación entre la mujer,



**«Hoy más que nunca se plantea ante la mujer la necesidad imperiosa de luchar por conseguir el reconocimiento de su personalidad como mujer, y los derechos que en el orden político, social, económico y jurídico le corresponden»**

podremos decir sin exageración que este Pleno ha tenido verdaderamente una importancia histórica y que hemos dado un impulso formidable a la revolución.»

Pero la tarea no se revelará fácil y pocos meses después Pasionaria sigue insistiendo en sus artículos en la prensa comunista, advirtiendo, con claridad, dónde está la dificultad que impide establecer contacto desde el mundo de la política con el mundo de la mujer:

«Hay infinidad de compañeros que ante el resultado negativo de sus primeros trabajos se desaniman y acaban por decir que las mujeres son unas reaccionarias, que tienen espíritu conservador y que son incapaces de comprender el papel que en la lucha contra la burguesía le está reservado a la mujer.

Y esto no es justo; lo que ocurre es que para que nos entienda tenemos que hablar su mismo lenguaje, tenemos que compenetrarnos con sus sentimientos, tenemos que buscar el detalle que despierte su interés, el motivo que la lleve a preguntar, a inquirir, a querer saber

aquello que ignora.» El año 34, como ya hemos comentado anteriormente, supone avances sustanciales en la creciente presencia pública de la mujer. Pasionaria escribe artículos de agitación contra la guerra, llamando a las mujeres a oponerse activamente a la movilización de reservistas.

Su valoración del Congreso Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, y un mes más tarde del Congreso Mundial, oscila entre el entusiasmo por lo que supone la incorporación de mujeres a la lucha y la estrechez de miras que aún caracteriza a los miembros de la Internacional Comunista en ese momento, menospreciando totalmente el papel de las mujeres procedentes del campo de la burguesía, «figuras que militan en distintos partidos, llamados demócratas, y aun en algún otro de tendencia más avanzada», en el trabajo emprendido de detener la guerra y el fascismo.

«La celebración del primer congreso femenino contra la guerra y el fascismo ha puesto una vez más en evidencia la falsedad de una afirmación que es tópico común en aquellos que tienen interés en que la mujer permanezca al margen de las luchas diarias y que sea un espectador neutral del continuo batallar en que se disputa el triunfo entre las dos fuerzas en pugna: la revolución y la contrarrevolución.

El enorme entusiasmo despertado por este Congreso entre amplias masas de mujeres de distintas clases sociales y aun de ideologías dispares, el fervor y la decisión que ponían en sus intervenciones, mujeres que jamás habían hablado en público, la sinceridad y honda emoción de que están saturadas sus palabras... abre ante nosotros un horizonte inmenso de posibilidades de trabajo.»

Días más tarde insiste, en «¿Podemos luchar unidos, camaradas anarquistas?» en la necesidad e importancia de que todas las mujeres proletarias deben unirse en esa importante tarea.

Tendrá que ocurrir la terrible represión de octubre para que Pasionaria comience a valorar con mayor justeza la importancia de la aportación de mujeres procedentes de otros sectores sociales, a la lucha antifascista. Sobre las actividades que desarrollan juntas en pro de la infancia obrera ya hemos hablado.

Mil novecientos treinta y seis sitúa en otro plano la problemática de la mujer, y los comunistas, en éste como en otros temas, tratan de dar una respuesta adecuada a la política sur-

gida del VII Congreso de la Internacional Comunista.

A principios del año, Pasionaria escribe desde la cárcel de mujeres varios artículos, pidiendo a todas «las mujeres de España, de Cataluña y de Euzkadi» que en la gran batalla que se va a librar se apresten a incorporarse al Bloque Popular, describiendo o denunciando con dureza lo que es el fascismo, el riesgo de guerra y represión que entraña, y por ello «apelo a vuestros sentimientos, mujeres obreras, mujeres intelectuales, mujeres, simplemente, con corazón de mujer», para que den el apoyo a la amnistía, al progreso, a la libertad y a la justicia».

Y finaliza: «Por nuestros hermanos, por nuestros maridos, por nuestros hijos, por nosotras mismas, por la causa del progreso, votad al Bloque Popular».

Días más tarde aún es más explícita en su análisis de lo que el fascismo significa para la mujer:

«Transformada en esclava, en la sierva del hombre, útil sólo para procrear carne de cañón, de la que dispondrán a su albedrío los esclavizadores de los pueblos... La mujer en la iglesia, en la cocina y en la cama.»

Contrastando lo que puede conquistar si da su apoyo al Bloque Popular:

«¡Mujeres! ¡Madres! ¡Hermanas! Por nuestra dignidad; por el derecho de la mujer al trabajo y a la igualdad de salarios, por la conquista de leyes protectoras para la mujer y la juventud; por la defensa de todos nuestros derechos y de todas nuestras reivindicaciones, todas en pie al lado del Bloque Popular.»

En abril aparece la revista quincenal *Mujeres*, portavoz de la Organización de Mujeres Antifascistas, que siguió publicándose durante la guerra aunque con la lógica irregularidad que las circunstancias imponían, primero en Madrid y luego en Valencia, saliendo apenas una veintena de números.

Aunque en sus artículos podemos advertir diferentes planteamientos, lógico en una organización que se presentaba como abierta a todas las mujeres con el solo común denominador del antifascismo y aunque dominada mayoritariamente por las mujeres comunistas, las colaboraciones iban desde las brillantes y en ocasiones agresivos artículos de Margarita Nielken a las ingenuas aportaciones de mujeres con un escasísimo nivel cultural, que relatan sus nuevas experiencias de trabajo.

En cualquier caso, los que escribe Dolores

Ibárruri ofrecen una línea cada vez más nítida. El 1.º de Mayo de 1936 escribe:

«Todos los movimientos revolucionarios de los diversos pueblos, aun aquellos que más violentamente fueron aplastados, han servido para mejorar en mayor o menor grado la situación de los trabajadores, las condiciones de vida de las clases populares y, sin embargo, la esclavitud de la mujer subsiste en principio en las leyes de todos los países, excepto, naturalmente, en la Unión Soviética, que es un ejemplo magnífico que orienta y anima a las mujeres de todo el mundo en la lucha por el reconocimiento de sus derechos, que tan obstinadamente se lo han venido negando o restringiendo de absurda y criminal manera.

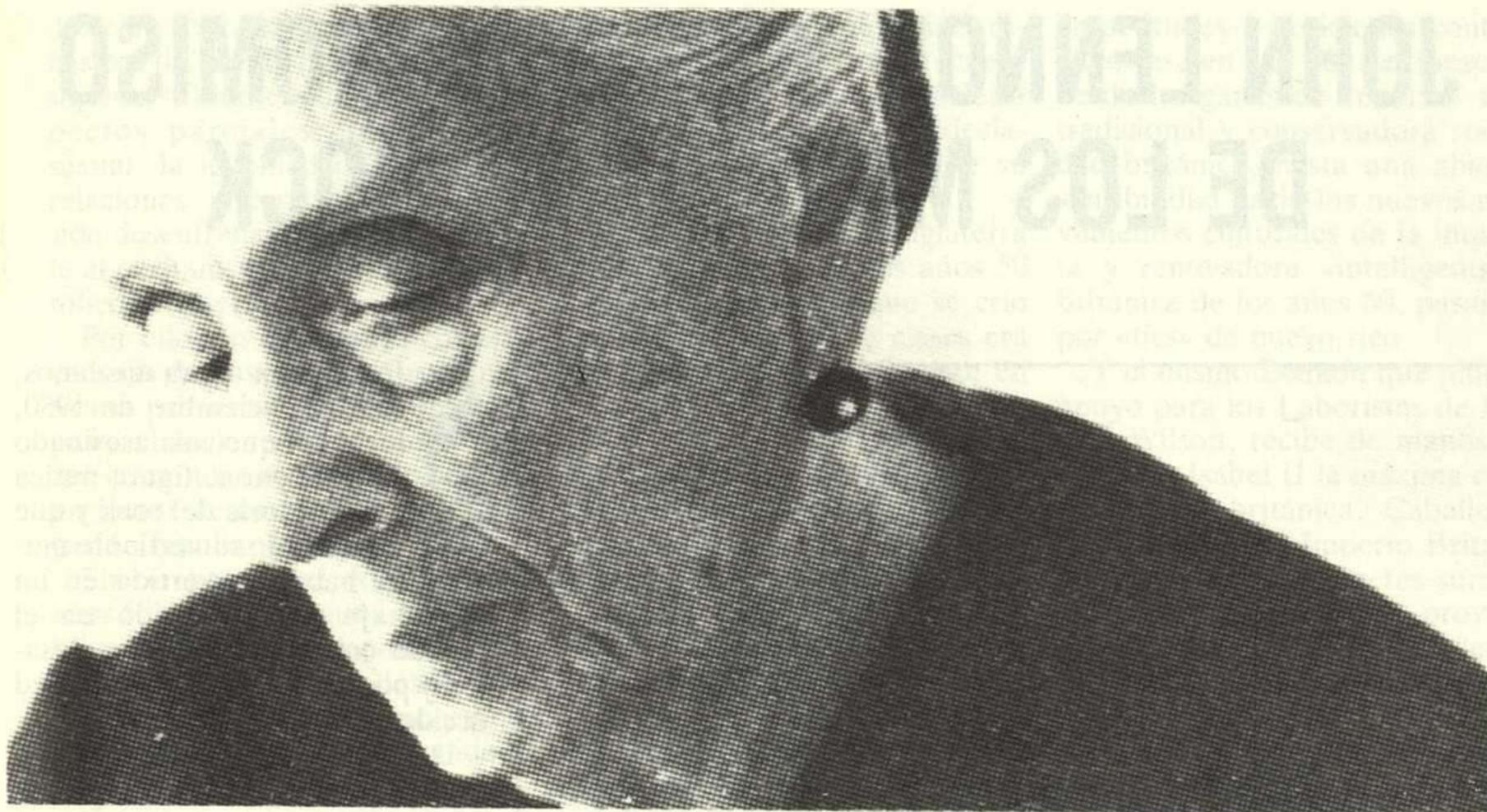
Hoy más que nunca se plantea ante la mujer la necesidad imperiosa de luchar por conseguir el reconocimiento de su personalidad como mujer, y los derechos que en el orden político, social, económico y jurídico le corresponden.

No es suficiente la concesión del derecho al voto; es necesario que este derecho vaya acompañado de toda una serie de medidas que permitan a la mujer emitir libremente su opinión, que hagan de la mujer un miembro libre de un pueblo cuya constitución se apoya sobre la base de una amplia democracia.

El derecho al trabajo; la igualdad de salarios, la protección a la madre; la investigación de la paternidad, el divorcio, sin ninguna traba jurídica y económica; el derecho al aborto, la creación de casas cuna, escuelas, jardines de infancia, comedores y roperos escolares, la prohibición de trabajos insalubres y el derecho a ocupar cargos, en lícita competencia con el hombre. Es decir, la renovación completa de nuestras costumbres, influenciadas por una moral absurda, que acepta como buenas las teorías de los «padres de la Iglesia».

Como se puede fácilmente advertir 50 años después, ni el programa ni el análisis parecen desfasados. Tanto o más que Pasionaria insisten las que, como Dolores Ibárruri, insistían una y otra vez que la victoria de la República «facilitará trabajo a todos; a los hombres y a las mujeres. No habrá ya más miseria, porque el trabajo, porque la economía, porque todas las relaciones sociales se establecerán sobre una nueva base».

A lo largo de la guerra seguirá planteando el problema de la liberación de la mujer vinculada a la victoria, sí, pero siempre si se organiza, si trabaja para conquistarla. A este respecto es significativo el programa de la revista *Compan-*



**Resulta significativo el apoyo que Pasionaria ha dado siempre a las campañas sobre el derecho al aborto, a pesar de no haberlo aprobado ni entendido nunca**

ya, de las mujeres del PSUC, en la que colabora Pasionaria:

«Cada grupo, cada colectividad tiene el deber de romper sus propias cadenas y de conquistar su propia libertad. En este sentido, la obra de emancipación femenina corresponde a la mujer. Con esto no queremos decir que la mujer constituye un grupo, con características de "clase social" propiamente dicho, ni mucho menos que su antagonista sea el hombre. Pero sí que los problemas femeninos exigen, para ser plena y honradamente resueltos, no sólo una sensibilidad de un mismo signo, sino también un esfuerzo plenamente heroico que le corresponde realizar a ella misma. Porque el hombre de hoy, aunque sea revolucionario, preocupado por sus propios problemas, de los cuales empieza a apuntar tan sólo la solución, no puede sino en breves instantes de generosidad fundirse en la vida con su compañera. Después se repliega inexorablemente sobre lo que le preocupa... Por esto la mujer ha de buscarse la salvación por ella misma, ha de luchar para poder asumir su propio destino y llevarlo a cabo después. Pero, lógicamente, tiene que tener siempre en cuenta quiénes pueden ser sus posibles aliados:

los que sufren el dolor de la opresión y sus hermanos de esclavitud, las masas laboriosas del pueblo.»

Por su parte, en sus informes a los Plenos y Conferencias del Partido Comunista durante la guerra, ni una sola vez deja Dolores Ibárruri de plantear el tema, proponiendo la creación de células de mujeres para facilitar su militancia e insistiendo una y otra vez en que se facilitara, o incluso no se impidiera, la incorporación de mujeres a tareas de dirección tanto en el seno del Partido como en los sindicatos.

Sus planteamientos, que creemos que se sitúan en lo que se ha llamado feminismo socialista, podrían resumirse en estas palabras publicadas por la revista *Trabajadoras*, de la Comisión Femenina del PCE, en julio de 1938:

«Solamente en la medida que nosotros incorporemos a la mujer al trabajo, solamente en la medida en que seamos capaces de dar a la mujer su independencia para que tenga un salario que le permita vivir una vida de dignidad, solamente en esa medida podremos hablar de democracia y de emancipación de la mujer, y de la España nueva, de la España libre, de la España feliz.»

# JOHN LENNON Y EL COMPROMISO DE LOS MUSICOS DE ROCK

Héctor Maravall



Se cumplen ahora diez años, el 8 de diciembre de 1980, fecha en que caía asesinado John Lennon, figura mítica en la historia del rock y que más allá de su vertiente musical, se había convertido en un personaje controvertido en el mundo cultural y social anglosajón y por extensión en la sociedad occidental de los años 60 y 70.

De las muchas facetas de la vida y obra de Lennon, quizá hoy resulte interesante recordarle en su carácter de artista con un evidente compromiso con la sociedad en la que vivió.

En la historia de la música de nuestro siglo hay una buena lista de artistas comprometidos social y políticamente con las ideas de la paz, la democracia y el progreso social.

Desde un Leonard Bernstein o un Luigi Nono, por citar a dos grandes músicos en el ámbito de la música clásica, para enterderenos, ambos recientemente fallecidos, un Paul Robertson o un Kurt Weill en la música popular, un Artie Shaw o un Charlie Haden en el jazz.

Y desde luego en el mundo del folk song ha habido un claro predominio de los artistas progresistas, empezando por el gran Woody Guthrie, cuya guitarra llevaba escrita esa ya legendaria frase de «esta máquina mata fascistas», hasta un complejo y genial Bob Dylan, pasando por Pete Seeger y los Weavers, Tom Paxton, Phil Ochs, Joan Báez, Buffy Saint Marie, etcétera.

El mundo del rock and roll que surgió en la mitad de los años 50 llevaba en su sangre una buena

dosis de contestación de aspectos básicos de la vida burguesa anglosajona, si bien circunscritos a aspectos parciales: la libertad sexual, la igualdad de sexos, las relaciones interraciales, una visión desenfundada de la vida frente al puritanismo protestante y católico, etcétera.

Por ello, en las mentes conservadoras de la sociedad norteamericana primero y Occidental después, el rock se vio en sus orígenes como un engendro diabólico, un factor de corrupción y disgregación familiar y social.

Sin embargo, el rock de los años 50 no tuvo ninguna carga política, ni ningún componente de compromiso social y, desde luego, las letras de sus canciones no iban más allá de esa ruptura ideológica generacional antes mencionada.

Dos artistas geniales iban a modificar esa situación. Bob Dylan en EE.UU. y John Lennon en Inglaterra. Bob Dylan llevando al mundo del rock, aparte de un grado de madurez, complejidad y calidad musical extraordinarios, todo el acervo de la mejor cultura norteamericana de este siglo.

John Lennon, a su vez, elevó el grado de sensibilidad cultural y social de los músicos ingleses, ampliando los estrechos límites de la canción amorosa y adolescente, imperante en el entonces apoteósico Sonido de Liverpool.

En Lennon confluían dos personalidades muy marcadas. Por una parte, su carisma de haber sido uno de los Beatles, que le convertía en uno de los máximos ídolos juveniles, y, además, en uno de los músicos más ricos y famosos de nuestro tiempo, por otra parte, el ser un hombre inconformista, nada arraigado en la sociedad burguesa y en constante polémica con los medios más conservadores del *stablishment* anglosajón.

Quizá uno de los factores que explican esa actitud de Lennon hay que buscarlo en su origen de

clase obrera, a la que nunca renunció y a la que hacía frecuentes referencias, tanto en la letra de sus canciones como en declaraciones y comentarios sobre su vida.

Efectivamente, en la Inglaterra de la posguerra y de los años 50 y primeros 60, en la que se crió Lennon, la división de clases era muy acentuada especialmente en el terreno ideológico y cultural. Como muy bien reflejaron las películas de los llamados directores de la Generación Airada, «Corredor de fondo» o «Sábado noche, domingo mañana», la clase obrera inglesa, encuadrada sindicalmente en las Trade Unions y políticamente en el Partido Laborista y de forma minoritaria en el PC, tenía unas señas de identidad muy nítidas y una clarísima actitud de oposición al sistema de valores de la burguesía británica.

Y esa pertenencia a una clase obrera, muy cohesionada como tal clase, marcó no sólo a John Lennon, sino también a los demás Beatles, igualmente de origen obrero.

Los claroscuros de la vida y evolución ideológica y artística de Lennon vienen muy determinados por las propias limitaciones y grandezas de la clase obrera inglesa, con su indudable conciencia de clase y su capacidad de lucha reivindicativa, pero también con sus horizontes reformistas.

Así, en la obra de Lennon vemos que, junto a una identificación con los luchadores obreros, p. e. en la canción «Working class hero», hay en la canción «Revolution» una visión muy escéptica de los movimientos del 68 y de las posiciones de la izquierda estudiantil, frente a un Mike Jagger de los Rolling Stones, mucho más radical e identificado con las revueltas juveniles, con su «Street Fight Man», o un Jim Morrison de los Doors, con su «Break on through».

Pero el éxito y el camino de tipo de vida le llevó a una serie

de actitudes y posiciones contradictorias, en las que se mezclan desde las ganas de «epatar» a la tradicional y conservadora sociedad británica, hasta una abierta sensibilidad hacia los nuevos movimientos culturales de la inquieta y renovadora «intelligentsia» británica de los años 60, pasando por «tics» de nuevo rico.

Y el mismo Lennon que pide el apoyo para los Laboristas de Harold Wilson, recibe de manos de la Reina Isabel II la máxima condecoración británica, Caballeros de la Orden del Imperio Británico, en un acto de ribetes surrealistas, y al poco tiempo provoca un fenomenal escándalo al declarar que los Beatles son más famosos que Jesucristo.

Es el Lennon que se pasea por Londres con unos Rolls Royce de impresión y a continuación se va a la India a hacer Meditación Trascendental con el Guru Maharashi, que aparece defendiendo el consumo del LSD o que rueda con Richard Lester una feroz película antimilitarista.

En este abigarrado mundo personal, su encuentro con Joko Ono fue un factor de sedimentación artística e ideológica. Desde un principio esta relación con Joko Ono, una pintora japonesa, con una buena formación cultural, ligada a los movimientos de la vanguardia artística de su país y de EE.UU., fue motivo de grandes polémicas.

La crítica musical la acusó de la ruptura de los Beatles, cuando de hecho el agotamiento creativo de éstos se aproximaba a ojos vista, después de su Lp doble «White Album» y del posterior «Let it be», aunque la verdad es que los restantes miembros del grupo no la vieron nunca con muy buena cara.

Socialmente, la pareja era difícilmente admitida y no sólo por los prejuicios conservadores que levantaba Joko, de otra raza, más mayor que Lennon y de aspecto muy lejano de las rubias de plexi-

glas que suelen rodear a los grandes músicos del rock. Sus apariciones públicas iban con frecuencia acompañadas de gestos provocadores, incluyendo el posar desnudos ambos dos para la portada de uno de sus controvertidos discos.

Por supuesto, no faltaron quienes dijeron que Joko Ono se aprovechaba de la fama y del talento artístico de Lennon para ocultar su mediocridad. Y es cierto que, musicalmente, las grabaciones que hicieron juntos no es de lo más recordable de Lennon, pero es también evidente que la influencia de Joko Ono fue positiva para reafirmar otros aspectos de la obra de Lennon.

Y así, a partir de la consolidación de la relación entre ambos, hay una maduración en Lennon que conlleva la definitiva ruptura con el establishment británico, su aproximación a los ámbitos culturales neoyorquinos, venciendo el tradicional recelo que sentía hacia los intelectuales, su renovado compromiso con posiciones democráticas y progresistas, en pleno ascenso de la ola conservadora en Gran Bretaña y Estados Unidos, con su emblemática canción «Power to the people», o su nítido alineamiento con las posiciones pacifistas, «Give Peace a chance», etcétera.

Si Lennon no era un personaje cómodo en la Inglaterra pre-tatcheriana, su traslado a Nueva York tampoco fue acogido con excesivas simpatías por parte de la derecha norteamericana. La Administración Nixon intentó echarle del país, basándose en leyes de emigración reaccionarias y en una persecución fiscal abusiva. Pero Jonh y Joko resistieron y al final permanecieron en Estados Unidos.

Y en el plano meramente musical, fue en la mitad de la década de los 70 cuando Lennon graba su más perfecta obra, el disco «Imagine», con un puñado de hermosísimas canciones.



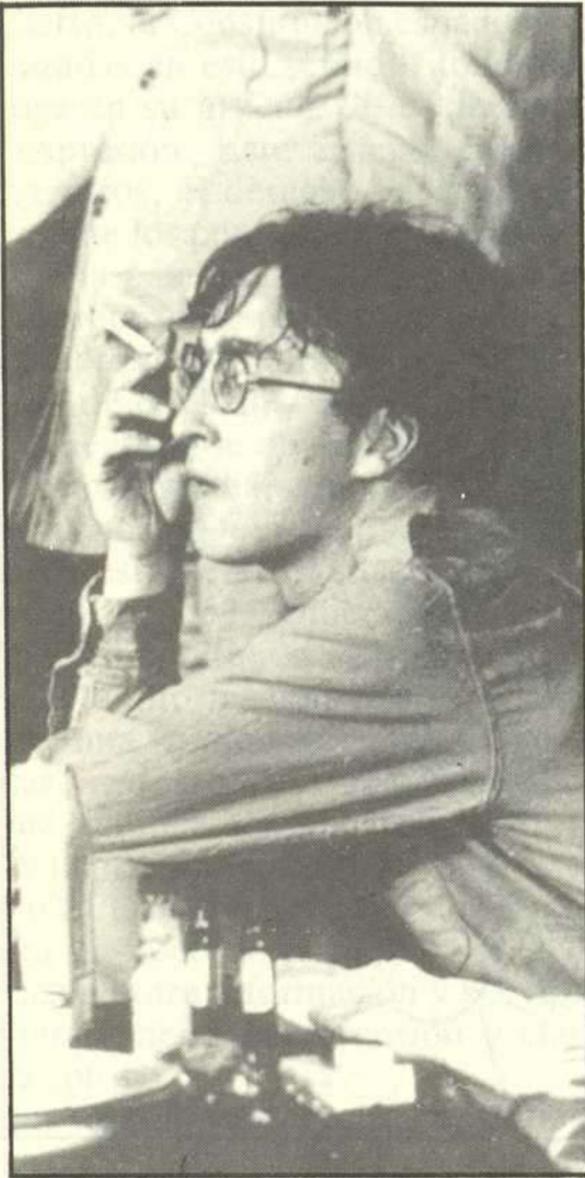
No sabemos qué hubiera dado de sí un artista en pleno proceso de maduración, de no haber sido asesinado. Cuál hubiera sido su creación artística y su evolución ideológica, en una Norteamérica que iniciaba la involución reaganista y en una música rock con una falta de ideas nuevas galopante, sobre todo en lo referente a los artistas blancos anglosajones. Pero con su asesinato se inició un nuevo período de controversia sobre la obra y la figura de uno de los artistas más sobresalientes de la música moderna.

Pero ya antes de su muerte, su

camino era transitado por otros grandes artistas, empeñados en dar un contenido cultural y social a la música rock.

El movimiento punk, con todo lo que supuso de retroceso en el plano estrictamente musical, tuvo clarísimas connotaciones de ataque al sistema de vida británico, desde posiciones visceralmente anarquistas, incluyendo la hasta en esos momentos intocable figura de la Reina y la propia institución monárquica.

Una parte importante de los herederos del punk y de los grupos más evolucionados, la new



**Si Lennon no era un personaje cómodo en la Inglaterra pre-Tatcheriana, su traslado a Nueva York tampoco fue acogido con excesivas simpatías por parte de la derecha norteamericana**

wave, se decantaron por posiciones más elaboradas política y socialmente. Grupos como los Clash, los Jam, UB-40, Style Council, Communards, etcétera, se situaron en posiciones beligerantemente anti-Tatcher.

La larga huelga de los mineros ingleses fue otro gran revulsivo, que despertó mayoritarias simpatías y en muchos casos apoyos concretos, con conciertos solidarios y destinando recaudaciones de ventas de discos, de grupos y artistas del rock británico.

El paro, las tensiones raciales, los problemas de vivienda, la re-

presión policial, los ataques al sistema de bienestar social y la segregación social provocados por el tatcherismo empezaron a aparecer en las letras de las canciones.

Y más allá, la propia situación de Irlanda del Norte, otro tema tabú, fue objetivo de tratamiento temático, incluso por músicos politizados como Paul McCartney.

Ha habido artistas que en la pasada década adoptaron hasta una cierta simbología bolchevique, cuando todavía no «estaba de moda», llevar chapas, camisetas y cazadoras de la perestroika. O referencias a la Guerra Civil española, a García Lorca, a Dolores Ibárruri, etcétera.

Billy Bragg, uno de los cantantes más politizados, impulsó una organización de músicos a favor de los laboristas, con el elocuente nombre de «Red Wedge» (Cuña Roja), participando en giras y actos electorales.

Aunque también hay que decir que el perceptible giro hacia el centro de los laboristas ha enfriado últimamente el apoyo de los artistas más progresistas a ese partido.

También se impulsaron organizaciones, más o menos estables, de músicos contra el racismo o contra la represión de las minorías homosexuales.

Rotundas declaraciones anti-tatcherianas aparecían con frecuencia en boca de artistas de rock.

Y en clara coincidencia con algunos grandes músicos norteamericanos, se produjo un claro posicionamiento de solidaridad internacional, con dos puntos de referencia muy significativos: la Nicaragua Sandinista y las luchas Anti-apartheid del Pueblo Negro Sudafricano. En este sentido, el más espectacular disco de los Clash lleva por título un sonoro «Sandinista!».

Los últimos años de la década pasada estuvieron marcados por grandes conciertos contra el

Apartheid, por la libertad de Nelson Mandela, a favor de los Derechos Humanos en Sudamérica, en apoyo a Amnistía Internacional, o a causas ecologistas como Greenpeace o Rainbow Warrior.

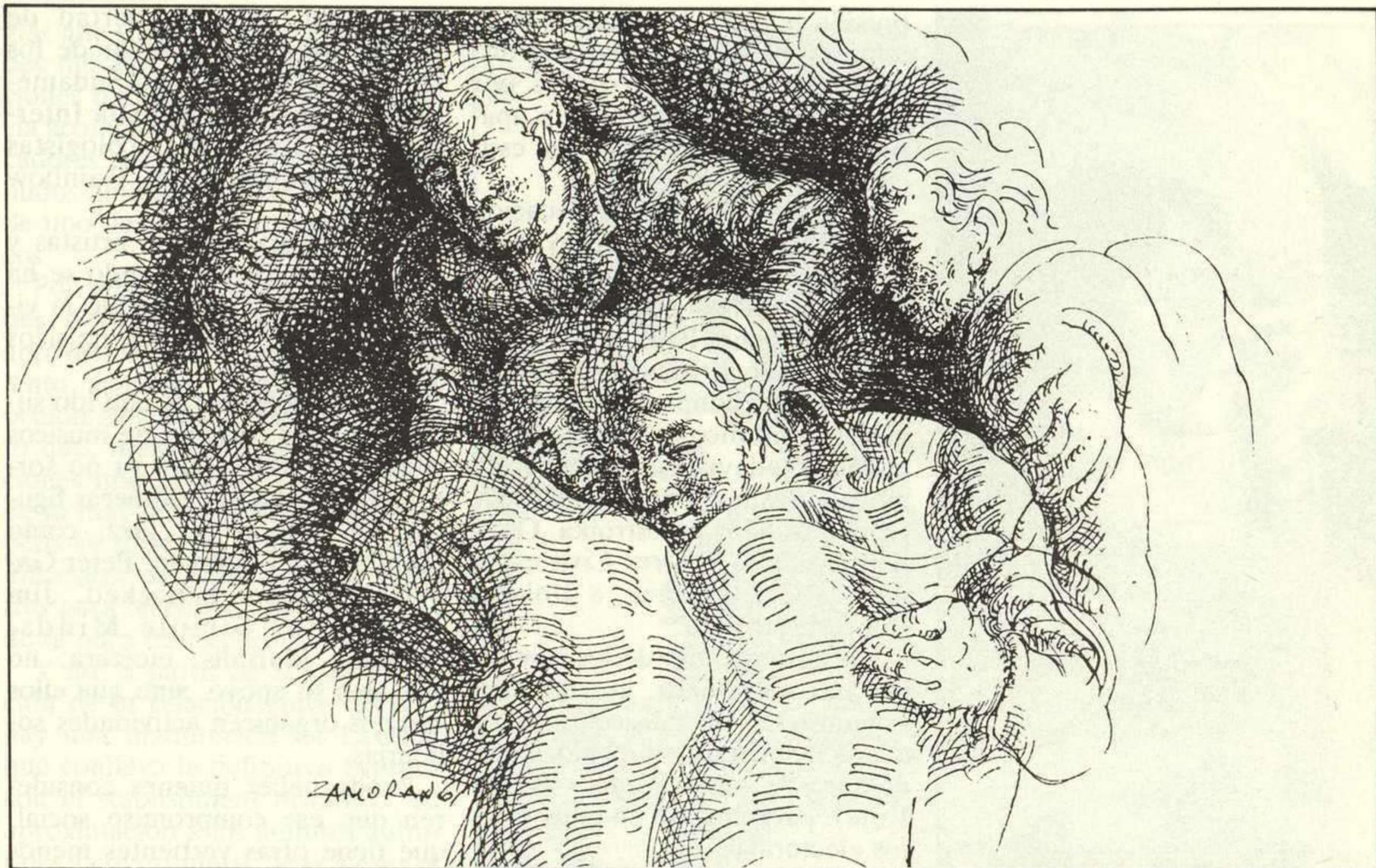
La colaboración con artistas y músicos del Tercer Mundo se ha abierto camino, rompiendo la visión egocéntrica de los músicos anglosajones.

Nuevos nombres se han ido sumando a esa relación de músicos comprometidos y hoy ya no sorprende a nadie que primeras figuras del rock o del jazz, como Sting, Tracy Chapman, Peter Gabriel, Michael Schocked, Jim Kerr y los Simple Minds, Wynston Marsalis, etcétera, no sólo den su apoyo, sino que ellos mismos organicen actividades solidarias.

Puede haber quienes consideren que ese compromiso social, que tiene otras vertientes menos politizadas, como p. e. el recién salido disco en favor de la lucha contra el Sida, es una nueva manera de buscar el éxito comercial; en definitiva, una sofisticada operación de marketing.

No comparto ni remotamente esa opinión, en el fondo reaccionaria, máxime cuando estamos ante músicos de más que probado éxito artístico y aunque es posible que algunos de ellos hayan contribuido a estos movimientos un poco por contagio corporativo, en todo caso, yo prefiero ver a Bruce Springsteen en un concierto de Amnistía Internacional que a Elvis Presley dando la mano a Nixon en la Casa Blanca.

Y en esa realidad del mundo del rock de hoy, con la que, dicho sea de paso, contrasta el evidente pasotismo de los músicos españoles, salvo honrosas excepciones, a diferencia de lo que sucedía hace 12 ó 15 años, tuvo un papel pionero un John Lennon, asesinado en un acto brutal, reflejo de esa sociedad violenta y desgarrada, a la que él tanto criticó. ■



# INFORMACION Y LIBERTAD

Vicente Romano

**L**OS conceptos de información y libertad han estado siempre inseparablemente unidos. Se afirma con razón que la democracia no es imaginable sin que los ciudadanos se formen una opinión y se informen adecuadamente. Si se les da a estos conceptos un contenido real, es evidente que no puede haber democracia participativa sin participación en el proceso de información. El conocimiento más amplio posible de los acontecimientos, estados de cosas, sus relaciones, opiniones y tendencias preceden a la formación de opinión.

Esto no deja de ser, claro está, una hipótesis que, por el momento, prescinde de las diversas influencias y condicionamientos a que está sometido todo ciudadano que pretende formarse una opinión, adquirir las informaciones que le son necesarias para conocer su entorno, orientarse y actuar racionalmente sobre él para dominarlo y ponerlo a su servicio. En el ámbito de la información y la comunicación es muy acertada la afirmación de los clásicos de que libertad es el conoci-

miento de la necesidad. Las demandas, por parte del Tercer Mundo y de la UNESCO, de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, estrechamente vinculado a un Nuevo Orden Económico Mundial, tal vez sean la concreción más palpable de ese postulado. La libertad de información, entendida no sólo como libertad de expresión, sino sobre todo como libertad de acceso a las informaciones y conocimientos necesarios para el desarrollo individual y colectivo, puede considerarse como uno de los derechos fundamentales del hombre. Y si se miran las cosas de cerca puede constatarse que, como ocurre con otros derechos humanos, tampoco éste se cumple plenamente, ni siquiera en las sociedades llamadas democráticas y desarrolladas. En la mayoría de los países, la información, tal como aquí se entiende, sigue siendo una necesidad radical, esto es, una necesidad que sólo se puede satisfacer mediante una transformación radical, revolucionaria, de las estructuras dominantes de la sociedad actual.

Cierto, la Constitución española, una de las más avanzadas en este sentido, todo hay que decirlo, recoge en su artículo 20 el derecho a la libertad de expresión. Este artículo reconoce y protege, entre otros, el derecho «a expresar y difundir libremente los pensamientos, ideas y opiniones mediante la palabra, el escrito o cualquier otro medio de reproducción», así como «a comunicar o recibir libremente información veraz por cualquier medio de difusión». Esto, que ya es algo, resulta insuficiente si se analiza su concreción en la vida y la praxis cotidiana de la inmensa mayoría de los ciudadanos. ¿De qué sirve el reconocimiento formal de este derecho si se carece de medios para llevarlo a cabo? ¿Quién dispone de medios para comunicar y difundir su opinión? ¿Quién tiene acceso a la información y al conocimiento para formarse una opinión adecuada sobre el estado de las cosas? ¿Cómo informan los medios actuales? ¿Qué significa hoy libertad de información?

A nuestro juicio, no se trata de meras preguntas retóricas. Tal vez se entienden mejor si se penetra un poco en la problemática que plantea la relación entre información y libertad, una vez que se tenga cierta comprensión y claridad de estos conceptos.

En términos generales, se entiende por información la transmisión de conocimientos y saberes sobre hechos y relaciones (estados de cosas) de unos hombres o grupos de hombres a otros. En el lenguaje corriente, y en un sentido más estricto, se entiende como transmisión de hechos nuevos, de noticias. El informe de la Comisión Internacional de la UNESCO (Informe Mac Bride) define la información así:

«Acopiar, almacenar, someter a tratamiento y difundir las noticias, datos, opiniones, comentarios y mensajes necesarios para entender de un modo inteligente las situaciones individuales, colectivas, nacionales e internacionales y para estar en condiciones de tomar las medidas pertinentes.»

El proceso de la génesis, elaboración, transmisión, recepción y asimilación de esta información es lo que se denomina *proceso de información*.

La génesis, la existencia y el efecto de la información están estrechamente vinculados a la actividad social, práctica, creadora, de los hombres. Los procesos sociales de adquisición y transmisión de conocimientos constituyen, en la práctica social de los hombres, dos aspectos diferentes de un mismo proceso: la regulación de la transformación del entorno natural y social conforme a determinados objetivos y finalidades.

La información presupone, pues, desconocimiento. Pero para ser comprendida y asimilada debe ser reducible, es decir, debe remitirse a cierto nivel de conocimiento o de conciencia. Se su-

pone que la información socialmente válida y eficaz mejora y amplía ese nivel de conocimiento, que reduce la ignorancia.

Al desconocimiento y al conocimiento relativos corresponde una información relativa. Según la teoría del conocimiento, la experiencia adquiere significado al poder ser comparada o no con las formas ya existentes, resultado de acciones y experiencias anteriores. De donde se deduce que una experiencia es informativa cuando comunica algo que no era conocido pero sí interpretable.

La información social comprende conocimientos y noticias utilizadas en la esfera de la vida social. Comprende, pues, la información que circula dentro de la sociedad y pasa por la conciencia de los hombres. El ser humano es esencialmente un ser social y, por tanto, pertenece a una determinada sociedad, nación, colectivo, clase, etcétera. De ahí que la información social lleve consigo las huellas de las relaciones culturales, nacionales, de clase y otras, así como las trazas de las necesidades e intereses de los individuos y colectivos a que se refiere y que hacen uso de ella. La información social se refiere sobre todo a las relaciones entre personas y a sus interacciones mutuas, a sus necesidades e intereses. Constituye el tipo más elevado de información porque deriva de la práctica y no puede existir fuera de ella. Asimismo, al reflejar las relaciones e interacciones sociales, que constituyen la forma más variada y compleja de conocimiento, dominio y transformación de la realidad, es el tipo más alto de información, así como por ser su contenido el producto y el resultado del pensamiento lógico, es decir, del tipo más activo y elevado del reflejo de la realidad.

### Información y transformación

La transformación del entorno natural y social, el perfeccionamiento de la organización social y la mejora de las condiciones de vida y de trabajo dependen en gran medida de la información que se ponga a disposición de las masas trabajadoras y de la población en general. De aquí se deriva la necesidad de la misma. La satisfacción de esa necesidad implica la adquisición de conocimientos cada vez más amplios acerca de los complejos sociales, técnicos, científicos e ideológicos. En estas circunstancias hay que aumentar las respectivas corrientes de información vinculadas a la adquisición y transmisión de conocimientos. La información insuficiente no sólo se traduce en obstáculos y perturbaciones a la hora de resolver tareas, sino también a la hora de desarrollar la iniciativa de los trabajadores y de la población.

Una de las cuestiones cardinales que cabe plan-

tearse acerca de la sociedad actual es si el ciudadano medio está correctamente informado, si recibe demasiadas informaciones o, por el contrario, demasiado pocas, si sus intereses informativos responden o no a las necesidades actuales de información, en suma, si recibe información suficiente para orientar sus acciones en el sentido de perfeccionar la organización social y mejorar su calidad de vida.

A juzgar por lo que la inmensa mayoría de la gente prefiere leer en la prensa, oír en la radio y ver en la televisión o el video, lo que se desea son informaciones «agradables»: el espectáculo que ofrece la vida y el ocio ostentativo de la alta sociedad y de los «populares» o las peripecias de la vida privada de los políticos. Dicho en una palabra: entretenimiento. Entretener significa compensar durante un rato las debilidades y carencias emotivas y sentimentales o intentar ocultar las angustias crecientes de la vida cotidiana (evasión). El entretenimiento apela a los déficit emocionales que todo el mundo tiene de vez en cuando y se esfuerza por equilibrar. De esto vive la industria del entretenimiento. Lo que persigue con informar acerca de la historia y la vida de los demás es que la mayoría de la población se olvide de la propia.

En consecuencia, una de las tareas principales que se les plantea a las fuerzas progresistas es exigir de los informadores y de los medios que fomenten el interés informativo de la población. Es un hecho demostrado que cuanto más se lee, más se quiere leer, cuanto más se sabe, más se quiere saber. Querer información significa, sobre todo, querer saber la verdad sobre sí mismo y sobre los demás, estar dispuesto a hacer el esfuerzo necesario para aumentar el caudal de informaciones sobre el entorno para conocerlo mejor, dominarlo y, de este modo, alcanzar cotas más altas y amplias de libertad.

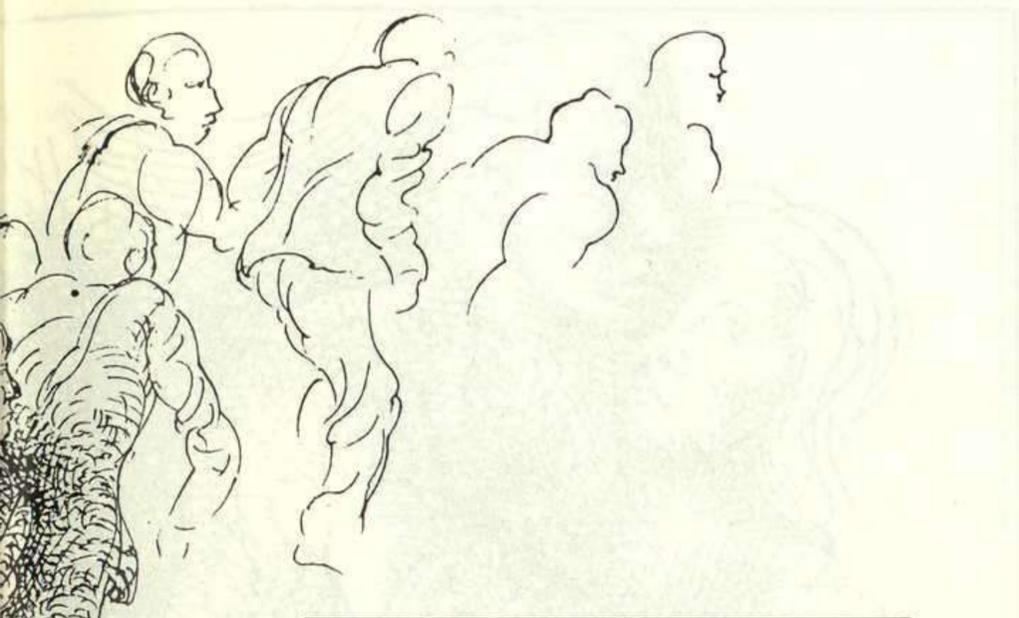
En la sociedad de libre cambio, la información es una mercancía más y, como tal, tiene un *valor de cambio* determinado por las correspondientes leyes del mercado. Las noticias se producen, se venden y se compran como otro artículo cualquiera. Esto significa que se produce lo que se vende, lo que resulta rentable y da beneficio a los dueños de los medios de producción informativa. La industria de la información es hoy una de las industrias punta, una de las más concentradas y monopolizadas y, asimismo, una enorme fuente de beneficios, no sólo económicos directos sino también indirectos.

Pero la información tiene también, como mercancía y como producto del trabajo del hombre, un *valor de uso*. El cometido de las fuerzas progresistas en este terreno estriba en analizar cómo transformar el valor de cambio de la información



en valor de uso enriquecedor y emancipador de sus usuarios y consumidores, en hacer que la información sirva a los intereses de éstos y no a los de los poseedores, vendedores y comerciantes de la misma, o a los de los burócratas que la utilizan en beneficio propio y no en el de la inmensa mayoría de la población.

«Informar», o mejor aún, informarse, se entiende aquí en sentido activo. Hacemos algo para adquirir conocimientos. Si no lo hacemos nosotros, son otros los que se esfuerzan y asumen la tarea de preocuparse, con más o menos intensidad, por nuestras opiniones y de influenciarlas, esto es, de



informarnos, de formarnos, *en*. Se trata de los representantes de todo un conglomerado de instituciones in-formadoras, desde las iglesias y las escuelas hasta la publicidad, pasando por la prensa, la radio, la televisión, el cine, la música comercial y los organismos privados y políticos que cultivan eso que se llama relaciones públicas o creación de imagen. Las autoridades están obligadas por ley a proporcionar a los ciudadanos las informaciones necesarias. Es decir, no sólo existe el derecho a informar, sino también a ser informado. Por lo que la libertad de información rige tanto en activa como en pasiva.

Por otro lado, la libertad de información no sólo debe pensarse hoy día como libertad de expresión, sino que debiera incluir también la libertad de retener ciertas informaciones y de rechazar otras. La cláusula de conciencia o la defensa de los consumidores ante el número creciente de informaciones que se dirigen ya pretenden ocuparse de nosotros, tienen importancia en este sentido, por ejemplo.

### Dos problemas

Efectivamente, los conflictos en torno al principio de libertad de información se centran hoy en dos problemáticas principales. Tras el advenimiento de la democracia cabe preguntarse, desde el punto de vista jurídico, hasta qué punto puede reforzarse el uso de la libertad de expresión mediante acciones simbólicas y colectivas. El derecho a la libertad de expresión mediante la palabra, el escrito y la imagen se amplía con el gesto y el comportamiento. Manifestaciones, procesiones, ocupación de calles, carreteras, vías del tren o bocananas de puertos, ¿forman o no parte de este derecho? El jurista lo tiene difícil, y cuando lo reprime suele invocar los derechos de terceros. La censura empieza desde el momento mismo en que

se comienza a distinguir entre formas permitidas y prohibidas de expresión y comunicación. Claro que el recurso a estas formas extremas de expresión colectivas se da cuando se carece de otros medios, esto es, cuando se padece privación, o cuando se han agotado las vías normales, es decir, normadas, impuestas. Como lo habitual y convencional no llama la atención, se recurre a lo extraordinario y especial, a las formas extravagantes. ¿Están éstas cubiertas por la libertad de expresión?

El otro tipo de conflictos que genera la libertad de información se refiere a la disposición de los datos personales por los organismos políticos y privados y al acceso a los bancos de datos. La cuestión radica en los límites a la publicación de datos que afectan el derecho a la intimidad, el derecho a la autodeterminación informacional como concreción del derecho general de la personalidad. El desarrollo de la personalidad exige interactuar de una forma autónomamente responsable con el entorno, con la sociedad, mediante la participación, recibiendo y compartiendo comunicaciones. Participar se entiende aquí como ser y formar parte de, tener y tomar parte en cooperar. La red de comunicaciones que así surge, permite estimar las valoraciones y representaciones que, a su vez, determinan las expectativas de los otros. Es decir, nuestra relación será libre en tanto en cuanto esté libre de sospechas y temores. Y, viceversa, estamos cohibidos mientras no sepamos lo que los otros saben de nosotros. La sociedad que se fundamenta en lo que se sabe y lo que se puede saber, esto es, lo que puede ser información para otros, es una sociedad de la incertidumbre, de la inseguridad, de las sospechas, de la desconfianza, del individualismo y de la insolidaridad.

Lo que últimamente se elogia como «sociedad de la información», y que tal vez habría que llamar «sociedad informatizada», tiene que ser necesariamente una sociedad de temores y angustias. Y eso porque la acumulación cada vez mayor de datos individuales está a disposición de unos pocos, mientras los muchos que los han proporcionado no tienen acceso a ellos. Ese cúmulo de datos y de información permite a los pocos utilizarlos en beneficio propio, en detrimento de los muchos. La llamada «sociedad de la información» es así todo lo contrario de una sociedad abierta, sino más bien una sociedad del saber secreto de quienes disponen de los datos y de la información. El «knowledge gap» aumenta día a día.

La oferta de informaciones con las que nos formamos nuestra imagen del mundo se basa hoy en los conocimientos, obtenidos vía sondeos y estudios de audiencias, de lo que nos gusta ver y oír. Pero apenas se investiga cómo se forman y quién

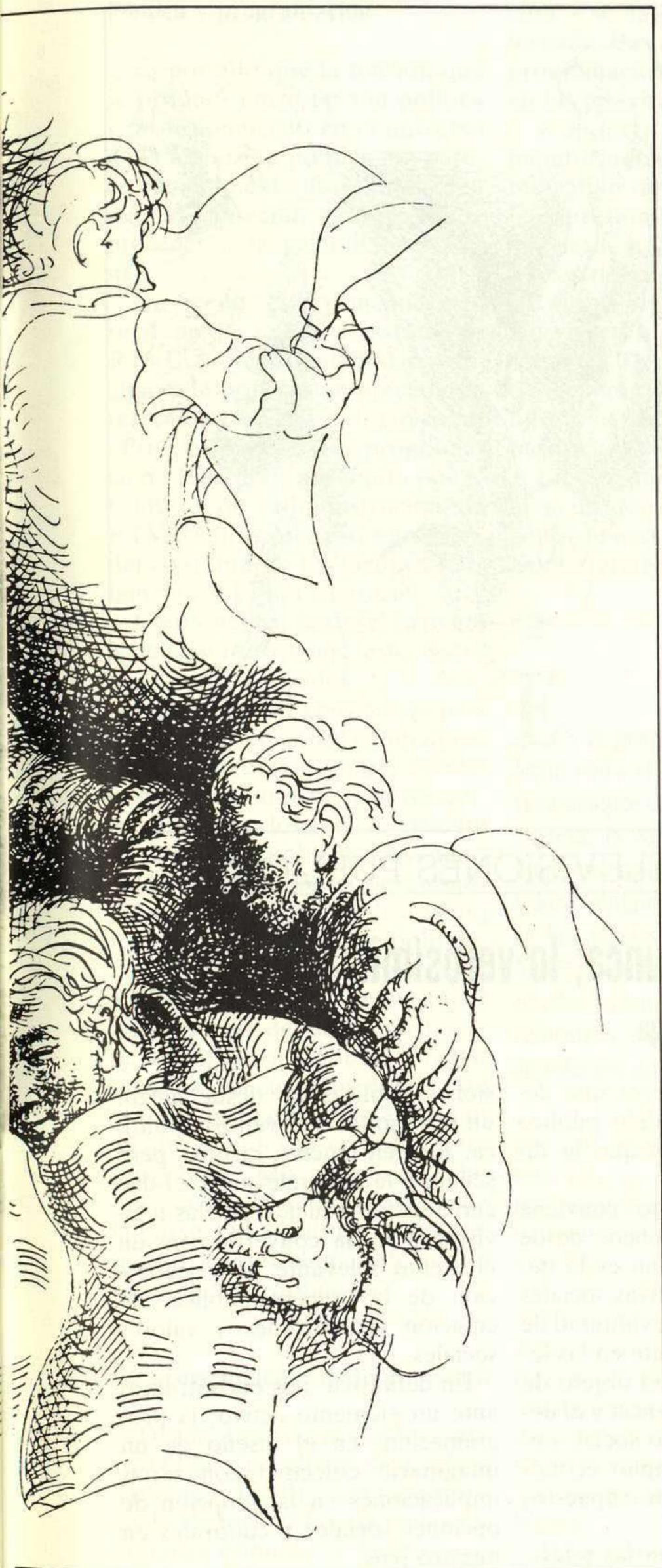
determina los gustos. La producción diaria de información está orientada a las grandes masas de consumidores. Se produce en serie, de forma simplificada, estereotipada, lo que tiene una salida fácil y rápida. Las manifestaciones de los políticos, en especial las de los partidos dominantes, siguen los mismos principios de los estrategas del mercado y demás poderosos.

Los conocimientos comprenden también los datos intrapsíquicos que se suponen carentes de interés general y de referencia social. Pero como el ser humano surge literalmente a través de la comunicación, esto es, de la relación social, no hay datos sin referencia social, ni siquiera en los sueños. Hace tiempo que la publicidad comercial, la industria del reclamo, dirige a sus víctimas a través de los sueños. La sociedad de la información eleva potencialmente la heterodeterminación. Lo que es factible se hace sin que exista protección real ante los abusos. La llamada sociedad de consumo ofrece numerosos ejemplos a este respecto, incluidos, claro está, los de la industria de medicamentos.

Las enormes inversiones que se requieren para enviar señales que transportan significados tienen su propia economía. El gasto de señales para la comunicación individual se reduce a medida que aumenta el número de consumidores y la cantidad de comunicaciones que hay que llevar a un espacio en un tiempo determinado. La consecuencia es que se abrevian las comunicaciones. Cuanto más breves y simplificadas, tanto mayor su alcance y tanto más rentable la inversión. Es el principio por el que se rigen los medios de difusión masiva. De donde se deduce que las enormes inversiones que exige la técnica actual de los medios, necesitan grandes cantidades de consumidores para que resulten rentables. Para ganarse estas grandes audiencias, las informaciones tienen que ser lo más ambiguas posible, es decir, poco informativas en el sentido de poco reducibles a la experiencia y la vida cotidiana de sus consumidores. Esta es la práctica de la industria del entretenimiento, o de la tensión, como la llama el poeta austriaco Hermann Broch. No reduce la ignorancia, esto es, no amplía el conocimiento, sino que explota los déficit emocionales de una sociedad generadora de angustias. Tal vez valga la pena citar este párrafo de Broch:

«Es muy característico que en todo el mundo donde se establecen formas de economía intensiva con sus enormes tensiones de competencia, que éstas se trasladen también a sus horas de ocio (sencillamente porque el hombre ya no puede vivir sin tensión). Espiritualmente, por así decirlo, este estado de cosas ha conducido a la poderosa industria de la tensión, cuyo modesto antecesor fue la novela policíaca, y que se sigue extendiendo como cine, radio y televisión, mientras que en el ámbito físico





ha tomado su salida el deporte moderno con sus tensiones específicas de récords. Nacido así de la economía, este "espíritu deportivo" (competitivo, V. R.) que penetra todas las esferas de la vida, y no en última instancia la política, se vuelve a aplicar a la economía, donde se traduce también en adoración de los récords y del éxito.».

Nos comunicamos porque tenemos carencias. La información compensa nuestra falta de conocimientos, y el entretenimiento, nuestros déficit emocionales. Cuanto más insegura es la información, el nivel de conocimientos, tanto más necesaria es la diversión para liberarnos, aunque sólo sea por un rato, de las preocupaciones, angustias, desconfianza y malestar que genera el desconocimiento.

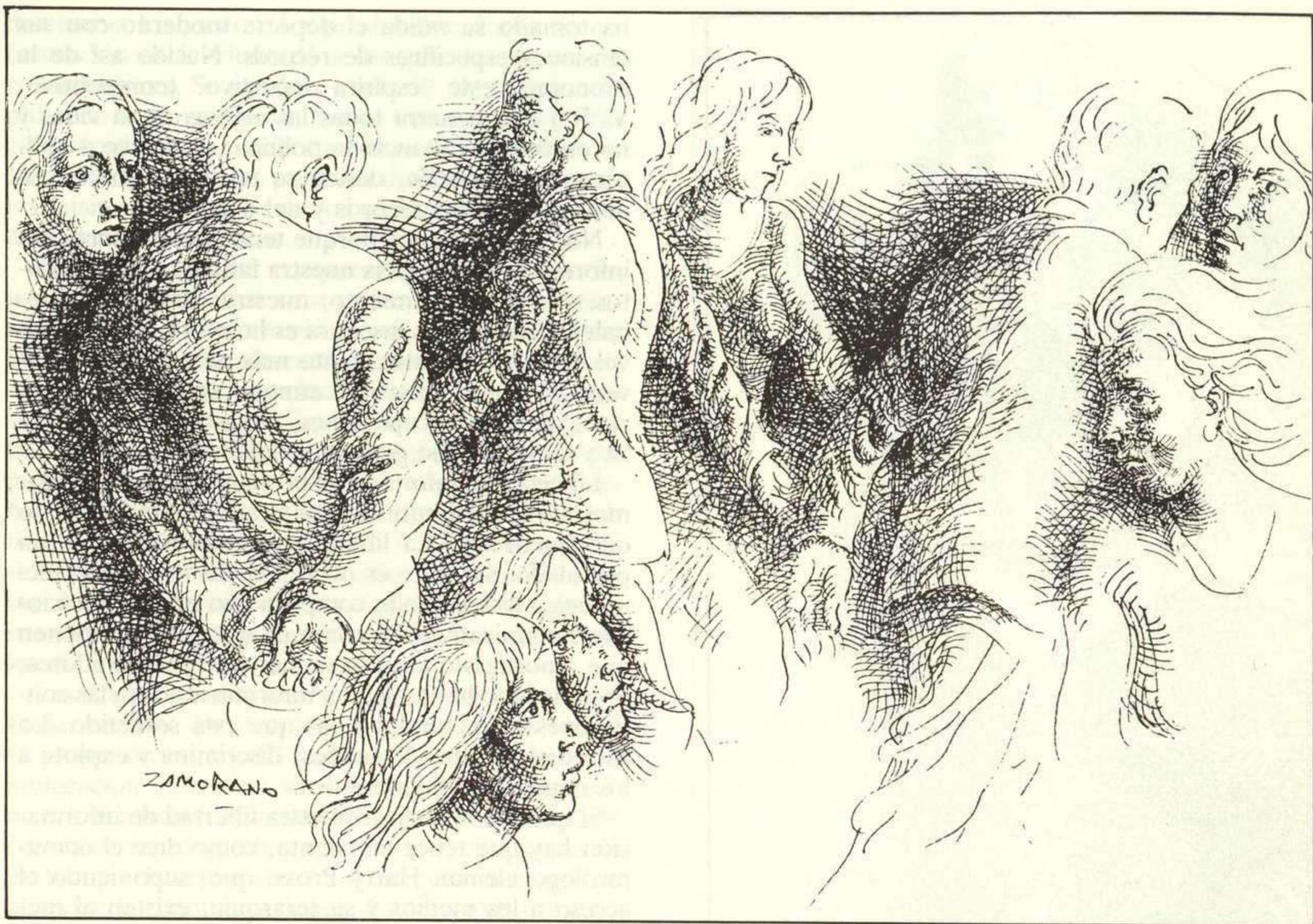
Libertad de información no significa hoy que seamos libres para informarnos cuando, donde y de lo que queramos. La libertad de información es un postulado, ser libre es otra cosa. El desarrollo tecnológico incontrolado complica aún más las relaciones comunicativas. Y como el gasto técnico tienen que amortizarlo el gran número de consumidores, el ciudadano haría bien en informarse sobre las condiciones estructurales a las que está sometido. La sociedad difama, descalifica, discrimina y explota a los impotentes e ignorantes.

Si queremos realizar nuestra libertad de información hay que tener en cuenta, como dice el comunicólogo alemán Harry Pross, que, suponiendo el acceso a los medios y su jerarquía, existen al menos cinco clases de política informativa:

- 1) Se difunde información para ampliar el conocimiento.
- 2) Se retiene información para preservar la ignorancia.
- 3) Se reparte información para suprimir otras informaciones.
- 4) Se canaliza información para equilibrar el nivel informativo entre los informadores y ciertos receptores.
- 5) Se reprime la información mediante comunicación que no amplía el conocimiento porque los contenidos de ésta:
  - a) No son reducibles.
  - b) No son relativizables a la situación, a la «red de relaciones», al entorno (Umwelt) del receptor, o dicho de otro modo, que no afectan su «realidad», que no puede hacer nada con esas comunicaciones.

A la libertad se accede mediante la adquisición de los conocimientos necesarios para actuar y dominar el entorno en cooperación y solidaridad, para ser dueños de nuestro destino y no apéndices de un mercado que sólo beneficia a unos pocos. ■

(\*) Texto de la ponencia presentada por el autor en las «Jornadas sobre televisiones públicas», Madrid 5-9 noviembre 1990.



## PROGRAMACION DE LAS TELEVISIONES PUBLICAS

### Lo falso, a veces; lo real, casi nunca; lo verosímil, siempre

Juan Berga

**A**NTES de iniciar mis palabras debo recordar que la perspectiva con la que afronto esta cuestión es la de un político que ha debido ejercer responsabilidades, en esta cuestión, primero desde el ejercicio que se señala en el programa y posteriormente, y hasta hace un año, como responsable de comunicación de IU.

Desde esta opción política debo mostrarme favorable a la defensa de la televisión pública que se ha solicitado desde la Mesa. Añado, inmediatamente, que esa defensa exige, en primer lugar, fijar clara-

mente que los primeros que deben defender el modelo público de televisión son los que la dirigen.

En segundo término, conviene precisar que lo público, desde nuestra perspectiva, no es la demonización de iniciativas sociales o individuales, sino la voluntad de intervenir políticamente en las leyes de mercado con el objeto de hacer posible la existencia y el desarrollo de un espacio social, entendido en sentido amplio: económico, político y, por supuesto, comunicacional.

La programación en las televi-

siones públicas es, desde luego, un terreno de intervención política. Existen muchas razones pero señalaré la más relevante: el discurso social inducido por las televisiones se ha convertido en un elemento relevante de vertebración de la opinión pública, de creación de actitudes y valores sociales.

En definitiva, nos encontramos ante un elemento activo, la programación, en el diseño de un imaginario colectivo con serias implicaciones en la adopción de opciones sociales y culturales en nuestro país.

## Política y programación

Es por ello que la tensión que se produce entre opción política y profesionalismo en el universo de la televisión pública me parece estrictamente necesaria. Creo que el convenio político debe preceder a la gestión profesional.

De hecho, este principio está reconocido en el Estatuto de RTVE, en su artículo 8. Un principio que produjo un precedente relevante como es el texto sobre «Principios básicos de programación» (28/7/81), aprobado por el Consejo de Administración de RTVE con presencia, entonces, del conjunto de los Grupos Parlamentarios del Congreso.

Ciertamente, tanto el artículo 8 del Estatuto como este documento son ignorados.

Los «Principios básicos de programación» constituyen un documento envejecido que corresponde no sólo a los valores culturales sobre los que se articuló la transición política sino, también, a la superación de un modelo de televisión pública como legitimador de un orden político.

Creo, sin embargo, que tanto en TVE como en las televisiones autonómicas debería abordarse, de nuevo, un acuerdo de esta naturaleza. Encuentros como este podrían aproximarnos a la definición de nuevos criterios para programar. Mis primeras palabras persiguen identificar, desde la perspectiva política en la que milito, los problemas de fondo que deben afrontarse.

### La programación de lo verosímil

Desde una voz académica autorizada (Teodoro González, *Tribuna* 5/11/90) —un catedrático de Historia y Teoría de las Libertades Públicas en la Informa-

ción— se ha definido como «Televisión Basura», la fórmula de programación que se desarrolla en las televisiones españolas.

A lo largo de esta reunión se ha utilizado la expresión como indicativo de mala calidad. Pero la expresión define bien, al menos desde nuestra perspectiva, el núcleo del problema: la distancia entre nuestra vida cotidiana y la vida mixtificada que se nos presenta en TV es la misma que va de un filete de ternera a la hamburguesa, símbolo de la «comida basura».

En ningún caso voy a plantear aquí un debate, en términos de confrontación, entre realismo cinematográfico y los nuevos códi-



**EN** la programación televisiva, la lucha entre el bien y el mal se resolverá siempre en función de un bien (la riqueza, la competitividad, el individualismo) conformado en torno a los valores dominantes, como ocurriera en las novelas populares del XVII y XVIII; la diferencia es que aquellas novelas tenían en su favor una matriz reformista y ejercían como denuncia en relación con el conflicto social

gos de comunicación y menos aún voy a condenar, por principio, el índice de audiencia como instrumento de medida de las necesidades y deseos del televidente.

Una palabra, empero, sobre esta cuestión. El universo de la televisión debiera plantearse la insuficiencia del sondeo para medir actitudes sociales. El conjunto de la sociología se ha planteado, en nuestro país, este problema.

IU no orienta campañas elec-

torales a través de sondeos sino a través de análisis motivacionales, análisis de carácter cualitativo. Estos análisis revelan que en el sentido común de masas de nuestro país se han producido dos rupturas, la transición y la denominada modernización, que dificultan el conocimiento, a través de sondeos, del comportamiento social.

En esta medida, los niveles de audiencia no deben estar midiendo el deseo del televidente sino su aceptación pasiva de la oferta televisiva en la franja horaria que se destina a ver televisión.

El núcleo de nuestras preocupaciones es que, desde las televisiones, se promociona un pensamiento «mágico» (Vicente Romano, 1985) para afrontar y analizar la realidad cotidiana. El conjunto de la producción de TV releva una profunda derrota de la cultura racionalista. El primer principio a recuperar para la programación de las televisiones públicas es el de la reflexión sobre el entorno, el diálogo sobre la realidad.

La experiencia audiovisual de todas y todos nosotros es la desvinculación del mundo real en que vivimos. La maquinaria televisiva suscita sentimientos y opiniones que tienden a conformar un imaginario colectivo ajustado a los modelos y pautas de comportamiento lo más aceptables posibles por el gusto medio.

En la programación televisiva, la lucha entre el bien y el mal se resolverá siempre en función de un bien (la riqueza, la competitividad, el individualismo) conformado en torno a los valores dominantes, como ocurriera en las novelas populares del XVII y XVIII; la diferencia es que aquellas novelas tenían, en su favor, una matriz reformista y ejercían como denuncia en relación con el conflicto social.

Es preciso recuperar un código de tratamiento de aquello que resulta controvertido en la sociedad, hacerse eco de todas las culturas que perviven en la misma.

La programación de TV, por el contrario, es generalmente portadora de valores y modelos funcionales a los estándares sociales dominantes. Es el triunfo de una moral común; la victoria de lo cierto sobre lo incierto, la ausencia de conflictos de fondo que den demasiado que pensar al televidente.

En definitiva, se presenta un mundo disperso e inabarcable y, como consecuencia, sin posibilidad de actuar sobre él. La programación de TV debe renunciar a alentar la desconfianza sobre la solución a los problemas o conflictos que se plantean en la vida cotidiana.

No es menos cierto que la programación debe recuperar iniciativas problemáticas no sólo en contenidos sino también en lo estilístico, en los lenguajes televisivos que se utilizan.

Resulta notable la uniformidad de las producciones televisivas. Homogeneidad de contenidos y discursos comunicacionales y sociales, incluso en aquellas televisiones, como las autonómicas, que han nacido para la promoción de cierto particularismo.

Con todo, la característica de la programación que merece una respuesta más radical es que las categorías con que evaluar las imágenes que recibimos no son la realidad o la falsedad.

Lo que recibimos es un flujo de imágenes antes que ideas. Basta que estas imágenes sean creíbles, verosímiles, para que parezcan verdaderas. Resultan verosímiles las peripecias de una aventura policíaca, de un abogado, de una madre de familia o de un hospital... Si es verosímil vale como

real aunque nuestra policía no sea así, el régimen jurídico español no dé para demasiados abogados intrépidos o el deterioro de la sanidad pública impida una vida tan intensa y emocional de nuestros profesionales.

Estos códigos de programación, basados en una preeminencia de lo verosímil, han producido tres rupturas que conviene destacar:

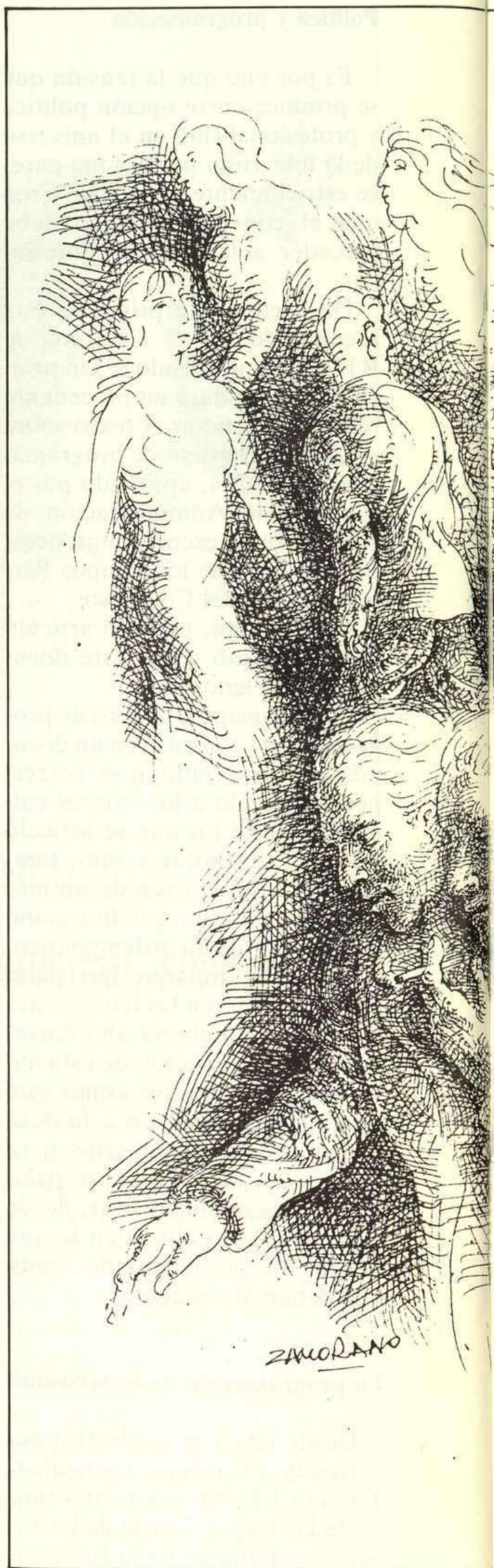
— De los modelos tradicionales de programas. Hoy no se trata tanto de diferenciar géneros como de títulos y ubicación horaria.

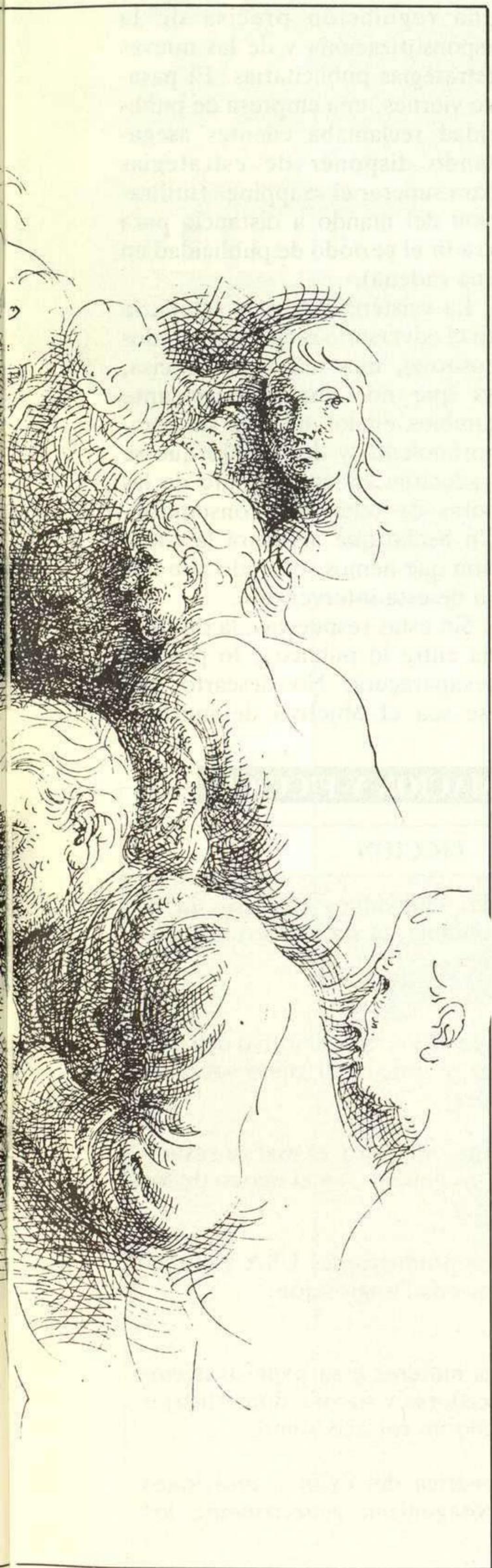
— La ruptura de distinción entre géneros viene reduciendo la estructura de los programas a esquemas de «spots» o «video-clips».

— Por último, y no deja de ser grave, se está rompiendo la distinción entre información y ficción.

Un profesional de TVE me preguntaba, hace unos días, mi opinión sobre el telediario de TVE de las 20.30 h. Mi respuesta fue que no me gusta ver teatro por televisión. La respuesta podrá parecerles tan lapidaria como simple. Sin embargo, quiero llamar su atención sobre dos tendencias que revela ese telediario.

Por una parte, la primacía del gesto estético sobre el contenido. En segundo lugar, ese telediario presenta una realidad incomprensible (a velocidad de vértigo se presentan imágenes del golfo Pérsico, a continuación del SIDA, se recoge la llegada de Rubistein a Madrid para volver al Líbano a presenciar... un desfile de modas). Ante esta realidad, tan inaprehensible como caótica, un gurú pone orden transmitiendo una «certeza», una opinión que aclara al televidente que todo está dentro de lo normal. De este modo, la única información concreta, útil para el conocimiento de la realidad, para saber cómo com-





portarse ante ella, es el espacio del tiempo; eso sí, por cortesía de Repsol.

Efectivamente, si se consideran (ver cuadro) las críticas que habitualmente se formulan a los informativos de las televisiones y las características de los programas de ficción, se observa una preocupante convergencia en las estructuras y mensajes de ambas.

En definitiva, lo que se plantea es que debe existir un diferencia entre el consenso que busca la televisión pública, motivado por el deseo de desarrollo de la iniciativa social, y el consenso que pretende la televisión privada, más ligado a opciones de carácter mercantil.

**L**A programación está siendo determinada por una lógica de mercado que, al convertir en determinante el coste de la producción, deja a ésta en manos del mercado norteamericano. La misma lógica mercantil determina que la publicidad y la «sponsorización» definan de forma cualitativa los contenidos de la programación

No estamos proponiendo una televisión no competitiva sino constatando que existen esfuerzos de amplia audiencia, en España y en Europa, de alto valor dramático y documental sobre la vida cotidiana o la historia reciente.

Frente a las mixtificaciones idealistas de Miami Vice, los dibujos animados falseantes de la epopeya del descubrimiento o tantas amas de casa reducidas a la soledad o la falsa emotividad, existen experiencias de dramatización de importancia.

Las experiencias de la Piovra, en Italia, las reconstrucciones his-

tóricas en este país o Francia, por ejemplo, o la revalorización de la figura de la mujer en casi todo el mundo indican un camino posible.

Este es el ámbito que la televisión pública debe cubrir. Debe, igualmente, extenderse la producción cultural, en sentido amplio, muy especialmente en el terreno autonómico.

Estas necesarias correcciones en el ámbito de los principios y de las producciones no derivan sólo de resolver una disputa política o ideológica con los rectores de las televisiones públicas. Cualquier iniciativa de fondo debe afrontar, igualmente, el problema del mercado.

#### Cómo intervenir en la lógica del mercado

La programación está siendo determinada por una lógica de mercado que, al convertir en determinante el coste de la producción, deja a ésta en manos del mercado norteamericano. La misma lógica mercantil determina que la publicidad y la «sponsorización» definan de forma cualitativa los contenidos de la programación.

La expansión de oferta y demanda televisiva ha configurado un complejo vínculo de intereses que no puede ser respondido ni con una simple condena ni con una aceptación acrítica de lo existente. Todo depende de qué grado de gobierno de los procesos en curso le queda al sector público de la televisión, de qué respuestas se den a la necesaria conciliación entre tecnología y crecimiento de recepción; al déficit productivo, a las necesarias reglas y garantías de que hay que dotar a lo audiovisual.

Las televisiones públicas deben asumir una función esencial

que suscite nuevos equilibrios en el terreno del discurso comunicacional, el pluralismo y la libertad de iniciativa. Debe garantizarse, en respuesta a la tendencia a la homologación y la estandarización inducida por la creciente integración del mercado, programaciones de discurso plural sin considerar tal orientación como una voluntad de marginalizar al sector público de la comunicación.

Esta cuestión no sólo sugiere la necesidad de una financiación pública —excepto si se aplica a más de lo mismo— sino que plantea la necesidad de una alianza estratégica para la producción en un doble sentido: alianza con el cine, en un marco global de regulación de lo audiovisual, y alianza en el espacio europeo.

Sin este tipo de opción será imposible dar una respuesta al pre-

dominio cultural y económico de las producciones norteamericanas. Carlo Sartori ha definido recientemente el modelo de producción USA, hoy dominante en nuestras programaciones, como un embudo (La Gran Hermana. 1989). Aunque son muchos los productos que se analizan, la sumisión a las grandes cadenas y a la publicidad determinan que de una «concurrida desesperada» en la partida se pase en la salida a unos pocos y muy homogéneos productos finales.

Probablemente, una respuesta como la que sugerimos conduce, necesariamente, a la adopción, en el marco europeo y en los estatutos, de legislación antioligopólica y a una nueva regulación de la publicidad.

No se trata sólo de la defensa del derecho de autor o del respeto a una obra cultural. Se trata de

una regulación precisa de la «sponsorización» y de las nuevas estrategias publicitarias. El pasado viernes, una empresa de publicidad reclamaba clientes asegurando disponer de estrategias para superar el «zapping» (utilización del mando a distancia para evadir el período de publicidad en una cadena).

La existencia de esta sabiduría en el adversario reclama, de todos nosotros, una respuesta precisa, ya que nos encontramos ante cambios en los hábitos de comportamiento y de trabajo que se traducirán en un aumento de las horas de televisión consumidas. Un hecho que agravará la situación que hemos señalado a lo largo de esta intervención.

Sin estas respuestas, la diferencia entre lo público y lo privado desaparecerá. No descarto que ese sea el objetivo de muchos.

### CONVERGENCIA DE LAS ESTRUCTURAS DE INFORMACION Y FICCION

INFORMACION	FICCION
<ul style="list-style-type: none"> <li>● Institucionalización de la información. Protagonismo de las élites políticas, económicas y sociales, como fuente, objeto y contenido de la información.</li> <li>● Atención «sobredimensionada sobre informaciones atípicas» frente a la monotonía de la realidad cotidiana.</li> <li>● Selección de los aspectos de la información en función de los criterios de poder político o económico.</li> <li>● Análisis internacional en función del «centro» del área geoestratégica en el que se inscribe nuestro país.</li> <li>● Reducida presencia de mujeres y en ejercicio de funciones subalternas.</li> <li>● Tratamiento diferencial, desfavorable a las minorías.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>● Protagonismo de «individuos líderes» en el mundo de la economía, la sociedad o los aparatos del Estado.</li> <li>● Reducción de lo cotidiano a lo emotivo o el sentimiento mientras se articula el guión sobre situaciones no reales.</li> <li>● Los conflictos entre el bien y el mal se resuelven siempre, en los guiones, en el marco de los valores dominantes.</li> <li>● Predominio de las producciones USA y el modelo de vida y sociedad anglosajón.</li> <li>● Reducción de las mujeres a su papel tradicional (madres educadoras y su vida doméstica) o mujeres ejerciendo un rol masculino.</li> <li>● Equiparación genérica del éxito a individuos blancos que protagonizan genéricamente los guiones.</li> </ul>

# Nuestra Bandera

es LA IZQUIERDA

## SUSCRIBETE

### TARIFAS DE SUSCRIPCION ANUAL

#### ESPAÑA:

Península ..... 3.250 ptas.

Islas ..... 3.060 ptas.

EUROPA ..... 3.700 ptas.

AMERICA Y AFRICA ..... 4.300 ptas.

ASIA Y AUSTRALIA ..... 4.800 ptas.

#### REDACCION Y ADMINISTRACION:

C/ Marqués de Monteagudo, 8 - 28028 Madrid

Tel.: 246 98 07/Fax: 361 17 74

# Nuestra Bandera

## JOVENES Y DELINCUENCIA

JOSE FERNANDO HERNANDEZ  
ENRIQUE DE CASTRO  
M<sup>º</sup> DOLORS RENU I MANEM  
JOSE LUIS SEGOVIA  
ENRIQUE DEL RIO  
JUANA ESCABIAS  
Y BEGOÑA F. MARTINEZ



SALVEM E-  
BARRI DEL  
CARMÉ

ASSOCIACIO VEÏNS  
BARRI DEL CARMÉ

#### PAIS VALENCIANO:

## NACIONALISMO E IZQUIERDA

PEDRO ZAMORA / RAFAEL PLA

Nuestra  
Bandera